

V R E U G D E N H I L

# HISTORIA BIBLICA

## PARA LA JUVENTUD

TOMO VII - NUEVO TESTAMENTO



CLEVELAND  
HOODWARD



Johan Vreugdenhil

**HISTORIA BÍBLICA  
PARA LA JUVENTUD**

**NUEVO TESTAMENTO  
— TOMO VII —**

EDITORIAL  PEREGRINO



Editorial Peregrino, S.L.  
Apartado 19  
13350 Moral de Calatrava (Ciudad Real)  
[www.editorialperegrino.net](http://www.editorialperegrino.net)

**HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD**  
**Tomo VII**

ISBN 84-7645-761-8 Obra completa  
ISBN 84-86589-71-1 Tomo VII

D.L.: B-6077-2004

Diseño de la portada: Lidia Muniesa

Impreso en Talleres Gráficos de Tesys  
Passeig Comerç, 124  
08203 SABADELL (BCN)

*Printed in Spain*

# Índice

53	<i>El rico insensato</i>	7
54	<i>Las actividades de Jesús en Perea</i>	13
55	<i>En casa de un gobernante fariseo</i>	20
56	<i>El Hijo Pródigo</i>	29
57	<i>"El Mayordomo Infiel"</i>	41
58	<i>"Estoy atormentado en esta llama"</i>	45
59	<i>"Lázaro, ven fuera"</i>	52
60	<i>El complot tramado contra Jesús</i>	59
61	<i>La oración eficaz y la oración ineficaz</i>	63
62	<i>Dos clases de visitantes</i>	69
63	<i>Los obreros de la viña</i>	75
64	<i>"He aquí, subimos a Jerusalén"</i>	80
65	<i>"¡Zaqueo, date prisa, desciende!"</i>	89
66	<i>¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!</i>	97
67	<i>El Rey de Israel manifiesta su poder</i>	108
68	<i>Jesús enseña en el templo de Jerusalén</i>	114
69	<i>"La boda real"</i>	122
70	<i>"Rechazado por incredulidad"</i>	128
71	<i>"Tristes tiempos profetizados por Jesús"</i>	136
72	<i>Prudentes y fatuas</i>	142
73	<i>El Señor Jesús anuncia su Segunda Venida</i>	149
74	<i>Amor y odio</i>	153
75	<i>"Y era de noche..."</i>	161
76	<i>Las últimas palabras de Jesús a sus discípulos</i>	168
77	<i>La oración del Sumo Sacerdote celestial</i>	174
78	<i>En Getsemaní</i>	178
79	<i>La obra del traidor</i>	185
80	<i>Jesús delante del Sanedrín</i>	192
81	<i>"¡No conozco a ese hombre!"</i>	199
82	<i>"Yo he entregado la sangre justa"</i>	205
83	<i>"Ninguna culpa hallo en este hombre"</i>	211
84	<i>Inocente... Sin embargo: Condenado</i>	217
85	<i>El portador de la cruz a la fuerza y las mujeres llorando</i>	227
86	<i>En el monte Gogota</i>	232



## Capítulo 53

# ==== EL RICO INSENSATO ====

**Lucas 12: 13-15**

En este mundo hay mucha gente que no está contenta ni satisfecha. Hay niños que anhelan tener un juguete que les gusta muchísimo. Hay personas adultas que anhelan tener un traje precioso, una casa bonita o, bueno, mil cosas. Si le preguntamos a un pobre que pasa hambre con frecuencia, comprendemos su queja cuando nos dice que no tiene placeres en este mundo. Lo peculiar, en este sentido, es que en general los pobres se quejan menos que los ricos. El pobre muchas veces se contenta con lo que tiene, mientras el rico quiere tener cada vez más... El rico no sólo se esfuerza por aumentar su fortuna, sino que tiene que defender lo que tiene, para no perderlo. El que tiene mucho dinero tiene un solo tema de conversación; el de invertir bien su dinero para sacar intereses... ¡qué hombre más pobre, porque no será nunca feliz!

Pero si caemos enfermos o incluso vamos a morir, ¿entonces para qué nos sirven las cosas bonitas y preciosas?.

En el capítulo anterior nos referimos a la única cosa necesaria. Y en el Sermón del Monte, Jesús nos da enseñanzas preciosas en lo concerniente a las riquezas: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la poli-

lla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mateo 6: 19-21).

---

Nuestro relato no se refiere a un suceso que se produjo en Jerusalén, porque en aquél momento Jesús estaba al otro lado del Jordán, en donde, en la época de Moisés, los israelitas derrotaron a Sehón, rey de los amorreos, y a Og, rey de Basán, porque no permitieron que los israelitas pasasen por sus territorios. Allí mismo fue también David, cuando tuvo que huir de Absalom. Y en aquella tierra de PEREA murió Absalom, alcanzado por Joab y sus siervos.

Y Jesús fue a esa tierra, porque en Jerusalén ya no podía permanecer. Por todos lados los fariseos y escribas estaban al acecho, de modo que no podía obrar ya libremente en la metrópoli. En cambio en Perea se sentía más o menos con más seguridad.

Allí, pues, Jesús atraviesa el territorio tras el Jordán, en compañía de sus discípulos. Una gran multitud sigue en pos de Él, deseosa de oír su predicación. Y como los demás judíos, querían presenciar señales y milagros.

En Perea Jesús ha predicado mucho sobre muchos temas. De repente le dice uno de la multitud: "Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia"

Había pues una herencia a dividir entre dos hermanos. Muertos sus padres, el hombre no se conforma con su herencia. Por ello se acerca a Jesús para que se cuide de su hacienda; acaso el Rabí tenga autoridad suficiente para dar orden a su hermano de partir la herencia con él con toda honradez.

Pero aquí, sin vacilar un momento, Jesús contesta: "Hombre, ¿quien me ha puesto sobre vosotros como juez o partidador?". En otras palabras, Jesús quiere decirle que no ha venido al mundo para gobernar sobre las cosas de este mundo, sino para salvar de la potestad del diablo y del pecado...

A continuación el Señor se dirige a la multitud que le escucha, y la amonesta diciendo: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee"

Para ilustrarlo les refiere al pueblo la parábola siguiente:

### **Lucas 12: 16-21**

Hubo una vez un hombre extremadamente rico. Así dice Jesús para referirse a la petición del hombre descontento de su herencia, y prosigue hablando para dar a todos una explicación adecuada al respecto: Ese hombre poseía inmensos graneros en los que pudo colocar año tras año los frutos de sus campos. Además vivía en una casa grande y cómoda. Quizás tenía muchos siervos y criadas que se dedicaban a las faenas de los campos y de la casa.

Cierto verano fue estupendo. Caía mucha lluvia, después brillaba el sol que acariciaba su inmensa hacienda con sus rayos. En sus campos tan fértiles el hombre tenía trigo y cebada de sobra, y en los viñedos estaban creciendo uvas en abundancia. ¡Qué maravilla este año! Casi nunca había visto fruto en tanta abundancia, y los árboles frutales estaban cargados de frutas de calidad francamente superior.

Día tras día nuestro hombre solía pasearse a lo largo de sus campos y viñedos, frotándose las manos de contento. Sus ojos brillaban de alegría. Entonces dijo a su alma: "¡Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años, repósate, come, bebe, regocíjate!"

Albergaba incluso la esperanza de ser el hombre más rico del mundo. Pensaba derribar los graneros que tenía, para edificar otros mayores para guardar todos sus frutos y bienes...

¿Pensar en la eternidad?... ¡Ni hablar!... ¿Convertirse a Dios para hacer su voluntad?... ¡Qué va! No tenía tiempo para

ello. El hombre estaba tan lleno de sus riquezas que ninguna cosa cabía en su corazón. En vez de tener un corazón nuevo, pensaba en su dinero, en sus riquezas, en su sublime herencia.

“¡Sí, sí, tendré que construir graneros mucho más grandes. Los viejos ya no valen por no ser de suficiente cabida!”

¿Por qué no habría de hacerlo? Tiene todo el dinero que le hace falta... y todo el mundo admirará sus riquezas. Entonces la gente dirá: “¡Qué hombre más rico e ilustre!”

Y muy alegre se acercó a su casa, que era casi un palacio... “Ahora ya no vale la pena trabajar tanto; ahora a comer y a beber... ¡Vivan las fiestas y la alegría, porque ahora tengo todo lo que me hace falta!”

Al acostarse seguía pensando en sus riquezas y proyectos de construcción. ¿Una acción de gracias por tantas bendiciones por parte de Dios? Ni siquiera pensaba en Dios. Las riquezas llenaban todo su ser. A los ojos del mundo fue hombre de mucha cordura.



*El rico insensato*

Dios, sin embargo, le juzgó a él de otra manera. Dios lo llamó INSENSATO. ¿Por qué? Porque en aquella noche murió repentinamente y no había contado con una muerte tan repentina.

Un aire suave seguía soplando sobre sus campos de trigo, pero él no comió ni un grano de lo que el suelo produjo. En el tiempo de la cosecha el rico insensato ya estaba enterrado, y otro fue a recoger la cosecha, y otros comieron y bebieron mientras él quedaba sepultado en el olvido.

No pudo llevar consigo ninguna partícula de sus riquezas, porque el paño mortuario no lleva bolsillos. Ahora por no haber sido rico en Dios, tendrá que comparecer delante del tribunal de Dios con las manos vacías. Así podemos ver que el hombre, por muy honrado que sea en este mundo, y a pesar de todas sus riquezas, se encuentra en las condiciones más míseras en la hora de su muerte... a menos que, durante su vida terrenal, se haya enriquecido en el servicio a Dios.

No queremos decir nada en contra del dinero, de las propiedades y haciendas, mientras hagamos buen uso de ellas. En este mundo somos mayordomos de lo que poseemos, sea mucho, sea poco, y Dios nos pedirá razón de nuestra administración.

Aquí no sólo poseemos bienes terrenales para administrar, sino también talentos espirituales o intelectuales. Dios quiere que hagamos buen uso de ellos también y que nos sirvamos de ellos para contribuir a la extensión del Reino de Dios en esta tierra.

Con la referida parábola, Jesús nos quiere decir que el mundo solo no nos hace felices, a pesar de las cosas buenas y agradables que encierra.

Por ello, antes de finalizar este capítulo, vamos a citar un pasaje del Sermón del Monte, que es el criterio de la fe para cada creyente.

“No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el

vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aún Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se hecha en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mateo 6:25-30).

En aquella ocasión el Señor Jesús le habló al pueblo muchas cosas más. Dijo que tenían que ser vigilantes para que la muerte no les alcanzase inesperadamente.

Pero de la misma manera el Señor se dirige a nosotros. Si no podemos dormir, ¿en qué pensamos? ¿En las riquezas, en la honra? Si es así, nosotros también somos unos insensatos.

Es posible que nos muramos en esta misma noche. Entonces ¿en qué nos ayudarán las riquezas?.

Mucho más importante es que podamos encontrar al Señor sin temor, porque Jesús ha pagado por nuestros pecados.

Querido lector, ¿ya tiene esa seguridad?.

Orad con fervor al Señor que os dé un corazón nuevo, que os perdone vuestros pecados.

Las riquezas del mundo sólo son temporales, pero quien es rico en Dios, tiene riquezas que perduran por toda la eternidad.

## Capítulo 54

# LAS ACTIVIDADES DE JESÚS EN PEREA

### Lucas 13: 1-5

Cuando presenciamos un accidente tan grave que el herido tiene que ser hospitalizado inmediatamente, nos llevamos un buen susto. Tenemos compasión por la persona en cuestión, ¿verdad?

Quizás, al ver una cosa semejante, llegamos a pensar: "¿Por qué no he sufrido un accidente yo...? ¿Por qué no estoy yo tendido en algún lecho de hospital, herido de gravedad, o incluso moribundo?"

La mayoría de la gente, tras presenciar un accidente, se distrae pensando en otras cosas, y sigue con sus quehaceres. Nos enteramos de una cosa, quedamos impresionados un momento, pero no tardamos en olvidarnos del triste suceso.

Otros, sí, piensan en lo ocurrido, y tienen una respuesta para ello. Mucha gente religiosa piensa inmediatamente en un castigo de Dios... La víctima habrá cometido algún mal, de modo que, ahora, la ira de Dios le alcanzó para afligirle con la pena tan merecida...

Tal pensamiento, muy malo por supuesto, se nos ocurre a todos, jóvenes y adultos. Los tres amigos de Job también

pensaban que Job era un gran pecador, un estafador, un hipócrita. Pero ¿por qué pensaban así?... Job lo perdió todo en un día: sus ovejas, sus burros, sus camellos, sus bueyes y... sus hijos. En resumidas cuentas, lo perdió todo. El mismo estaba cubierto de una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla, que le picaba tanto que tomó un tiesto para rascarse con él, y Job estaba sentado en medio de ceniza.

“Es castigo de Dios”, le dijeron sus amigos. “¡Es evidente el castigo del cielo porque de otro modo Dios lo hubiera impedido...! Si hubiera sido un hombre de bien, íntegro delante de Dios, el Todopoderoso le habría protegido contra esos males”

Así eran los hombres en aquel entonces, y así sigue siendo en nuestros días. Porque somos lo suficientemente hipócritas como para creernos algo más santos que la víctima del accidente, o que nuestro prójimo que pasa por un trance agudo.

Sin embargo, nos engañamos fácilmente, como se engañaron los tres amigos de Job. Job, en realidad no era ni estafador ni hipócrita, sino justo e íntegro delante de Dios. La Biblia nos enseña, y la práctica nos demuestra, que el diablo desenvaina la espada cuando el creyente quiere vivir una vida santa en Cristo. El enemigo de nuestras almas, que es una realidad, persigue con saña al que se aparte de él para acudir al Salvador.



En los días de la peregrinación de Jesús en la tierra, gobernaba en Palestina el gobernador romano Poncio Pilato, a quien volveremos a referirnos más tarde.

Poncio Pilato era cruel y ateo. Un día unos judíos viajaron a Jerusalén desde Galilea, para ofrecer sacrificios en el Templo. Entonces Pilato mandó a unos soldados que matasen a los galileos y mezclasen su sangre con sus sacrificios.

¿Por qué?... No lo sabemos, la Biblia no dice nada al respecto. Pero todo el pueblo judío se enteró de lo que Pilato hizo. Cada uno le odiaba y le detestaba. Incluso en Perea, aquel territorio pasado el Jordán, la gente se refirió a la masacre. El Señor Jesús, durante su estancia en Perea, se entera del suceso también, porque unos judíos se lo dicen, curiosos por saber la contestación de Jesús. El Señor, sin embargo, da una contestación algo diferente de la que habían pensado.

Porque Jesús dice: "¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos?... ¿Pensáis acaso que fue castigo especial por parte de Dios?... ¡Ni en lo más mínimo; Vosotros no sois menos pecadores que ellos!... Y si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente"

¡Menudo susto se habrán llevado al oír la contestación de Jesús.

En Jerusalén ocurrió un grave accidente. Cerca del estanque de Siloé había una torre alta, encima de un muro. De repente la torre se hundió y cayó enterrando vivos a dieciocho personas bajo sus escombros.

Y el Señor Jesús, en su conversación, prosigue hablando: "¿Pensáis que aquellos dieciocho eran más culpables que todos los que habitan en Jerusalén?... ¡Cierto que no! Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."

Al decirlo Jesús advierte a la gente que no tenga un concepto demasiado alto de sí misma.

Pero no sólo a los judíos advirtió solemnemente, sino a nosotros también, que no somos mejores que aquellos judíos. No nos conviene ser altaneros y orgullosos, porque si vivimos sanos de cuerpo y de alma, se lo agradecemos a Dios solamente, quien por su gracia nos protege, porque tiene paciencia y compasión de nosotros.

Ojalá entendamos la voluntad de Dios hacia nosotros: Porque nos guía y protege para salvarnos y para que nos arrepintamos.

## Lucas 13: 6-8

“Tenía un hombre una higuera plantada en su viña”, prosigue Jesús hablando, “y aquel hombre vino a buscar fruto en ella, y no lo halló.”

Por ello el dueño dijo al labrador: “He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; ¡córta-la!; ¿para qué inutilizar la tierra?”

Pero el campesino contestó: “Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone... Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”.

Hasta aquí la parábola contiene una lección que nos atañe a todos, porque Dios cumple todas las condiciones de nuestra vida, nos da salud y el pan cotidiano, nos da el privilegio de trabajar para ganarnos el sustento. Y ¿por qué lo hace? Muy sencillo, Dios quiere salvarnos y fortalecernos en razón de su obra, para que rompamos con nuestros pecados y le sirvamos como Él quiere.

Y tras concedernos todo lo que necesitamos en esta vida, es lógico que Dios quiera por parte nuestra algún fruto. Porque si permanecemos como la higuera que a pesar de todo del trabajo y abono no produce frutos, somos inútiles e ineptos para la obra de Dios. El fin de un hombre tal será una tragedia.

El Señor, sí, es misericordioso y tiene mucha paciencia para con nosotros. pero la paciencia divina no es infinita. Dios quiere que nos convirtamos para que tengamos vida en Jesucristo, y sobre todo no quiere la muerte del pecador. La muerte y perdición, a los ojos de Dios, son un horror. Porque está lleno de amor y quiere bendecirnos en vez de desecharnos y maldecirnos.

Pero es evidente que si durante toda nuestra vida nos negamos a escuchar la voz del Señor, y tratamos de postergar nuestra conversión hasta el lecho de muerte, es muy probable que la muerte nos coja repentina e inopinadamente. Es horroroso, pero muchos hombres han tenido que enfrentarse a esta circunstancia.

Escuchemos, pues, la voz de nuestro divino Salvador, mientras tanto que haya luz, para que no nos alcancen las tinieblas eternas.

### **Lucas 13: 10-13**

En un día de sábado, es decir de reposo, Jesús entró en una sinagoga, porque en Perea había muchas sinagogas también.

El edificio estaba lleno de gente, curiosa por saber lo que el Rabí de Nazaret tenía que decirles: Pero en medio de la multitud había una mujer desdichada, porque estaba totalmente encorvada y no podía enderezarse. Iba renqueando trabajosamente.

En su aldea todo el mundo la conocía, porque desde hacía dieciocho años, había estado enferma. La Palabra de Dios dice que tenía un espíritu de enfermedad.

Fue, pues, el diablo quien hizo infeliz a la mujer; el maligno la tenía encorvada día y noche... desde hacía dieciocho años.

El que está sano de cuerpo no se fija en el dolor de una persona que se desenvuelve en tan mísera condición. A pesar de todo, el diablo no logró hacerla claudicar hasta el punto de que no pudiese escuchar a Jesús. A pesar de su enfermedad fue a la casa de Señor en aquel sábado. Y ¿por qué? Por la sencilla razón de que amaba al Señor y quiso escuchar una vez más la buena palabra de Dios.

Hoy en día muchos cristianos permanecen en casa cuando les duele la cabeza; una buena excusa para no acudir al culto.

Pero la mujer de nuestro relato va al culto a pesar de su enfermedad.

Pero por estar tan encorvada quizás ni siquiera podía ver al Señor. Pero Jesús la ve; y lleno de compasión Jesús la llama, y por ser Hijo de Dios sabe que por dieciocho años el diablo

la tenía encorvada. El Mesías y Salvador, al ver la miseria humana, se acerca para salvar, restablecer y enderezar. ¡Qué palabras más maravillosas en un mundo lleno de destrucción!

Y de repente Jesús dice a la mujer: “¡Mujer, eres libre de tu enfermedad!”

A continuación el Señor se acerca para poner las manos sobre ella. Y al instante la mujer, muy feliz, se endereza para glorificar a Dios.

Cuando Jesús se acerca, el diablo tiene que huir; Jesús, Rey de reyes, le manda salir y el maligno tiene que obedecer. Aquí vemos la autoridad del Hijo de Dios, ante la cual el diablo tiembla.

### **Lucas 13: 14-17**

Reina el silencio en la sinagoga. Todos están atónitos al presenciar el suceso. Todos... menos cierta clase de gente, como de costumbre. El jefe de la sinagoga, por lo menos, no está satisfecho. Se escandaliza al ver que, al curar a aquella mujer, Jesús ha violado el sábado...

No se atreve a decírselo a Jesús directamente, pero lleno de ira se dirige a la multitud diciendo: “Seis días hay en que se debe trabajar; en éstos, pues, venid y ser sanados, y no en día de reposo.”

El jefe de la sinagoga está censurando a la multitud, pero en realidad, aunque indirectamente, quiere censurar a Jesús.

Aquella pobre mujer no había venido a la sinagoga para curarse; ni siquiera había pensado en la posibilidad de sanarse.

Al contrario había venido a escuchar la predicación del Profeta de Nazaret, para volver a casa en las mismas condiciones que antes. Ella por lo menos no había merecido tan dura censura por parte del jefe de la sinagoga.

Pero ahora el Señor Jesús interviene para defenderla; el alma del Maestro se llena de santa indignación al oír el lenguaje tan áspero de aquel jefe religioso.

"¡Hipócrita!" -dice al principal de la sinagoga, fariseo, muy probablemente-. "Cada uno de vosotros, ¿no desata en el día de reposo su buey o su asno y lo lleva a beber?"

Entonces, al referirse a la mujer que acaba de curarse por intervención suya, prosigue hablando: "Y a esta hija de Abraham que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se la debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?" Es que muy a menudo el mundo religioso tiene más compasión de una bestia que de un ser humano; la observación del Señor era muy atinada, de modo que el principal hipócrita tiene la boca cerrada.

Los que en su mente coincidían con el principal de la sinagoga ahora se avergüenzan al darse cuenta de sus malos pensamientos.

Pero la multitud se regocija con la mujer, cuyo nombre desconocemos, vuelve a casa andando como la otra gente. Y en lo sucesivo será un testigo vivo de lo que Dios hizo en su vida.

## Capítulo 55

# EN CASA DE UN GOBERNANTE FARISEO

### Lucas 14: 1-6

Igual que en Jerusalén y en Galilea, había muchos fariseos también en Perea.

En un sábado un gobernante de los fariseos preparó un banquete y convidó a sus amigos y conocidos. Jesús fue invitado también, de modo que El también podía comer de los alimentos suculentos presentados a los huéspedes.

Por lo visto el gobernante honraba al Señor Jesús, porque de otro modo no le hubieran invitado. Así, por lo menos, podía parecer, pero no fue tal el caso. El fariseo no le invitó por cortesía o en señal de amistad, sino más bien para observar a Jesús, para luego poder acusarle.

En Perea, en aquel territorio tras el Jordán, los fariseos rodeaban al Señor con el mismo odio en sus corazones; no eran mejores que sus colegas de la metrópoli. En todos los sitios tenían asechanzas al Profeta de Nazaret, y como no podían sorprenderle en ninguna palabra, ahora se esforzaban por observarle, para tratar de descubrir algo sospechoso en sus actuaciones.

Pero el Señor conocía los pensamientos de los fariseos; incluso sabía que le habían invitado por mera falsedad. Sin embargo, Jesús no declinó la invitación.

Tras entrar en la sala del banquete, Jesús se ve enfrente de un hidrópico, cuyo cuerpo está inflado, con líquido purulento, totalmente desfigurado. Es muy probable que los fariseos le hayan invitado a propósito, únicamente para ver si Jesús se atrevía a curarle en el día de reposo. Pero como hemos visto ya varias veces, el fanático religioso no se para en barras. Los fariseos, utilizan el sábado para comer y beber mucho, lo cual según ellos, no era pecado.

Pero ahora, si el Profeta de Nazaret se atreve a curar al pobre desdichado, ¡ay de Él! Los fariseos miran a Jesús con falsedad; pero el Hijo de Dios, que discierne los espíritus, ya está armado espiritualmente contra aquellas mentes diabólicas, y muy tranquilo les pregunta: "¿Es lícito sanar en el día de reposo?" Ahora Jesús esta pendiente de su contestación, pero ellos callan. Pero ¿por qué?... Por la sencilla razón de que no pueden darle contestación, porque con toda sinceridad tendrían que decirle que sí, que es lícito sanar el día de reposo. Pero ellos no quieren dar tal contestación y prefieren callar.

Jesús no espera hasta que la maldad diabólica permita su intervención, sino que se acerca al enfermo para sanarle. El desdichado queda libre de su dolencia; de repente se ve sano de cuerpo, igual que los demás. Ahora puede irse en paz.

Muy probablemente los fariseos han mirado a Jesús, los ojos llenos de ira. El odio se refleja en sus caras, porque, según ellos, Jesús acaba de violar el día de reposo... por haber trabajado.

Pero el Señor los desarma con una sola mirada redarguyéndolos de crueldad y falta de compasión hacia su prójimo.

Para ello Jesús no hace discursos largos, sino que se limita a decir; "¿Quién de vosotros, si su asno o buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?"

Ahora tienen la boca cerrada y no le pueden replicar a tal razonamiento, que es verdaderamente divino... Pero, lamentablemente la ira no desaparece del corazón de los fariseos.

Y nosotros ¿no nos damos cuenta que muchas veces esta misma rebelión contra las enseñanzas del Señor llena nuestros corazones?

### Lucas 14: 7-14

Cuando los convidados se sientan a la mesa, cada uno trata de ocupar el mejor asiento en la larga mesa. Porque todos piensan en sí mismos, en primer lugar...



*La gran cena*

Al ver a los convidados tan afanosos de ocupar los asientos que les parecían los mejores, y de cómo se abrían paso a codazos, el Señor les refiere una parábola, diciendo

“Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: “Da lugar a éste”; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Más cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: “Amigo, sube más arriba”. Entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa.”

Esto, a primera vista, parece ser una lección de etiqueta. Desde luego, la urbanidad produce mejores resultados que la grosería. En general el grosero es un hombre cuya compañía no apetecemos.

Pero en la Palabra de Dios vemos que cada palabra de Jesús, aunque se refería a una cosa de la vida cotidiana, tiene otro sentido mucho más profundo. Aquí el Señor inmediatamente agrega su conclusión espiritual; “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.”

Y nosotros, ¿es que también siempre escogemos las mejores cosas para nosotros mismos? ¿Sí? Esto demuestra que esta misma codicia vive en nuestros corazones.

Aquel gobernante fariseo sólo convidó amigos acaudalados. ¿Convidar a los pobres?... ¡No! Mejor no hacerlo por estar en pugna con las reglas de convivencia. El dueño de la casa tendría vergüenza de ver a los pobres, gente de la más baja clase social, sentados a su bien provista mesa. Entendamos porqué los pobres no son tolerados a la mesa del gobernante fariseo, respetable dignatario religioso.

Al lado de la diferencia de clases había otro motivo de invitar sólo a la gente de bien. Porque al convidar a los ricos el fariseo pensaba ser convidado por ellos también. Porque amor con amor se pague.

Pero el Señor Jesús parece partidario de otra filosofía, que no es la de los fariseos. Por ello se dirige al fariseo, diciéndole: “Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que

ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Más cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos, y seas bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.”

A los ojos de los fariseos el Profeta de Nazaret era un aguafiestas porque nunca obraba según su plan. En efecto, el Hijo de Dios no se deleitó en los placeres inicuos de este mundo; mientras se trataba de placeres sanos el Señor no discrepó, sino que, al contrario, a la gente que no se deleitaba en placeres inicuos el Señor les propuso enseñanzas para su edificación. Tal gente quedaba pendiente de sus labios, porque el Señor les hablaba con tanta gracia que el más inculto entendía sus palabras.

Pero en sus discursos Jesús no se refirió solamente a la gente de la antigüedad, a sus contemporáneos. Porque el Evangelio sigue siendo de actualidad. Lo que pasó entonces en los círculos de los altos dignatarios, en este siglo se repite igual. Otros hombres, en circunstancias algo distintas, en el fondo no han cambiado ni el sentir ni el parecer del hombre, cada uno en su categoría.

Lo vemos ya en las fiestecitas de nuestros hijos, niños o adolescentes.

Por ejemplo uno de nuestros hijos cumple años. Para el joven o la joven el cumpleaños supone un verdadero acontecimiento. Y al acercarse a la fecha memorable ni siquiera logra conciliar el sueño. Mamá había dicho que podía invitar amiguitos o amiguitas para jugar juntos durante todo el día, y para obsequiarlos con dulces y otras cosas deliciosas...

Pero ahora, ¿cuáles de los amiguitos o amiguitas se escogerán? En primer lugar, claro, los hijos de los padres más ilustres y adinerados que viven en la misma calle.

¿Invitar a un joven o una joven pobre de la escuela, o del barrio? ¡Qué va! Ese joven con su pantalón remendado, o esa joven con su faldita vieja y descolorida...

Al invitar a jóvenes de padres ricos, nuestros hijos esperan ser invitados por ellos, cuando cumplan sus años.

En cambio los niños pobres quisieran ser invitados también; se les nota por sus ojos suplicantes. Pero ellos no son escogidos. ¡Ni hablar! Ellos vuelven a casa, desilusionados al darse cuenta de la poca amistad por parte de los amiguitos de la escuela.

Los jóvenes y niños pueden ser extremadamente crueles en su manera de proceder. El egoísmo causa enormes estragos en este mundo.

Por ello el Señor Jesús, sabedor de estas cosas, dice a los fariseos que no es una vergüenza el ser pobre. Porque las riquezas de este mundo pasan, tal vez de un día a otro. Y ¡ay! de aquél que no tiene tesoro en los Cielos...

#### **Lucas 14: 15-24**

Con ocasión del banquete en casa del gobernante de los fariseos, el Señor Jesús les refirió a los convidados la parábola siguiente:

Un hombre preparó una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: "Venid, que ya todo está preparado". Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: "He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses". Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses". Y otro dijo: "Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir."

Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: "Ve pronto por las plazas y calles de la ciudad y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos"

"Y dijo el siervo: señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar."

"Dijo el señor al siervo: "Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. Porque

os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena.”

Al escuchar esta parábola nos damos cuenta de que va cargada de un significado espiritual de una tremenda trascendencia.

Volveremos a referirnos al asunto después de las observaciones generales sobre los elementos de esta parábola.

En primer lugar, las excusas de los convidados para no venir a la cena, son mentiras y nada más. Porque los judíos solían ir a ver un campo antes de comprarlo. Además era de noche, por tratarse de una cena.

El segundo no pudo probar sus cinco yuntas de bueyes de noche tampoco, y el recién casado no se vio tampoco obligado a dejar a su novia sola durante toda la noche; hubiera podido venir con ella.

Es posible que haya impedimento en cierto caso, de modo que el uno o el otro no pueda venir. Porque muchas veces existen impedimentos legítimos, pero el hecho que todos los convidados hayan dado una excusa, muy barata, por supuesto, demuestra algo especial.

Y el siervo que tiene que decírselo a su señor no debía de sentirse bien tampoco. De momento está allí, en presencia de su señor, pendiente de nuevas órdenes. Para el siervo era una situación horrible el ver a su señor afrentado de esta manera. Porque las excusas dadas son nada menos que una afrenta en plena cara del señor que hizo preparar la cena.

Al final el señor, indignado, da orden de llamar a los pobres, mancos, cojos y ciegos... Si los convidados se muestran indignos de tomar parte en la cena, vendrá gente de la más humilde condición.

El siervo obedece, y los pobres, mancos, cojos y ciegos no tardan en venir. Va llenándose el gran salón, pero aún hay lugar para otros.

Por segunda vez el siervo se acerca a su señor para decirle: “señor, he ejecutado tus órdenes, pero aún hay lugar para mas gente...”

Y aquí viene la palabra clásica que con tanta frecuencia utilizamos en la obra de evangelización: "Ve por los caminos y por los vallados y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa."

Al final la casa del señor está llena de gente. Pero no de los grandes e ilustres del mundo, sino de los que, quizás, no hubiéramos nunca convidado nosotros.

---

Y ahora pasamos a referirnos al significado de la parábola:

Sabemos que durante los años de su peregrinación en este mundo, Jesús iba predicando por toda Palestina. En todos los pueblos y aldeas Jesús dijo que era el Mesías prometido, el Hijo de Dios y Rey de Israel. Por donde quiera que fuese, llamó a los fariseos e intérpretes de la ley para que creyesen y confesasen sus pecados.

Y ¿cuál fue su contestación?

Menos una pocas excepciones, los dignatarios religiosos no quisieron venir, sino que se burlaban de Jesús. Ellos se negaron a creer las palabras del Salvador.

Entonces fue a llamar a los publicanos, pecadores e impíos, para que se acercasen a Dios por Jesucristo. Esta última categoría de gente reaccionó positivamente ante el llamamiento de Jesús, como ejemplo Leví el publicano de Capernaúm, y muchos más.

La mujer samaritana, en el pozo de Sicar, confesó a Jesús todo lo que había hecho, y por ella muchos creyeron en Él. Pero Dios dispuso que su Palabra no se predicase únicamente a los judíos, sino a los gentiles también. Estos últimos no tenían derechos de ciudadanía en Israel, pero tras oír la invitación del Evangelio, sin tardanza se dispusieron para entrar en la ciudad. Eran los que vinieron desde los caminos y vallados de este mundo, quienes vinieron a sentarse a la mesa del padre de familia, al que se refiere Jesús.

Y ¿qué dice el dueño de la casa al verlos?

"¡Fuérganlos a entrar!"

Queridos lectores, es aún tiempo de gracia para el mundo entero; el que quiera, puede entrar, por muy malo e impío que sea. Sigue predicándose el Evangelio en nuestras capillas, salas de evangelización, puestos misioneros, incluso en los templos. Existe, pues, esta única POSIBILIDAD para salvarse; el evangelio, mensaje de gran gozo y alegría, nos indica el camino de salvación.

¿Cuál será vuestra respuesta?... ¿Estáis muy ocupados también con otros asuntos? Por desgracia, muchos se aburren en los cultos y en las reuniones de estudio bíblico o en las reuniones de oración. Es precisamente una prueba de que sus corazones no están transformados todavía. El Señor nos invita a venir y a convertirnos a Él. Porque nuestro no, frente a la invitación que viene a nosotros por el Evangelio, es nada menos que un insulto al Señor...

Es cierto que no podamos darnos nosotros mismos un nuevo corazón. Pero sí que lo necesitamos porque somos unos pobres pecadores condenados en nuestros pecados.

Dios sería justo si nos dejara permanecer en nuestra condición de perdidos. Pero el Señor Jesús ha sufrido y ha muerto para que personas culpables tengan salvación eterna.

¡Ojalá que no dejemos de asistir a la predicación de estas buenas noticias del Evangelio! El Señor se complace en utilizar la predicación del evangelio para convertir a adultos, jóvenes y niños.

Orad a Dios que utiliza la predicación también para vuestra salvación personal, para que seáis felices por toda la eternidad.

## Capítulo 56

# ==== EL HIJO PRÓDIGO ====

**Lucas 15: 1,2**

Una vez más los fariseos y escribas están murmurando contra Jesús. Estos hipócritas se muestran escandalizados al ver que el Señor habla a los publicanos y a cualquier clase de pecadores, y que no sólo les predica, sino que come con ellos también.

Comer con una persona, entre los judíos, equivalía a tener comunión con ella. Según los fariseos y escribas, el Señor Jesús participaba incluso con los traidores que, a sabiendas, vendían el pueblo a los romanos tan odiados. Según ellos el profeta de Nazaret, si en realidad fuera el Mesías, no se mezclaría con la población, sino que guardaría cierta distancia.

A lo mejor hubieran tenido razón si Jesús hubiese sido un hombre común, como ellos pensaban. Porque la mala compañía corrompe las buenas costumbres, no cabe duda. Pero Jesús, al dirigirse al pueblo, incluso a los publicanos, suscitó en ellos una convicción de pecado. La propia presencia del Señor redarguyó de pecado. De la persona de Jesús se desprendía una autoridad verdaderamente divina. La Palabra de Dios dice que Jesucristo vino para destruir las obras del diablo. Y a la verdad Jesús destruyó las obras del

diablo en la vida del pecador. Jesús nunca condenó al pecador, aunque odió el pecado que estaba en su vida. Al pecado sí lo condenó severamente, pero sólo para absolver al culpable.

El ministerio de la gracia divina es insondable. Sin embargo quiere facilitarnos ciertas directrices. Si a nosotros nos es imposible escudriñar la naturaleza de Dios, para saber el porqué de la gracia divina, Jesús se empeña en explicar a los fariseos y escribas cómo funciona dicha gracia, aunque dicha gente no haya querido recibirla. Es probable, además, que no hayan comprendido el significado de las palabras de Jesús. Pero al que cree, dice el apóstol Pablo, Dios le hace sabio para la vida eterna; Dios le abre el corazón y el entendimiento para que comprenda lo que Jesús quiere decirle.

Porque las parábolas que van a seguir, no sólo las propuso a los fariseos y escribas, los cuales se negaron de antemano a dar crédito a las palabras de Jesús, sino que las pronunció también para el hombre moderno, para que crea en la predicación del Evangelio.

### **Lucas 15: 3-7**

Hubo un hombre que tenía cien ovejas. Claro que no era el más rico del país, porque hubo quienes poseían miles de ovejas. Job, por ejemplo, tuvo siete mil al principio, y más tarde llegó a tener catorce mil...

Pero el que tenía cien ovejas por lo menos tuvo la ventaja de conocerlas todas por sus propios nombres.

Al llamar y contar sus ovejas, de repente el pastor se da cuenta de que le falta una. Pero ¿dónde ha ido a parar?... ¿Descarriada?... ¿En algún barranco?... ¿Despedazada por alguna fiera?... No lo sabe.

Pero la preocupación por la ovejita descarriada no le deja tranquilo ni un momento. Se levanta para buscarla, dejando atrás a las noventa y nueve en el desierto, sin descansar hasta que la encuentra.

Al final la descubre trabada, quizás, en un zarzal por sus cuernos, o caída en un pozo profundo. ¿Quién sabe? De repente el pastor da un grito de alegría y se pone a correr en auxilio de la oveja para salvarla. Se inclina para mirar y palparla y luego la pone en sus hombros gozoso, y vuelve a casa muy alegre.

Al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos para decirles lo que ocurrió; cada uno tiene que saberlo. "¡Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido!"

El encontrar una cosa perdida es siempre un motivo de gran gozo; cada uno lo ha experimentado alguna vez en su vida.

Y el pastor se alegra más por haber encontrado aquella única oveja que se había descarriado, que por causa de las demás que no se perdieron.

"Habrás más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento". Así Jesús prosigue hablando, quizás para hacer comprender a los fariseos y escribas que no come con los publicanos y pecadores para identificarse con ellos, ni para ser semejante a ellos en cuanto a su vida de pecado, sino para salvarlos del lago cenagoso en que se encuentran.

Una vez más nos damos cuenta de que los jefes religiosos del pueblo de Israel esperaban un Mesías terrenal, un líder político y religioso. Pero se equivocaban, ya que el mesiazgo de Jesús consistía en salvar a los impíos de la perdición eterna. Y fue precisamente por los impíos que Jesús vino a verter su sangre, colgado en el madero.

Pero un Mesías de aquella clase, totalmente distinto de la imagen que ellos se hicieron acerca del Prometido, no lo necesitaban para nada...

## Lucas 15: 8-10

Cuando una muchacha judía se casaba, su marido, o tal vez su propia familia, le regalaba un precioso collar. La alhaja constaba de una cadenita en la que estaban colgadas diez dracmas.

Jesús, al explicar la parábola, muy probablemente se refirió a una mujer casada que llevaba un collar así.

En todo caso la mujer, en esta segunda parábola perdió una de las diez dracmas que tenía, lo cual fue terrible, horroroso. Porque a raíz de la pérdida el collar resultaba incompleto. Pero ¿qué va a hacer?

Enciende una lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrar la preciosa dracma perdida. Va a buscar en todos los rincones y escondrijos de la casa y no descansa hasta encontrar la dracma, y al encontrarla vuelve a ponerla en el lugar que le corresponde, llena de alegría sale de su casa para hacer ver a sus amigas y vecinas la dracma que estaba perdida, y que ha vuelto a encontrar, diciendo:

“¡Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido!”

Y al final, la conclusión que Jesús saca de esta parábola significa lo mismo que la de la parábola anterior, aunque se expresa ahora en términos distintos:

“Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.”

Porque Jesús vino a buscar y a salvar a los perdidos. A tal fin se acerca incluso a los publicanos y pecadores perdidos y odiados. Por supuesto no eran salvos todos los publicanos y pecadores, sino únicamente los que, dirigidos por el Espíritu Santo de Dios, rompieron sinceramente con sus pecados y acudieron al Salvador en busca de salvación.

De entre la gente de muy mala fama que hubo en Perea, quizás también algunos, salvados por el Señor, cantarán un cántico eterno a la gloria de Dios.

## Lucas 15: 11-24

A continuación Jesús les propone una tercera parábola, la del hijo pródigo.

Un hombre tenía dos hijos. Los dos trabajaban en la hacienda de su padre. Se dedicaban a las faenas del campo, o guardaban los ganados. En resumidas cuentas, lo poseían todo para vivir felizmente, porque no conocían ni hambre ni pobreza. Tenían bienes en abundancia. Todo respiraba prosperidad y bienestar en toda la finca. Además el padre quería mucho a sus hijos, a quienes no les faltaba nada en la casa de su padre. En ningún sitio la vida podía ser mejor.

Sin embargo, el hijo menor no se encontraba feliz, más bien descontento. Tenía mal genio ya al levantarse, y muy descontento se dedicaba a sus labores. En casa no se sentía muy a gusto, y quería ver otra cosa. Quería sentirse libre, lejos de la aparente tutela de su padre.

Llegó el día en que el hijo menor dijo a su padre: "Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde". Con esto quería decir que papá tenía que repartir sus bienes, su herencia, antes de morir, para que él pudiera quedarse con la parte que le correspondía de derecho.

La parábola no dice cómo reaccionó el padre ante la petición de su hijo menor. Nos imaginamos que le dolería mucho, pero que sin regateos se pone a repartir los bienes. Según la costumbre judía el hijo mayor tenía derecho a una doble parte de la herencia, según el derecho de primogenitura. Y el menor obtuvo la parte de los bienes que le corresponderían a la muerte de su padre.

Tras obtener todo lo que quería este hijo, vendió todos sus bienes y se dispuso a marchar... tan lejos como le fuera posible. Lo único que quiso fue el mundo y todo lo que el mundo podía brindarle. Y, sobre todo, lejos de la tutela de su padre. Quería deleitarse en tierra extraña en los placeres desconocidos. Ni un día más quiso permanecer en casa...

Entonces, tras llenar su bolsillo de dinero, se apresuró a alejarse de la casa paterna.

Y pronto, por lo menos así pensaba, se abrirían para él nuevos horizontes, una vida de alegría. Una fiesta continua sin restricción alguna.

Los recuerdos de la casa paterna, el dolor de su padre al verle partir, lo borró de su mente, para que ningún pensamiento desagradable pudiese quitarle la alegría de la fiesta.



Allá en un país lejano hay un joven que guarda cerdos en una meseta. Sus ropas y vestidos están gastados por completo; todo él muestra una gran miseria. No sólo va vestido de harapos, sino que hasta da miedo ver su cara. Tiene las mejillas pálidas y hundidas, y los ojos apagados están sumidos en las órbitas. Va andando en pos de los cerdos, las piernas temblorosas.

Y para que coman los cerdos son llevados atrás, a los comederos adonde llegan unos campesinos trayendo algarrobas.

Y los cerdos, glotonos como siempre, se tragan las algarrobas, mientras los campesinos miran hasta que las bestias se lo han comido todo. ¿Y el pobre muchacho que está apacentando los cerdos? ¡El no cuenta!.

Ávido de comer, el muchacho mira las algarrobas que los cerdos comen, esperando que los campesinos se vayan cuando antes, para que por lo menos pueda comerse unas algarrobas también. Está tan hambriento y sediento que está dispuesto a contentarse con cualquier cosa mientras le quite el hambre y la sed. Pero los campesinos no se van, y junto a los comederos esperan hasta que las bestias sucias y glotonas, se lo tragan todo. Y nuestro pobre muchacho, cuidador de cerdos, sólo quiere unas algarrobas para conservar su vida, pero nadie se las quiere dar. Pero ¿quién es ese muchacho?

-Es el hijo menor del dueño acaudalado de aquel gran cortijo, de donde salió lleno de ilusiones, ávido de ver tierras extrañas...



*«... y yo aquí perezco de hambre»*

Y ¿cómo le pasó todo esto?... ¿No llevó dinero en abundancia?...

Sí que lo tuvo. Pero tras llegar a aquel lejano país desperdició todos sus bienes viviendo perdidamente. Trabó amistad con quienquiera que fuese, ¿cómo no? Todos ellos se deleitaban en malgastar el dinero del extranjero. El siempre pagó y organizó fiestas espléndidas, desperdiciando miserablemente todo lo que tenía.

¿Ir a trabajar en algún lugar y vivir honradamente? ¡Ni hablar! Cuando todo iba viento en popa, y contaba a los ojos de sus amigos, no quiso trabajar, porque en realidad no había necesidad de hacerlo.

Pero con todas aquellas fiestas espléndidas gastó toda su fortuna; antes de darse cuenta de la situación se vio sin nada.

¿Pero y los amigos que tenía..., no quisieron ayudarlo? Se lo había preguntado, sí, pero una vez malgastada toda su fortuna, ya nadie le quería. Hay una diferencia enorme entre extranjero rico y extranjero pobre.

Y para colmo de desdichas, cundía el hambre en la tierra en que estaba. El precio de las comidas iba aumentando más y más, de modo que ya no pudo pagarlas. El que pagó tanto por las fiestas en aquella tierra, para deleitarse con los habitantes del país, sufría hambre. Tuvo que acostarse sin comer y no llegó a conciliar el sueño por causa del hambre. Le dolía el estómago, sensación que no había conocido nunca antes, en casa de su padre.

Al final decidió ir a trabajar, pero ¿a dónde?... Y ¿a qué oficio tenía que dedicarse?

Por fin logró encontrar el trabajo, pero ¡qué clase de trabajo! Lo más humilde que uno podía pensar: ¡Porquero! El trabajo más asqueroso y humillante para un judío, porque según su ley los cerdos eran bestias impuras.

Nuestro muchacho aceptó el trabajo, porque se vio obligado a hacerlo. Únicamente para no morir de hambre.

Y ahora el pobre se desvive corriendo tras un hato de cerdos en los campos. ¿Y el jornal que le pagaban? Justo para no morir, pero insuficiente para vivir. Porque el campesino de aquella tierra extraña, de la que pensaba que era para él una tierra de promisión con todas las alegrías que le brindaba, se preocupa más por los cerdos que por su criado.

¡Ay del muchacho!... ¡Qué desilusión!

Había perdido -mejor dicho; desperdiciado- todo lo que poseía, toda su herencia. La propia culpa duele mucho más que cualquier infortunio que pueda ocurrir en la vida del hombre. Y ahora, por mucho que se dedique a apacentar los cerdos, se siente cada vez más flaco, y si no interviene algo extraordinario, morirá de hambre irremisiblemente. Porque el hombre, por muy joven y fuerte que sea, aguantará cierto tiempo, pero no más...

No es, pues, nada extraño que el joven vuelva a pensar en la vida que tenía en casa de su padre. ¡Qué locura la de haberse apartado de ella! Ahora se apodera de él un vivo deseo, una ansia por cambiar de vida.

Al final vierte ardientes lágrimas de arrepentimiento. Se arrepiente de haber actuado con tanta necedad, desperdician-

do toda sus herencia en una vida de pecado con amigos que en realidad, no lo eran.

Volviendo en sí, se dijo a sí mismo: "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!"

Pero, ¿volver, yo, a casa de mi padre?... Eso es lo más difícil que pueda imaginarse, por tener que confesar su culpa, que es una de las cosas más difíciles y dolorosas en la vida del hombre. Una confesión de culpabilidad cuesta mucho, muchísimo, máxime cuando hemos pecado a propósito.

Este pensamiento supone por parte suya una profunda humillación. Pero no puede deshacerse de tal pensamiento, quizás por ser para él el único medio de escape. Además nace en él el vivo deseo de volver a casa, de volver a ver a su padre. De repente se decide a levantarse y volver a su padre. Porque ya no aguanta más. En presencia de su padre le confesará su culpa; tiene el vivo anhelo de pedir perdón a su padre por toda la aflicción y el dolor que le causó.

¿Su padre?... Ya no se considera ahora digno de llamarle padre. Ya no se cree digno de ser llamado hijo. Pero se decide a servir a su padre como jornalero, como criado. Es todo lo que merece, pero el pobre muchacho está dispuesto a aceptarlo.

Pensando esto, se levanta y vuelve a casa. Deja de ser porquero y, arrepentido emprende el largo viaje.

Tras mucho caminar va acercándose a las fronteras de su propia tierra, y no tarda en llegar a la casa paterna. Nadie puede imaginarse cuál ha sido su estado de ánimo, pero está resuelto a volver cual mendigo. Y ¿querrá recibirle su padre? Quizás habrá vacilado un poco al acercarse a la casa.

Mientras que así reflexiona, de repente oye el paso ligero de uno que viene a su encuentro. ¿Quién es?

¡El padre! Porque cuando aún estaba lejos, le vio su padre, y fue movido a misericordia, y -así dice la parábola- el padre corrió y se echó sobre su cuello, y le besó...

El padre le vio desde lejos; el padre estaba mirando con ansia. El padre no se había olvidado de su hijo desobediente, y

día tras día estaba mirando en la dirección del camino por donde su hijo se apartó. Y como de costumbre fue a ver si venía el hijo pródigo...

Y desde lejos vio a un forastero que se acercaba... ¿Un forastero?... ¡No! Es su propio hijo que vuelve a la casa paterna, harapiento. Sin odio en su corazón, sino con los brazos abiertos, y lleno de alegría, va al encuentro de su hijo.

Y antes de que el hijo se dé cuenta de lo que ocurre, está en los brazos del padre... Mucho más de lo que se había atrevido a esperar, un amor inmerecido.

Y el hijo arrepentido hace su confesión memorable: "Padre he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado tu hijo..."

Estas palabras de arrepentimiento hacen saltar de alegría el corazón del padre. Otra vez abraza al hijo.

A continuación el padre manda a sus criados que saquen el mejor vestido, que vistan al hijo pródigo que acaba de volver a casa, que pongan un anillo en su mano y calzado en sus pies.

Hasta tal punto va la reconciliación con el hijo menor, que por muy ingrato que haya sido, no sólo se reintegra a sus derechos de hijo, sino que también vuelve a llevar el anillo el cual se puede comparar con el escudo de familia que muchas familias europeas tienen.

Entonces, vestido de nuevo, el hijo menor vuelve a entrar en la casa paterna. ¡Qué dicha tan grande! El hijo pródigo habrá quedado confundido ante la manifestación de tan grande amor de su padre, que ahora pone el colmo a su alegría, mandando que se traiga el becerro gordo y que se le mate, diciendo: "¡Comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido y es hallado!"

Y toda la casa, la familia con los criados, se regocijan: No solo es matado el becerro gordo para hacer fiesta, sino que reina un gran gozo. Todos cantaban canciones de alegría por causa del regreso del hijo pródigo. Porque era como la resurrección de un muerto...

## Lucas 15: 25-32

Ahora regresa un hombre del campo. Cuando está cerca de la casa se detiene para escuchar lo que pasa... ¡Música!... ¡Canciones!

Pero ¿qué es eso? No nos es difícil adivinar que ese hombre es el hijo mayor que desde la partida de su hermano no ha oído más que endechas en casa, y aflicción por su causa. Por ello no está acostumbrado a tanta música en casa, máxime que esta vez no es música triste, sino alegre.

Ahora el hijo mayor se apresura a entrar en la casa para cerciorarse del asunto. Llama a uno de los criados para preguntarle que es aquello... "¿Porqué tanta alegría?"

El criado no tarda en decírselo: "Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano."

Entonces el hermano mayor se enfada y no quiere entrar. Se enoja hasta tal punto que su padre tiene que salir para darle explicaciones, y para rogarle que entre.

Según el hermano mayor, el hermano menor podía haber seguido donde estaba desperdiciando su herencia.

Y le dice al padre: "He aquí, tantos años te sirvo y no te he desobedecido nunca, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos... Pero cuando vino ese tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo"

Pero el padre animado de otro espíritu, le dice: "Hijo mío, tu siempre estas conmigo y todas mis cosas son tuyas. Más era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto; se había perdido y es hallado."



¡Qué parábola más bella en la palabra de Dios! Con ella Jesús quiere enseñarnos algo. Jesús compara al hijo pródigo, con los publicanos y pecadores, mientras el hijo mayor es comparado con un jefe fariseo y escriba.

El publicano y el pecador, cuando por la gracia de Dios se arrepienten son recibidos y agasajados por el Padre celestial como lo fue el hijo pródigo por su padre. Y el Padre celestial, cuando acudimos a Él en busca de perdón, nos acoge con amor... y hay mucho gozo en los cielos.

Es un razonamiento que los fariseos y escribas no aguantaban. A los ojos de esos jefes religiosos los publicanos y pecadores no tienen derecho al perdón divino, y la salvación no es para esa gente tan despreciada. En realidad el hombre religioso, que en su vida no experimentó la conversión y la humillación que ésta le acarrea al reconocerse pecador, se escandaliza al pensar que Dios, en su misericordia, sea capaz de conceder su perdón a la criatura más vil de este mundo.

Pero hemos experimentado la conversión en nuestra vida, sabemos quiénes fuimos nosotros antes de convertirnos, y lo que somos ahora. Y entonces, al enterarnos de la conversión del personaje más despreciado y aborrecido de nuestro pueblo, lo único que nos resta es regocijarnos en Dios por tan insigne gracia. Y cuando el pecador arrepentido, aparece en medio de nosotros, en nuestra iglesia, le decimos de corazón: "¡Bienvenido, hermano, en medio de nosotros, que Dios le bendiga!"

Porque la Ley de Dios es distinta de la nuestra, y los caminos de Dios son mucho más elevados que los nuestros. Y el que lee el Evangelio con debida atención, queda maravillado del don de la gracia que es dado gratuitamente por Cristo.

Todos nos parecemos al hijo mayor. Hemos dejado a Dios y vivimos en los pecados. Si el Señor nos da el don del arrepentimiento, aprenderemos a confesar nuestras deudas. Es algo que no haremos por libre voluntad. Solo lo haremos si el Espíritu Santo obra en nuestro corazón.

Pidamos al Señor siempre, que nos dé el don del arrepentimiento, para que no permanezca en nuestros corazones el odio secreto a Dios. Y para que deseemos ser reconciliados con Dios.

## Capítulo 57

### == “EL MAYORDOMO INFIEL” ==

Lucas 16: 1-13

¿Qué es un mayordomo? La parábola que sigue nos habla de la mayordomía cristiana, la cual supone por parte nuestra una enorme responsabilidad.

Vamos a ver ahora lo que la parábola de Jesús dice al respecto. En este mundo hay gente pobre y gente acaudalada. Son criaturas de Dios tanto las unas como las otras. Sabemos que hay gente fabulosamente rica en este mundo. Dueños de haciendas enormes, que no pueden dedicarse a todos los quehaceres, ni a las faenas del campo. Esas fincas con sus ganados, son arrendadas a campesinos y ganaderos, quienes se dedican al arado, las siembras, siegas, cosechas y todas las faenas que hay en un cortijo. En resumidas cuentas, los arrendatarios lo hacen todo como si fuera de su propiedad.

Para poder hacer uso de una propiedad ajena, el usufructuario paga al dueño un alquiler, un arrendamiento, según un contrato establecido al efecto. Esto quiere decir que el cortijo, las tierras, el ganado, permanecen siendo propiedad del dueño.

En la antigüedad los dueños de esas haciendas, encargaban a unos administradores para que se cuidasen de cobrar el alquiler o arrendamiento que tenían que pagar todos los campesinos. Y este administrador era mayordomo. A él le incumbía la tarea de

tomar medidas para que los arrendatarios pagasen a tiempo y para que realizasen todos los trabajos necesarios en los inmuebles, como reparaciones, conservación, ampliación de casas y graneros, y muchas cosas más. El mayordomo velaba, pues, por todas las propiedades de su señor, y a ese fin se dedicaba también a la administración de los asuntos financieros, ingresos y gastos, para poder entregar las ganancias netas a su dueño.

Desde los días de la antigüedad, fueron modificadas y modernizadas muchas cosas y todavía tenemos administradores, aunque proceden de un modo distinto, al de nuestra historia.

Y ahora el Señor Jesús explica a sus discípulos una parábola. Pero como Jesús solía hablar en las plazas públicas con frecuencia, incluso los fariseos y publicanos podían enterarse de sus palabras. Escuchemos ahora lo que el Señor quiere decirnos a nosotros también:

“Había un hombre rico que tenía muchas propiedades” - con estas palabras es introducida la parábola- “y para administrarlas tenía un mayordomo. Pero un día el amo se entera de que, en vez de administrar bien la hacienda de su Señor, el mayordomo disipaba sus bienes. No actuaba pues con fidelidad y honradez.”

“Por ello lo llamó para decirle: ¿Qué es ésto que oigo de ti?... Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo.”

Como mayordomo, estaba encargado también de la contabilidad, en la que tenía que apuntar todos los ingresos, además de los importes que gastaba. Pero la contabilidad de ese mayordomo no está en orden, vistos los embrollos y falsificaciones de los que se hizo culpable. Siempre había pensado que su amo no se enteraría nunca, pero ahora, después de acusarle, el amo quiere ver y examinar bien la contabilidad.

El mayordomo sabe que perderá su empleo; y la pérdida del trabajo implica para él, el hambre y la pobreza. Se da cuenta de la situación. Entonces el mayordomo se dice para sí: “¿Qué haré?... Hacer trabajo duro, no puedo; mendigar, me da vergüenza...”

Y tras reflexionar mucho, exclama: "Ya sé lo que haré para que cuando se me quite la mayordomía, me reciban en sus casas."

-El mayordomo, por ser hombre de negocios, es muy astuto y llama a cada uno de los deudores de su amo. Al primero pregunta: "¿Cuánto debes a mi amo?"

"Cien barriles de aceite."

El mayordomo le dice: "Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta."

A continuación dice a otro: "Y tú ¿cuánto debes?" Y él contesta: "Cien medidas de trigo"

Otra vez el mayordomo dice: "Toma tu cuenta, y escribe ochenta"

En realidad, es posible que el mayordomo hubiera doblado antes la cantidad que algunos debían a su amo. Y ahora, antes de su despedida, se apresuraba a rectificar la falsificación cometida. Además el nuevo mayordomo, es decir su sucesor, no se daría cuenta de los embrollos de su predecesor. Y tras hacer todos esos arreglos, los deudores se van muy contentos. De este modo el ex mayordomo podrá llamar a la puerta de todos aquellos deudores, los cuales -según piensa- le darán todo el trigo y aceite que precise.

Más tarde el amo se entera de las actuaciones del mayordomo despedido, e incluso le alaba por haber actuado sagazmente. No le habrá alabado por haber estafado a sus prójimos, sino que, en términos comerciales, es muy probable que haya actuado sagazmente sin cometer ningún fraude.

Dicho esto, el Señor Jesús también agrega que " Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz."

La sagacidad del mayordomo consistía, pues, en tomar medidas de precaución para el porvenir.

Nosotros también debemos tomar precauciones para nuestro porvenir eterno. Sabemos que un día moriremos y tendremos que aparecer ante el trono de Dios. Pero vivimos como si no hubiera Dios. Pecamos y hacemos lo que Dios aborrece, y eso a pesar de las amonestaciones que Dios nos da con tanta frecuencia.

La muerte puede sorprendernos cualquier día. Y si morimos inconversos, no habrá remedio para salvarnos del castigo eterno. Doblad las rodillas y pedid el perdón y la Gracia de Dios. Ahora tenemos esta oportunidad. Quizás mañana ya no la tengamos. Tenemos que pedir con insistencia, que el Señor nos dé un nuevo corazón, porque el Señor Jesús ha padecido por nuestros pecados.

El Señor no está obligado a salvarnos, pero no dejad de pedirselo. Porque si nos perdemos, por toda la eternidad lamentaremos no haberle pedido al Señor que nos diera un nuevo corazón.

## Capítulo 58

### “ESTOY ATORMENTADO

### EN ESTA LLAMA”

---

---

**Lucas 16: 19-31**

¡Escuchad!... ¡Música!... ¿De dónde procede? Vamos a ver. Entremos en nuestro pensamiento en una casa grande y lujosa. Según la descripción que se nos da aquí, se habrá tratado más bien de una villa o de un palacio. Las paredes están cubiertas de tapices preciosos, sin hablar de los muebles decorativos y valiosos. Hay en el edificio un gran número de siervos y criadas, porque el dueño de la casa no se dedica a la faena del hogar. El amo tiene otras cosas que hacer.

En uno de los salones hay preparada una mesa riquísima, cubierta de alimentos suculentos. Los vasos de cristal están llenos de vino de la mejor calidad. El banquete puede comenzar de un momento a otro.

El dueño de la casa vestido de púrpura y de lino fino está sentado a la mesa en compañía de muchos convidados. Cada día hay banquete espléndido en este salón, y día tras día el hombre rico disfruta de los bienes de este mundo. ¡Espléndido! Nada le falta, ni tiene que afanarse porque alguna cosa venga a faltarle algún día. Invita al que quiere invitar, porque tiene muchos amigos. Desde luego, el que puede ofrecer un ban-

quiere cada día, forzosamente tiene muchos amigos. Claro que le gustan también las buenas conversaciones, y durante los banquetes se entera de lo que pasa en el mundo.

Y claro está, los placeres llenan la vida del hombre. ¿Pensar en la eternidad?... ¡Ni hablar! Porque donde está el tesoro también está el corazón. Y el deseo más ardiente de su vida, es el de poder permanecer en este mundo para siempre. No piensa en Dios ni un momento. Porque a El no le necesita para nada. Tiene todo lo que le hace falta, y no necesita que Dios llene su copa cada día, y que le dé su pan cotidiano. Ni tampoco da comienzo a un banquete con acciones de gracias... -¡Salgamos un momento del salón! De repente oímos una voz que expresa un vivo dolor. ¿Quién es? ¡Un pobre desdichado, un mendigo tendido en el suelo, frente a la entrada de la villa! El harapiento mendigo además sufre dolores intolerables. Su cuerpo esta cubierto de horribles llagas.

No tiene amigos, excepto los perros que vienen a lamerle las llagas... esto le sirve de alivio.

El se da cuenta de las riquezas del hombre acaudalado; esta mirando cómo los siervos quitan los restos de las comidas. El mendigo hambriento hecha miradas anhelantes a las migajas que caen de la mesa del rico. La Biblia nos dice que el pobre hombre anhelaba saciarse de las migajas, sin decirnos si los siervos se las daban... Quizás no.

¡Que diferencia tan grande entre el hombre rico y el pobre mendigo! El rico le conoce y sabe que se llama Lázaro. Porque al salir de su casa con sus amigos, siempre le ve a la puerta de su casa. Acaso la presencia de Lázaro le escandaliza, pero no se atreve a decirle que se vaya, aunque no tiene compasión del pobre hombre tampoco. No le deja entrar para que se le atienda y se le dé de comer. No se le ocurre el pensamiento de convidarle una vez para que saboree los succulentos alimentos de su mesa.

¡Ni hablar! Porque no tiene que ver con él. Es un egoísta que solo piensa en sus propios deleites y placeres. Así es el mundo; el que ha conseguido muchos bienes del mundo presente, en general no piensa en los pobres, a no ser que, de vez

en cuando, trate de acallar la voz de su conciencia. Y ¿nuestros lectores? ¿Se preocupan de un pobre en su pueblo o ciudad?.

Pero llega el día en que el rico tiene la satisfacción de no ver ya más a Lázaro, ya no está sentado a la puerta de su suntuosa casa. ¿Por qué? Muy sencillo, Lázaro ha muerto. Para él la vida terrenal ha sido un verdadero infierno, llena de miseria, pobreza y enfermedad. Tenia que ostentar lo repugnante de su miseria, sus úlceras, para tratar de mover a la gente a la piedad, a la compasión para con su prójimo.

Ahora el rico no volverá a verle... Por lo menos no en esta vida terrenal.

No leemos nada de su entierro. Para desdichados de esta clase no hay ni siquiera ceremonias funerarias, ni las habrá solicitado tampoco. Quizás no haya tenido familia tampoco. Para Lázaro la muerte ha sido también un alivio. Así, por lo menos nos lo imaginamos.

¡Pobre Lázaro! No, muy al contrario: "¡Dichoso Lázaro!" Porque la Biblia dice que fue llevado por los ángeles al seno de Abraham.



*Los perros lamen las llagas de Lázaro*

¿Qué significa esto? Muy sencillo, es el lenguaje figurado que encontramos en la Biblia con frecuencia, para explicarnos lo que no entenderíamos si fuera escrito en un lenguaje espiritual. El relato bíblico -que el Señor Jesús nos propone como parábola- dice que, tras fallecer, Lázaro fue al cielo en línea recta, porque Lázaro creía en Dios y era convertido a Dios. Por muy pobre que haya sido en este mundo, tanto más rico y feliz está en el cielo. Allí no ha vuelto a sufrir dolores, sino que, libre de sus úlceras, canta a la gloria de Dios eternamente.

En el cielo está también Abraham, padre de los creyentes. Los judíos al referirse al Otro Mundo, solían hablar del seno de Abraham.

Años más tarde una comitiva de gente bien vestida sale de la casa del hombre rico. Delante marchan unos hombres que llevan un féretro, con respeto religioso propio del acto que están cumpliendo.

Siguen muchos familiares y amigos. Una comitiva fúnebre muy larga, como ocurre siempre que es enterrado un personaje importante.

Pero ¿a quién están llevando al cementerio? ¡Al hombre rico! Aunque pensaba muy poco en la muerte durante su vida, le llegó su hora, inexorablemente. Con todo el dinero que poseía, no pudo añadir ni un día más a su vida. Y tuvo que dejarlo todo atrás...

Al final le ponen en un sepulcro quizás cavado en una peña; suntuoso como la casa de la que procedía, no cabe duda alguna. Y terminada la ceremonia, unos hombres fuertes pusieron una piedra pesadísima a la entrada del sepulcro. Fue el último homenaje que los familiares y amigos tributaron al hombre rico... cuyo nombre ni siquiera es mencionado en la Biblia.

Pero acerca de él la Palabra de Dios nos revela la cosa más espantosa que pueda ocurrir, ya que la muerte no marca el fin de la vida, porque el hombre tiene alma inmortal. Valiéndose de la teoría de la evolución, la ciencia humana quiere hacer creer a los hombres que, por descender del mismo antepasado que el mono, el hombre es una bestia también. Y existen además filosofías, ateas desde luego, que pretenden que el espíritu huma-

no no tiene nada de divino, sino que el hombre tan solamente va dotado de un espíritu algo más evolucionado que el animal..

Los que así piensan y enseñan, si no se arrepienten, harán el mismo descubrimiento que el hombre rico, al llegar al umbral de la eternidad: "En el Hades, (más claramente dicho), en el infierno alzó sus ojos, estando en tormento..."

Al llegar allí ya no hay redención. La salvación nos es brindada en esta vida terrenal. Si pisoteamos el mensaje de salvación que está en la Palabra de Dios, irremisiblemente alcanzaremos algún día aquélla línea de demarcación, de la que nadie volverá atrás.

Tal fue la suerte horrorosa del hombre rico de nuestra parábola. Tras una vida de deleites y placeres, entró en un lugar de tormentos. No podemos hacernos una idea de lo que son, pero sabemos que el que vive fuera de la comunión de Dios en esta vida, no se reconciliará con Él después de la muerte. La parábola enseña esta espantosa realidad, como veremos a continuación.

En primer lugar, la inmensa diferencia entre la condición del uno, es decir de Lázaro, y la del otro, el hombre rico. Ahora es todo lo contrario.

Tras llegar al infierno el desgraciado vuelve a abrir los ojos, ahora espirituales, y... ¡qué desdicha!, porque desde muy lejos ve a Abraham (para volver a utilizar esta metáfora bíblica), ve a Lázaro, hombre al que, mientras vivía, había tratado con un total desdén.

Al darse cuenta de su mísera condición, el hombre antes tan rico, da voces. ¿Para decir que? En el referido pasaje bíblico lo leemos:

"Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua porque estoy atormentado en esta llama"

Ahora no se atreve a pedir que Lázaro le traiga un jarro de agua, sino que sólo moje la punta del dedo en agua para refrescar su lengua que le quema sobremanera. Ojalá esos labios secos y llenos de grietas puedan mojarse una sola vez más...

El infierno, por desgracia, no es un lugar ficticio, sino que es una espantosa realidad.

Aquel hombre, que tenía todo lo que quería mientras vivía, ahora se contentaría con una gotita de agua. A pesar de todo quiere hacer uso de los servicios de Lázaro, como siervo, porque estaba acostumbrado a aprovecharse de los servicios de otra gente.

¿Es atendida su petición? ¡Ni en lo más mínimo!

Abraham le contesta negativamente, diciendo: "Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado."

Una respuesta categórica ésta. Ni siquiera se le concede una gota de agua. ¿No es cruel la contestación de Abraham? No es cuestión aquí de crueldad, ni de falta de misericordia, sino de justo juicio. Después de la muerte viene el juicio, no hay más remedio. Durante su vida terrenal el hombre rico hizo caso omiso de Dios y de la vida eterna. No sentía la menor necesidad de pensar en la eternidad.

La gracia nos es concedida mientras vivimos; el que no se arrepiente durante su vida terrenal, se expone al justo juicio de Dios después de su muerte.

Por lo demás. Lázaro no podía acercarse al que fue el hombre rico, aunque lo quisiera, porque Abraham prosigue hablando, diciendo: "Una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieran pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá"

Al darse cuenta de la gran sima, del abismo tan profundo que le separa de Abraham, el rico suplica diciendo:

"Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento"

Entonces sí piensa en lo que nunca pensó durante su vida. Incluso piensa en sus hermanos, pero esta última súplica le es denegada también.

"No es necesario" -replica Abraham- "a Moisés y a los profetas tienen: oíganlos". Porque tanto los libros mosaicos como los proféticos están llenos de advertencias solemnes de modo que pueden enterarse de ellas los que quieran tomarse la molestia de leer los libros sagrados.

Pero el hombre rico, que en vida siempre tuvo poder, aún no se da por contento, y prosigue hablando para tratar de convencer a Abraham: "No, padre Abraham, pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán"

Esta última vez la contestación de Abraham es definitiva y contundente: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos"

En realidad los hermanos del hombre rico no sintieron tampoco la necesidad de profundizar en la Palabra de Dios, que los judíos tenían el privilegio de poseer. En toda Palestina había sinagogas donde se leían los libros del Antiguo Testamento. Y ni siquiera la muerte repentina de su hermano mueve a la familia a arrepentirse. La resurrección de un muerto no produciría efecto alguno tampoco.



¡Qué historia más extraña! Pero no era una historia, sino una parábola que Jesús explico mientras predicaba en Perea.

Como hemos visto anteriormente, Jesús solía explicar a sus oyentes parábolas para enseñar cosas que están fuera de nuestra comprensión humana. Porque todo nuestro lenguaje se limita a lo que percibimos. Pero Dios está por encima de las cosas terrenales; en los evangelios Jesús se empeña en explicarnos cosas eternas. Pero nosotros, para entenderlas, tenemos que referirnos a sucesos de la vida, a circunstancias o cosas conocidas.

Pero en la referida parábola, Jesús nos revela lo irrevocable que es para nosotros el paso de lo terrenal a lo espiritual. En esta vida terrenal tenemos que convertirnos; mañana podría ser demasiado tarde, porque no sabemos lo que nos traerá el día de mañana.

El estar separado de Dios eternamente es algo tan espantoso que Cristo no perdió ni una oportunidad para advertirnos, y sigue advirtiéndonos mediante su Santa Palabra.

Oremos pues con fervor al Señor para que nos dé un corazón nuevo y nos salve de la perdición eterna, aplicando a nuestro corazón la sangre preciosa que derramó el Señor Jesucristo en su muerte en la cruz.

## Capítulo 59

# “LÁZARO, VEN FUERA”

### Juan 11: 1-3

He aquí a Marta y María, que están en sus casas extremadamente afligidas.

En el capítulo 52 ya nos referimos a estas mujeres, y en este capítulo volvemos a hablar de ellas. Es que, durante el ministerio de Jesús en este mundo, ellas jugaban un papel importante. La Palabra de Dios nos revela que Jesús tenía en Betania a tres amigos muy fieles: Lázaro, Marta y María.

Pero, ¿por qué están tan tristes Marta y María? Muy sencillo, Lázaro está muy enfermo. No cabe duda que las hermanas han atendido bien a su hermano, y que han hecho para él lo que podían, y que le sirven con mucho amor y cariño.

Por mucho que se esfuerzan por atenderle, Lázaro no se repone. Antes al contrario, la enfermedad se apodera cada vez más de su cuerpo, cual poder aplastador. Todo va mal, a menos que se produzca una mejoría inmediata.

De vez en cuando salen del cuarto donde está el enfermo, para mirar hacia el camino. Luego vuelven a entrar en la casa desilusionadas.

Es como si estuvieran esperando a un huésped, o quizás al médico... Pero ya lo sabemos, la medicina de la antigüedad no estaba lo suficiente adelantada para intervenir en caso de enfermedad

grave. Pero como el relato bíblico no nos revela la naturaleza de la enfermedad, no sabemos si hubiera sido curable en nuestro siglo. Porque hay enfermedades incurables, por muy adelantada que esté la medicina moderna.

Pero ¿a quién están esperando con tanta ansiedad? Al gran Amigo que, de vez en cuando, venía a visitarles: El Señor Jesús.

¿No sabe Jesús que Lázaro está enfermo? -¡Sí que lo sabe!, Porque habían enviado un mensajero a Perea para decirle: "Señor, he aquí el que amas está enfermo"

Y ahora las hermanas esperan que Jesús no tarde en llegar a Betania; están contando las horas, no cabe duda alguna.

Pero Jesús no viene. Según su cálculo ya habría podido llegar. Pero mientras están esperando al Señor, el estado de Lázaro va empeorando. ¡Qué tristeza da ver al hermano moribundo! Pero mientras haya vida, hay esperanza. Así pensamos nosotros, porque no nos damos por vencidos al presenciar el trance supremo de un ser querido.

Al final Lázaro muere, sin que Jesús haya venido... Y siguen esperando su venida aun después de la muerte de Lázaro. Se acuerdan del joven de Naím, de la hijita de Jairo. En ambos casos Jesús los resucitó. ¿Cómo no podría resucitar a Lázaro también?... Marta y María no dudan del poder de Jesús para hacer lo imposible.

Muy lentamente, las horas pasan. ¡Pesadísimas! Ya nos lo imaginamos. Al final tienen que hacer arreglos para la sepultura, ya que en los países orientales solían enterrar a los muertos en el mismo día de la muerte.

Unas horas más tarde, Lázaro es enterrado. Por tratarse de una familia bastante acaudalada, poseían un sepulcro familiar. Los restos mortales son puestos en una sepultura, y una pesada piedra se pone a la entrada del sepulcro. Terminada la ceremonia, se dispersa la comitiva fúnebre y cada uno vuelve a casa.

Por la noche las pobres mujeres están en casa solas. Muy afligidas. Han perdido al que fue el sustento de su vida. Acaso se han preguntado el porqué de la ausencia de Jesús... Si no hubie-

ra tardado tanto en ponerse en camino, habría llegado a tiempo. En horas difíciles viene el porqué, y todas las preguntas están sin contestación. Esas horas pueden ser extremadamente dolorosas.

### **Juan 11: 4.16**

¿Acaso nuestros lectores se hacen la misma pregunta? ¿Es que Jesús no recibió el mensaje transmitido por las hermanas?

¡Cierto que sí! Pero ante una noticia tan alarmante Jesús no reacciona como nosotros. Jesús no se alarma nunca por una mala noticia, porque Él vive por encima de las circunstancias. A El no le afectan, mientras que a nosotros nos causan toda clase de trastornos. Así el Diablo nos quiere perturbar para que no podamos servir al Señor; y si el golpe resulta lo suficientemente fuerte tal vez no logremos ni siquiera entrar en comunión con Dios por medio de la oración. Así nos quiere tener el maligno para hacernos inútiles para toda buena obra, y que en esa situación no podamos causarle daño, ni por nuestra oración, ni por nuestras actividades.

En cambio el Señor no se ofusca, sino que se limita a decir: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella"

Jesús, pues, lo sabía. Sin embargo permanece en el lugar dónde estaba dos días más. Por lo visto tenía una obra que quería cumplir antes de partir.

Al final el Señor dice a sus discípulos: "¡Volvamos a Judea!". Los discípulos le miran atónitos. ¿A Judea?... A cualquier sitio menos a Judea, provincia en la que el Señor corría tantos peligros. Porque los discípulos se acuerdan muy bien de la actitud de los fariseos y escribas en el Templo, en dónde quisieron apedrearle. ¿Por qué volver a correr el peligro de verse enfrentado a esa situación una vez más?

Pero Jesús tampoco se ofusca ante el peligro. "Mientras estoy en esta tierra, cumpliré la obra de Dios". Jesús en realidad tuvo que cumplir la misión que Dios le tenía encomendada.

A continuación Jesús dice a sus discípulos: "Nuestro amigo Lázaro duerme; más voy para despertarle"

Esta palabra, para ellos, es incomprensible. Por ello contestan. "Señor, si duerme, sanará". Y en realidad cuando un enfermo logra conciliar el sueño, un sueño profundo, el descanso puede ser tan bueno que el enfermo se repone. Pero, al decirlo Jesús no se refiere al sueño normal y natural que todo hombre a veces precisa, sino que se refiere a la muerte.

Después Jesús les dice claramente: "Lázaro ha muerto"

Sin más tardar se dispone a ir a Betania. Los discípulos, al ver que Jesús está resuelto a arrostrar el peligro, se encogen de hombros y le siguen. Y Tomás, escéptico como siempre, agrega: "Vamos también nosotros, para que muramos con Él"

#### **Juan 11: 17-44**

En Betania la casa de María y Marta está llena de gente. En efecto vinieron muchos judíos, muy probablemente desde Jerusalén y los alrededores, para consolar a las hermanas. De esto concluimos que Lázaro era un personaje importante y conocido en la capital. No nos extraña, pues, el que la casa mortuoria esté llena de gente.

Mientras que todo el mundo está reunido, Marta se levanta de repente y se va a la calle. Se había dado cuenta de que Jesús estaba cerca, y ahora se apresura a recibirle.

"¡Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto!"

Por lo visto espera en secreto que Jesús intervenga ayudándole. Marta cree en la omnipotencia del Señor, sabedora de que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías. Una fe y convicción extremadamente peligrosa en aquel entonces, pero que se manifiesta en las palabras siguientes: "Más también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará", así contesta

Marta como si dijera: "Aunque no es posible para nosotros los hombres, para ti no hay alguna cosa difícil".

"Tu hermano resucitará", le dice Jesús. Inmediatamente le responde Marta: "Si Señor, lo sé. Resucitará en la resurrección, en el día postrero"

Jesús, al enterarse de la fe de Marta, pronuncia estas palabras monumentales del Evangelio: "YO SOY LA RESURRECCION Y LA VIDA; EL QUE CREE EN MI, AUNQUE ESTE MUERTO VIVIRÁ. Y TODO AQUEL QUE VIVE Y CREE EN MI NO MORIRÁ ETERNAMENTE"

El Señor quiere decir: "Marta, yo soy el Dios de los cielos y de la tierra, tengo poder sobre la vida y la muerte. ¿Crees esto?.

Y ahora, en medio del dolor que experimenta, brota una genuina confesión de fe en el corazón de Marta: "Sí, Señor; yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo"

¿Lo entendéis? ¿Tenéis una fe semejante? Claro que lo creeréis con vuestra inteligencia. Pero, ¿lo creéis también con el corazón? Marta lo dice con fe. Esta verdadera fe que salva, el Señor mismo se la había dado.

Marta no vacila ni un momento, sino que va a llamar a María diciendo: "El Maestro está aquí y te llama"

María, al oírlo, se levanta de prisa para encontrar a Jesús. Los judíos sentados en la casa mortuoria, piensan que va al sepulcro a llorar; se levantan también y siguen a María. Pero María no va al sepulcro, sino a Jesús, y al verle se postra a sus pies diciendo: "Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano". Palabras que encierran un reproche tácito, pero, ¡hay que ver la impresión grande que ha causado la curación del ciego!

Ahora se produce una escena conmovedora: Mientras que María está llorando a los pies de Jesús, y los judíos que la acompañan lloran también, Jesús se estremece en espíritu... y se conmueve. Jesús es uno de ellos, y se conmueve. Pero no pasivamente, como si no pudiese hacer nada ante la evidencia de la muerte, sino que ahora se manifiesta cuál Hijo de Dios y pregunta: "¿Dónde le pusieron?"

Y todos van al sepulcro. Jesús, al acercarse al sepulcro de su amigo Lázaro, se pone a llorar también. Los judíos lo consideran una manifestación de amor y sincera amistad. En esto podemos ver que Jesús era verdaderamente hombre. Unos judíos reflexionan, diciendo: "¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?"

Pero inmediatamente, se manifiesta la diferencia entre los hombres y el Hijo de Dios. Conmovido, sí, pero Jesús no se detiene, sino que ordena: "¡Quitad la piedra de delante del sepulcro!"

Esto no lo dice nunca un hombre común y por ello la reacción de Marta: "¡Señor, hiede ya, porque es de cuatro días!"

En ese momento el Espíritu de Dios comienza a obrar por medio de Jesús. Ya no hay "peros" que valgan, sino que, con un suave reproche, Jesús pregunta: "¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?"

Ahora por orden del Señor, tienen que quitar la piedra: no por curiosidad o por lo que sea, porque Jesús no mira al sepulcro, sino que alza los ojos a lo alto para ponerse en contacto directo con el Dios de Vida, para hacer ver a los que presenciaban el acto, y para hacernos ver a nosotros también, que ante la vida inefable de Dios, la muerte tiene que huir... Una breve oración en señal de contacto con el Padre celestial: "Padre gracias te doy por haberme oído... Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me has enviado..."

¿Por qué Jesús está agradecido y alegre? Bueno, es posible que los judíos presentes ahora crean en él. Es posible que le reconozcan como el Mesías prometido, el gran Hijo de David.

Tras orar, mientras que hay un silencio profundo entre la gente angustiada, Jesús clama a gran voz: "Lázaro, ven fuera"

Y ¿qué pasa? ¿Vendrá fuera Lázaro?

Sí, ya viene. Aparece en la apertura del sepulcro. Tiene atadas las manos y los pies, la cara, y todo su cuerpo con vendas, pero... vive. ¿Cómo es posible?

¿Notáis ese gran asombro en las caras de los judíos?. Casi no pueden creerlo, pero no hay remedio: Lo ven con sus propios ojos.

Tranquilamente Jesús les ordena: "Desatadle y dejadle ir"  
Inmediatamente acuden algunos judíos para quitar las vendas en las cuales Lázaro iba envuelto.

Junto con sus hermanas, y seguido por una gran muchedumbre, Lázaro, resucitado de los muertos, va a casa.

¿Qué pensáis? ¿Hay alegría en los corazones de Marta y Maria? No es menester hacer esta pregunta. Hay que ver la alegría que brilla en los ojos de las dos mujeres.

Lázaro era el tercer muerto resucitado por Jesús.

Resucitó a la hija de Jairo una pocas horas después de su muerte.

Resucitó al joven de Naín en el día de su entierro.

Pero resucitó a Lázaro cuando ya había estado en el sepulcro cuatro días.

Retándole los judíos habían dicho a Jesús: "¡Haz una señal y demuestranos que en realidad eres el Mesías!"

Ahora han recibido una señal. Lo que pasaba aquí, no era obra humana sino divina. Este milagro divino era la prueba clara que el Profeta de Nazaret verdaderamente era el Hijo de Dios.

Queridos lectores, leemos en la Biblia que todos nosotros estamos muertos en delitos y pecados. No es una muerte natural, sino espiritual. Ya no podemos hacer ni una sola cosa en honor de Dios.

Pero el mismo Jesús que resucitó a Lázaro de su muerte natural, después de cuatro días, también puede hacernos resucitar de nuestra muerte espiritual, puede dar vida a nuestras almas.

¡Pedid al Señor con insistencia que os dé la nueva vida, y un corazón nuevo!

Leemos en la Biblia este versículo:

"Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo." (Efesios 5: 14)

## Capítulo 60

### EL COMLOT TRAMADO

### CONTRA JESÚS

Juan 11: 45-43

He aquí, en las calles de Jerusalén, un ilustre fariseo. Todo el mundo le saluda reverentemente. Pero esta vez no parece ver a nadie, sino que, muy preocupado, va caminando.

No tarda en juntarse a él otro fariseo, y ambos se ponen a discutir. Pero ¿sobre qué asunto? Va a tener lugar una reunión extraordinaria del Sanedrín, compuesto por setenta jefes del pueblo, quienes han recibido una convocatoria urgente.

¿Por qué ese ajeteo?

Allá en una pequeña aldea de Betania, a poca distancia de Jerusalén, Jesús de Nazaret hizo un señaladísimo milagro. En efecto, resucitó a un hombre cuatro días después de su sepultura. Al enterarse del suceso todo Jerusalén se perturbó. En toda la metrópoli el milagro de Betania estaba a la orden del día.

No eran charlas vacías de sentido, muy al contrario. Era lo que presenciaron los judíos que fueron a Betania para consolar a Marta y María. Ellos mismos presenciaron el suceso.

Aquellos judíos volvieron a la capital, y no tardaron en decir a sus amigos y vecinos lo que había sucedido en Betania.

Pero no era nada extraño que todo Jerusalén se enterase de lo ocurrido. Porque, cuando pasa algo insólito, el uno le dice al otro; así paso en la antigüedad, y así pasa en nuestro tiempo, La curiosidad parece ser una cualidad humana.

Muchos judíos creían en el Señor Jesús; debía de ser el Mesías, de otro modo no hubiera podido realizar tan enormes señales. Por ello, en sus conversaciones, la gente se refería a Jesús de Nazaret con todo el respeto que debían a un Profeta.

Los fariseos se enteraron de ello porque unos visitantes regresados de Betania fueron a ver a los principales sacerdotes y a los fariseos, para decirselo todo.

Al oírlo los jefes del pueblo se llevaron un buen susto. Ellos, que eran miembros del Sanedrín, no creían en el mesiazgo de Jesús. Se negaron a creer en Él y se volvieron cada vez más iracundos, pero también más miedosos.

¿Miedosos?... ¿Los jefes influyentes del pueblo? Tienen miedo porque la situación no se desenvuelve como ellos habían esperado. ¡Unos cuantos milagros más, y todo Israel creará en Jesús de Nazaret!

Para contrarrestar la creciente fama de Jesús, tienen que tomar medidas urgentes. Para ello convocan al Sanedrín en sesión plenaria, a fin de celebrar consultas sobre el más reciente hecho.

De ahí la presencia, en las calles de Jerusalén, de un gran número de fariseos y principales sacerdotes. Luego, durante la reunión, discuten el suceso de Betania. ¿Qué hacer para contrarrestar las actividades del Profeta de Nazaret, cuya influencia no puede ser negada? Lo más difícil, para ellos, es que no pueden negar la realidad de los milagros, ni el de la resurrección de Lázaro tampoco. El Sanedrín está en apuros.

“¿Que haremos?... Porque este hombre hace muchas señales...”

“Este hombre” -dicen, porque en ningún caso quieren conocerle como Hijo de Dios-. Por ello, al referirse a Él, usan el despectivo “este hombre”

“Si lo dejamos así, todos creerán en Él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación...” Tienen miedo a que Jesús se deje proclamar rey de Israel, y que, bajo su dirección, se levante el pueblo. En efecto, una sublevación por parte del pueblo israelita tendría como consecuencia una intervención militar de los romanos, cuya venganza incluiría la destrucción del Templo de Jerusalén.

Si fuera en realidad un rey terrenal, los dignatarios del Sanedrín tendrían razón. Pero se equivocan en lo concerniente a la índole del Reino de Jesucristo. Ellos no comprendían el carácter espiritual, celestial y divino. Él estificará diciendo: “Mi Reino no es de este mundo...”

El personaje de Jesús, de quien se desprende un poder irresistible, los hace temblar. Creer en El, ¡no! Pero para oponerse a Él, ¿qué medios tienen a su alcance?

De repente se levanta Caifás, presidente del Sanedrín y sumo sacerdote para aquel año, diciendo: “Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca”

Lo que Caifás acaba de decir merece el mayor aplauso del Sanedrín. Porque el sumo sacerdote se hace intérprete de los pensamientos de los dignatarios reunidos, los cuales piensan que Caifás tiene toda la razón, y que vale más que uno perezca en vez de hacer perecer a toda la nación... En esto se muestran hombres de responsabilidad frente al pueblo. Así hizo vencer el Diablo la razón humana sobre la revelación divina. Porque si no hubieran tenido la conciencia cauterizada, habrían podido convocar a Jesús para hacerle preguntas sobre su mesiazgo.

En realidad, el que no tiene la conciencia pura y tranquila no se atreve a enfrentarse a Jesús. Por miedo al enfrentamiento, hay que deshacerse del personaje temido. Por ello el Consejo Supremo de Israel, que es el Sanedrín, decide que Jesús tiene que morir cuanto antes.

Pero ¿cómo han de apoderarse de Él? No será una tarea fácil, por lo que el Sanedrín vuelve a reunirse día tras día, para

consultarse mutuamente sobre la mejor manera de prender y matar al odiado Profeta.

La primera medida del Sanedrín consiste en dar orden de denunciar a Jesús para que, si alguno se entera de su paradero, venga a decírselo para que los alguaciles puedan detenerle.

Muy contentos con esta resolución, todos vuelven a casa.

El Sanedrín ha dicho: Sí, Caifás tiene razón. "Pero, ¿es cierto?" ¿No os parece impío?

Bueno, en cierto modo, Caifás tenía razón. ¿No lo comprendéis?

Atención, por favor, voy a explicarlo. Por el pecado, la muerte entró en el mundo. Por el pecado toda la gente está sujeta a la condenación eterna en el infierno. Pero, y aquí viene el pero. El Señor Jesús ha venido a esta tierra para sufrir y morir por su pueblo. Gracias a la muerte del Salvador cada uno de los hijos de Dios alcanzará la gloria eterna. Pues... un solo hombre morirá, pero todos los elegidos de Dios vivirán eternamente.

Jesús no solo morirá por los judíos, sino también por los gentiles que, serán vivificados por el Espíritu de Dios. Si Jesús no muriera, todos los hombres perecerían.

Entonces, literalmente Caifás tenía razón.

Pero tenemos que darnos cuenta que la intención de Caifás era diferente. Caifás habló esas palabras por enemistad contra el Señor Jesús. Él pensaba no necesitar la sangre expiatoria del Salvador.

## Capítulo 61

# LA ORACIÓN EFICAZ == Y LA ORACIÓN INEFICAZ ==

**Juan 11:54**

Tras resucitar a Lázaro, allá en la aldea de Betania, Jesús no permaneció en las cercanías de Jerusalén, porque desde entonces se encontraba en una situación extremadamente peligrosa. Jesús se había enterado de la decisión del Sanedrín y estaba consciente de su situación; sabía que se acercaba su hora. Pero la fecha de su muerte la fijaría Dios, no unos seres humanos.

Por ello se alejó de la capital para ir a una región que lindaba con el desierto. No se sabe exactamente si ha vuelto a Perea más tarde; La Biblia sólo se refiere a una ciudad llamada Efraín, en donde Jesús quedó con sus discípulos (Juan 11:54).

Pero, por mucho que se alejase de Jerusalén, Jesús se encontraba siempre cercado por mucha gente. El Señor se refirió a la oración a menudo, porque por ella estamos en contacto con Dios.

Escuchemos a continuación unas parábolas sobre la oración y la manera como nos conviene orar:

## Lucas 18: 1-8

Había en una ciudad un juez, personaje ilustre, por supuesto. Su tarea consistía en impartir justicia en nombre de la Ley. A él le incumbía el deber de proteger a los oprimidos y de cuidarse de los procedimientos jurídicos, para que la justicia se impartiese según las reglas de la equidad.

Pero acerca de ese juez la Palabra de Dios dice que no temía a Dios, ni respetaba a hombre. En otros términos, no solía tener en cuenta los mandamientos de Dios. No era, pues, justo ni equitativo, e incluso se dejaba sobornar. Lo peor que se puede decir acerca de un juez. Condenaba a los pobres y absolvía a los ricos que le daban dinero. Era un hombre cruel, sin misericordia; se reía de las lágrimas de una pobre viuda y sólo pensaba en enriquecerse; con tal de pertenecer al club de los notables de la ciudad, se burlaba del resto.

Como acabamos de decir, comparece ante él una viuda con la que se estaba cometiendo una injusticia, diciendo en términos claros: "Hazme justicia de mi adversario". Lo más normal es que, en tal situación, la pobre mujer pueda acudir a un juez que sea justo en sus sentencias.

Pero por mucho que la viuda insiste en que el juez le haga justicia, el juez no le hace caso y la despacha.

¡Pobre mujer! ¿Quién le hará justicia, ahora, de su adversario?

Pero la mujer no se amedrenta. No tiene miedo del juez injusto. Antes, al contrario, vuelve al tribunal para insistir en que se le haga justicia.

Justicia, y nada más. Porque es su derecho, y merece que se le haga justicia. El juez se enfada. Pero los vecinos de la ciudad se enteran del asunto y, quizás, tienen más compasión de ella.

Una vez más, la pobre mujer resiste al juez furibundo insistiendo en que le haga justicia.

Ante tanta insistencia, el juez no puede mantener su actitud contraria. Además, no aguanta ya más las molestias que la enérgica mujer le está causando. Porque las instancias tantas

veces tramitadas por ella por fin le cansan, y al final quiere deshacerse de ella. Pero ¿cómo procederá?

La parábola nos relata el desenlace de la historia:

Al final, el juez dice dentro de sí: "Aunque no temo a Dios ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia..."

Por fin, el juez se ve obligado a llamar a la mujer y a examinar su causa... y a hacerle justicia. Tras tanta paciencia e insistencia, la sentencia es pronunciada y el adversario castigado. De este modo, la viuda logra deshacerse de su opresor, por muy poderoso que haya sido.

""Mira, "dice el Señor Jesús", cómo finalmente el juez injusto hizo justicia. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él de día y noche? ¿Se tardará en responderles?"

Al darnos la respuesta, Jesús nos amonesta a que insistamos en nuestra oración, hasta conseguir misericordia. Aquí el Señor nos enseña a insistir en nuestras oraciones.

¡Orad sin cesar!... ¿es ésta nuestra actitud? En nuestro dormitorio, a solas con el Señor, allí Dios nos ve... ¿necesitamos al Señor para todas las situaciones de la vida? ¿Oramos desde lo profundo de nuestro corazón, o sólo decimos momentáneamente un par de palabras?

Buscad al Señor mientras puede ser hallado. Llamadle en tanto que está cercano.

Quizás algunos piensen: ¿Cómo debemos orar? En respuesta a esta pregunta el Señor Jesús nos propone otra parábola. Oídla bien.

### **Lucas 18: 9-14**

En otras ocasiones nos referimos a los fariseos que pasaban por las calles de Jerusalén, solemnes y pomposos.

Y en nuestra parábola vemos otra vez un fariseo que tiene

exactamente esa misma actitud. Hele allí, andando en medio de las calles principales de la metrópoli, con su traje vistoso y llamativo. Y cuando los transeúntes se paran a mirarle un momento y a saludarle respetuosamente, el hombre arde de soberbia y satisfacción de sí mismo. Pero ¿a dónde va?

Detengámonos un momento para ver en que dirección va dirigiendo sus pasos... ¡Hacia el Templo! ¿Qué irá a hacer allí? Muy sencillo, el Templo es la casa de oración. Nuestro fariseo va, pues, al Templo para orar.

¡Qué hombre más piadoso! ¿Verdad? ¿No practica buenas obras el que ora?... A paso lento sube la vertiente escarpada del monte en el que está el Templo, para luego ascender por la escalinata de la Casa de Dios. Entonces entra para buscar algún sitio en medio del Templo; allí se detiene. Todos le pueden ver.

A continuación, el fariseo extiende sus manos hacia el cielo y se pone a orar...

“Dios, te doy gracias...” Así empieza. Muy reverente, ¿verdad? Pero escuchad lo que dice a continuación: “Porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano...”

¡Qué hombre más bueno, más perfecto y santo! Por fin, calla, y, soberbio como antes, sale del Templo.

Surge ahora nuestra pregunta para saber si lo que acaba de decir es en realidad una oración. ¿Pidió a Dios algún consejo, quizás ayuda? NO, nada en absoluto. Sólo fue al Templo para decir a Dios lo bueno que era. El podía prescindir del consejo y de la sabiduría de Dios; Él reunía todas las condiciones requeridas para ganarse el cielo.

No necesitaba para nada un Salvador. Era un hombre demasiado bueno para ello. ¿Y Jesús? En el Mesías no pensaba ni un momento.

Lo que hizo el fariseo no puede considerarse una oración, sino un culto a sí mismo, una ostentación de sus virtudes.

Dios siempre siente repugnancia hacia oraciones de esta clase. A pesar de su piedad, el fariseo no era mejor que un ateo.

Su corazón estaba lleno de orgullo; la única cosa que a él interesaba era la ostentación de su piedad en el Templo, para que todo el mundo le viese.



En su oración, el fariseo dijo que, por suerte, no era semejante a aquel publicano. ¿Qué publicano?

Al mismo tiempo que el fariseo, entró al Templo un publicano. Pero a diferencia del fariseo, el publicano no iba pasando por las calles para ser saludado por todo el mundo.

No se mostró orgulloso, sino que iba a escondidas, para que nadie le viese. Porque el publicano tenía vergüenza de sí mismo y no tenía el descaro de presentarse a la gente. Tenía vergüenza de su vida tan mala, y sólo esperaba que nadie se diese cuenta de su presencia en el Templo.

Sin embargo, tenía algo que confesar a Dios. Quería presentar a Dios, toda su miseria y la multitud de sus pecados; quería implorar la Gracia de Dios. Porque, a pesar de todo, no podía prescindir de Dios, por lo muy numerosos que eran sus pecados.

En un rinconcito muy apartado del Templo, se detiene, con el deseo de pasar inadvertido. Y sin alzar los ojos al cielo, se golpea el pecho, diciendo; "Dios, sé propicio a mí, pecador"

Sí, el publicano tenía el corazón arrepentido. Y el que se arrepiente delante de Dios sale justificado. Así, pues, descendió a su casa justificado.

¿Pero era más agradable a Dios la oración del fariseo por haber sido más larga? Bajo ningún concepto, porque a Dios no Le importa que una oración sea larga o corta, mientras que sea sincera.

El publicano iba en busca del perdón de Dios. Iba en busca de un Salvador, porque no podía salvarse a sí mismo.

He aquí que el impío que confiesa su pecado consigue el perdón de Dios. Esta es la gran Verdad que trae el Evangelio.

Ojalá que nunca oremos con el corazón orgulloso, como si fuésemos personas mejores que otras. Dios no quiere escuchar tales oraciones.



*"Dios, te doy gracias..."*

Orad a Dios pidiéndole el perdón de todos vuestros pecados.

¿Pensáis quizás que no teneis pecados o no teneis muchos pecados? Entonces orad a Dios para que, por su Espíritu Santo, os revele que tenéis muchos pecados.

Y para que, al igual que el publicano, digáis:

*"Dios, sé propicio a mí, pecador."*

## Capítulo 62

### == DOS CLASES DE VISITANTES ==

**Mateo 19: 13-15**

**Marcos 10; 13-16**

**Lucas 18: 15-17**

¡Alejaos con esos niños! ¡Fuera! Nuestro Maestro tiene otras cosas que hacer. Está muy ocupado y no Le sobra tiempo para ocuparse de niños.

Así tratan los discípulos de despachar a unas mujeres que querían traer sus niños al Señor Jesús.

Pero ¿qué quieren las mujeres...?

El Señor Jesús acaba de dirigir la palabra al pueblo. Una vez más. A lo mejor, ha realizado algún milagro. ¿Quién sabe?

Y ahora unas madres judías desean que Jesús bendiga a sus niños, imponiéndoles las manos. Así lo hacen para tributar acatamiento al gran Profeta.

Ahora se acercan para poner a los pequeñuelos a los pies del Maestro. Los discípulos lo ven y se enojan con las mujeres. Ellos quieren a toda costa deshacerse de ellas; que dejen a los niños en casa. Porque ¿cómo comprenderían las palabras de Jesús?

Jesús acaba de discutir con unos fariseos, quienes trataban de sorprenderlo haciéndole preguntas. Ni un minuto de descanso; el Señor tiene que seguir obrando.

A lo mejor, las madres han quedado desilusionadas, por-

que habían pensado que Jesús bendeciría a los niños, pero ahora se ven impedidas por los propios discípulos del Señor.

El Señor Jesús lo ve y se indigna ante la conducta de sus discípulos; así lo dice el referido pasaje en Marcos 10. ¿Hay que impedirselo a los niños...? ¿Acaso no pertenecen al pueblo?

Así, pues, el Señor no tarda en hacer una seña a las madres para que se acerquen, diciendo: "Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino de los Cielos"

Los discípulos quedan avergonzados al ver las caras sonrientes de las madres, que se acercan muy gozosas. Ellas ponen a los niños a los pies de Jesús o, quizás, se los ponen en sus brazos directamente.

Y ¿qué hace el Señor con ellos?... Los toma en sus brazos y pone las manos sobre ellos para bendecirlos.

A continuación, Jesús se dirige a los que le rodean para decirles que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él nunca.

Y ¿por qué nos conviene hacernos como niños para entrar en el Reino de Dios? Porque como adultos somos tal vez muy duros e insensibles, mientras que los niños son receptivos y sensibles aún a las impresiones que vienen desde el mundo que los rodea. El niño tiene tal vez muchas impresiones acerca de la eternidad, más que los adultos, que están acostumbrados a la predicación del Evangelio, y por ello muchas veces insensibles a lo que Dios les quiere enseñar por su Palabra.

Por esta razón, el Señor Jesús dice: "Porque de tales es el Reino de Dios"

Un niño, por ser tan pequeño y desamparado, confía en su madre incondicionalmente y se entrega a ella. El niño se siente feliz cuando su madre está cerca; la seguridad que le brinda el seno materno es el consuelo que nuestros pequeños necesitan,

Pero más tarde, en nuestra juventud y adolescencia, ¿seguimos confiando en Dios como en nuestra niñez confiábamos en nuestras madres respectivas?... ¿seguimos esperándolo todo de parte del Señor?... Vosotros no podéis salvaros a vosotros mismos; ¿tenéis confianza en Dios para vuestra salvación?

Así, por lo menos, debería ser. Por desgracia, no confiamos en Dios por naturaleza. Porque por naturaleza somos enemigos de Dios.

El que acude a Dios por Jesucristo puede conseguir paz, consuelo y salvación. Sólo Dios puede salvarnos. Bienaventurado el que encuentra a Dios en su juventud, porque durante su vida tendrá el apoyo y la perspectiva que el mundo no le puede dar. Nadie es demasiado joven para ello; sólo a los ojos del diablo todo el mundo es demasiado joven o demasiado viejo. Pero sabemos que el Diablo es embustero desde el principio.

Por ello Jesús nos dice: "Dejad a los niños venir a Mí..."

**Mateo 19: 16-26**

**Marcos 10: 17-27**

**Lucas 18: 18-27**

Las madres, muy felices, partieron con sus hijos. El Señor Jesús también sale del mismo lugar en compañía de sus discípulos.

De pronto se acerca a Jesús un joven, corriendo, y se hinca de rodillas ante Él.

Esta forma de acercamiento aparece varias veces en la Biblia; en general, fue para implorar la misericordia del Señor para un enfermo, Pero ese joven, ¿está acongojado?

No, sino que viene a hacerle una pregunta: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?"

Por lo visto, el joven quiere hacer algo para merecer la vida eterna. El joven piensa que el cielo puede ganarse mediante esfuerzos y por eso se acerca a Jesús. ¿Por qué? ¿Acaso porque cree que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador?

Es probable que no lo haya visto así; el joven ve en Jesús un gran Preceptor, pero no al Salvador del mundo.

¿Acaso viene a pedirle algún consejo? Por lo visto, tiene problemas de índole teológica, y como ve en Jesús una especie

de fariseo, supone que sabrá citarle algún mandamiento desconocido para él.

Ahora, hincándose de rodillas delante del Maestro está pendiente de la contestación.

Jesús, sin embargo, no se muestra impresionado al oír que el joven le llama "Buen Maestro", sino que le contesta: "¿Por qué Me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino sólo uno, Dios"

El joven piensa que Jesús es un hombre extremadamente bueno, ni más, ni menos; ignora, pues, que el Señor es también Hijo de Dios. He aquí la razón por la cual Jesús le contesta de esta manera.

Quizás le sorprendió la repuesta de Jesús. En todo caso, habría esperado otra respuesta. Algo nuevo que no había oído antes. Muy tranquilo, Jesús sigue hablando: "Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"

El joven no vacila en preguntar; "¿Cuáles? ¿Qué mandamientos he de guardar?"

Como contestación, Jesús cita unos mandamientos: "No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio honra a tu padre y a tu madre. Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

El joven queda pendiente de los labios del divino Preceptor, y después de que Jesús ha citado los principales mandamientos, es probable que haya reaccionado con cierta sonrisa feliz, tal vez orgullosa, porque todo eso lo ha hecho desde su juventud: No es homicida ni malo. No es embustero ni blasfemo. Ama a su padre y a su madre; es muy servicial y conoce las reglas para conseguir una armoniosa convivencia.

Al instante, el joven contesta: "Todo esto he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta?"

Es, indudablemente, un muchacho modelo. Por ello, por muy joven que sea, es principal del pueblo. Es hombre formal y metódico que no practica cosas malas y perversas. Algo que la mayoría de nosotros no podría decir sin ruborizarse hasta las orejas.

Jesús mira al joven un momento, y le ama. Así lo relata el evangelista Marcos. El Señor simpatiza con él.

En cuanto a la ley y los mandamientos, el joven vivía una vida impecable. Sin embargo, le faltaba una cosa: No había logrado reconciliarse con Dios, porque, al igual que cada hombre, él tampoco estaba exento de pecado. Es precisamente lo que Jesús desea mostrarle.

“Sí, una cosa te hace falta...”, pero ¿qué? El Señor agrega contestándole: “Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz...”

Oído esto, ¿lo hace? ¿Se apresura a cumplir también el gran mandamiento de Jesús?

Ante esa condición, el joven retrocede; se aflige sobre manera y se va. Porque el joven es muy rico, así lo dice la Biblia

¿Qué le dice Jesús? ¿Venderlo todo y quedarse pobre? Eso no lo puede hacer el joven. Tenía la impresión de que Jesús le exigía demasiado, y se va desalentado y desilusionado. Y no leemos en la Biblia que haya vuelto a buscar a Jesús. Es probable que se despidiera de Él para siempre.

Después, mirando alrededor, Jesús dice a sus discípulos: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” En realidad, los ricos no logran despegarse fácilmente de sus bienes, porque quieren más al mundo que a Dios.

La pregunta que se nos plantea es, si en realidad, Jesús exigió que el joven lo vendiese todo para dárselo a los pobres. Porque es inconcebible que Jesús quisiese quitar a los ricos todo lo que tenían, tan pronto como manifestasen el deseo de seguirle. Pero, en todo caso, Jesús quiere probarnos a cada cual si en realidad amamos a Dios más que a las riquezas.

En este contexto conviene recordar el relato de Abraham, cuando Dios le mandó sacrificar a su hijo Isaac, a quien amaba. Abraham, a diferencia del joven de nuestro relato, obedeció al instante. Abraham llamó a su hijo unigénito para sacrificarle en el altar, tomó el cuchillo... y en realidad hubiera consumado la inmolación. En su corazón lo había hecho; sólo faltó que su mano lo ejecutara. Abraham, de hecho, sacrificó a Isaac. En esto el padre de los creyentes nos dio un ejemplo sin igual... Hasta el Gólgota; donde el mismo espectáculo volvió a producirse. El

mismo Dios que salvó la vida de Isaac, no perdonó a su hijo unigénito, Jesús. Jesús tuvo que morir cual víctima expiatoria.

El joven de nuestro relato no tenía el valor de hacer lo que Abraham hizo. Abraham tenía un corazón nuevo, por lo cual, amaba a Dios sobre todo. El favor de Dios significaba para él más que su hijo...

En cambio, el joven, por perfecto que fuese en cuanto a las obras de la ley, no tenía un corazón nuevo. A pesar de sus obras buenas, no estaba reconciliado con Dios y pensaba ganar el Cielo por sus propios méritos. Sí, sentía la necesidad de entrevistarse con un Preceptor religioso para justificarse según la ley, pero no se sentía lo suficientemente humilde como para acudir al Señor en busca de su salvación.

Abraham incluso creía que Dios podía resucitar a Isaac de entre los muertos a su piedad, permanecía sin convertirse. Por ello se alejó muy triste.

El joven estaba convencido de que poseía todo, y que reunía todas las condiciones para heredar la vida eterna. Pero el Señor Jesús tenía la intención de demostrarle que le faltaba lo esencial, y que le hacía falta implorar la gracia divina. El joven se creía rico y dotado de derechos, sin darse cuenta de su extremada pobreza espiritual. En vez de apegarse tanto a sus riquezas, tenía que sentir la necesidad de un Salvador para enriquecerse en Dios.

Era una cosa muy buena y recomendable la de vivir decentemente; era errónea, sin embargo, la idea de poder penetrar en el Cielo mediante obras buenas. Nosotros todos debemos, en efecto, vivir en conformidad con los mandamientos de Dios, pero esto no basta para conseguir la vida eterna. No hay posibilidad ni medios de ganarnos el Cielo, porque Jesús ya lo tiene adquirido.

El sólo era puro y sin mancha para servir de sacrificio en la maldita cruz del Calvario, en donde sufrió agonías indescriptibles. En el Gólgota, Jesús sufrió todo el peso de la ira de Dios por causa del pecado, con el cual cargó para librar al pueblo de Dios de la perdición eterna.

Si Él es también nuestro Salvador personal, cuán felices y cuán ricos somos.

## Capítulo 63

# == LOS OBREROS DE LA VIÑA ==

**Mateo 19: 27-30**

**Marcos 10: 28-31**

**Lucas 18: 28-30**

En el capítulo precedente leímos cómo el joven rico, tras acercarse a Jesús, en espera de aprender algo nuevo, se retiró triste.

“¿Qué haré para heredar la vida eterna?” Tal fue la pregunta que hizo al Señor Jesús. Y nos hemos enterado también de la contestación de Jesús.

Los discípulos están presentes y lo oyen todo. El suceso les hace reflexionar mucho.

De repente, Pedro dice: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y Te hemos seguido: ¿qué, pues, tendremos?” Como si Pedro quisiese decir: “Señor, lo que Tú exigiste por parte de ese joven lo hemos hecho nosotros. Porque hemos abandonado nuestras barcas pesqueras, las redes, para seguirte a Ti... ¿Entraremos en el cielo nosotros?”

En contestación a la pregunta de Pedro, Jesús refiere a sus discípulos una parábola, para enseñarles que el hecho de abandonar todas sus posesiones terrenales no constituye ningún mérito en cuanto a la vida eterna.

Los discípulos, sí, heredarán la vida eterna. Pero no como consecuencia de alguna buena obra. Son salvos, sí, no por ser mejores que el joven rico, sino únicamente por Gracia.

Pero antes de explicar la parábola, unas notas aclaratorias. La salida del sol, para los judíos, era el principio de un día, lo que correspondía a las seis de la madrugada. Los judíos contaban las horas a partir de las seis; la primera hora de la madrugada correspondía a las siete, según nuestro horario occidental. La hora tercera, para nosotros, son las nueve de la mañana, y la hora sexta, mediodía. La hora novena indica las tres de la tarde.

Ahora pasamos a ocuparnos de la parábola de los obreros de la viña, la cual leemos en Mateo 20: 1-16.

El Reino de los Cielos es comparado con un hombre, padre de familia, que poseía una viña. Todo el mundo sabe que una viña supone muchísimo trabajo. Hay que podar bien los pámpanos, y la viña tiene que mantenerse en buen estado de limpieza. En la sazón de la vendimia, los racimos de uvas tienen que cortarse con cuidado.

Bueno, este dueño de la viña salió por la mañana para contratar obreros, quienes esperaban allí hasta que alguien viniese a contratarlos.

El dueño les propone un sueldo, y los obreros se dan por satisfechos. Al anochecer cada uno cobrará, pues, un denario. Un jornal que no representa nada en la actualidad, pero que en aquel entonces era normal.

A continuación, los obreros contratados se apresuran a ir a la viña y se ponen a trabajar. Tres horas más tarde, el dueño vuelve a la plaza y ve a otros que están sin empleo y les dice: "Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que es justo"

Ellos cobrarán lo que es justo, porque en realidad no trabajarán durante todo el día. Por lo visto, no piden más explicaciones y van a la viña, confiando que el señor les dé un jornal que sea justo.

A la hora sexta, el dueño de la viña vuelve a la plaza, y una vez más contrata obreros. Y a la hora novena -es decir, a las tres de la tarde- vuelve a contratar a unos obreros más. Como hay tanto trabajo en la viña, vuelve a salir a la hora undécima, es decir, a las cinco de la tarde, y una vez más encuentra a otros hombres desocupados.

"¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?"

"Porque nadie nos ha contratado"

“Entonces, id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo”

A ellos no les sobra mucho tiempo para trabajar, porque el sol no tardará en ponerse, y luego vendrá el anochecer. No pueden trabajar más de una hora, pero están contentos con lo poco que podrán ganar. Porque un poco vale más que nada.

Después de la caída del sol, todos se van a casa, porque ya no pueden ver nada. A la salida de la viña, los obreros esperan que el dueño les pague el jornal.

No tarda en llegar el mayordomo para pagar el jornal que corresponde a los obreros. En primer lugar son llamados los que fueron contratados a la hora undécima, los que han trabajado muy poco, y... ¡qué grata sorpresa al cobrar el jornal completo de un denario! Porque, en realidad, no lo han merecido, Pero se van muy contentos.

Los obreros que han trabajado durante todo el día se dan cuenta de lo ocurrido, y piensan que les corresponde un sueldo mayor. Quizás dos o tres denarios.

Al final los primeros son llamados también. El mayordomo entrega a los obreros de la primera hora... un denario, y nada más. Descontentos, miran la moneda que acaban de cobrar:

“¡No hay derecho!” Así protestan, creyendo que el dueño es injusto.

“Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día...”

Se enfadan y protestan ante el dueño de la viña. Según las leyes sociales de nuestra época, les asiste toda la razón: El que trabaja más, gana más.

Pero el dueño no está de acuerdo con ellos: “Amigo, no te hago agravio. ¿No conviniste conmigo en un denario?” Así le dice a uno de los obreros, quizás el que se hizo el portavoz de todos. “Toma, pues, tu denario y vete a casa. Es cierto que los de la undécima hora no han merecido un jornal completo, pero si yo quiero dar a todos un denario, no tienes nada que ver con ello. Puedo hacer con mi propiedad lo que quiero; lo doy de mi bolsillo y no del tuyo...”

Los obreros, furiosos, ya no tienen contestación. Porque, realmente, convinieron en un denario como jornal. El dueño no era injusto. Los primeros cobraron su sueldo merecido; los postreros, en cambio, inmerecido, por pura gracia.

La parábola fue para Pedro una lección muy seria. Pedro también quiso saber el galardón que le correspondía por haberlo dejado todo para seguir al Señor. Por cierto, lo sacrificaron todo por la causa del Reino de Dios.

Lo que Pedro no comprendía es que al Reino de los Cielos no entramos por causa de nuestros méritos, sino únicamente por Gracia, por favor divino. Para entrar, no podemos valernos de ninguna obra buena. Sin embargo, Dios concede a sus hijos la vida eterna, por el beneplácito del Todopoderoso.

A esto agregó Jesús: "Los primeros serán postreros, y los postreros, primeros; porque muchos son llamados, más pocos escogidos"



*"Amigo, no te hago agravio..."*

Voy a explicar estas palabras de Jesús. Muchos de vosotros suelen ir a la iglesia o a una reunión de estudios bíblicos. Además, en varias familias a las cuales pertenecéis, se lee la Biblia en casa. Sabed bien que necesitáis un corazón nuevo, dado por el Señor. Entonces, vosotros deberíais ser los primeros en saberlo, porque estas cosas las habéis escuchado muchas veces.

Pero, lamentablemente, muchos de entre vosotros no os preocupáis de la predicación del Evangelio y continuáis viviendo con indiferencia. Deberíais ser los primeros, pero pereceréis si no os arrepentís. Muchas personas nunca entraran en el Cielo y se perderán eternamente, a pesar de tantas amonestaciones.

Por otra parte, conoceréis en vuestro pueblo o barrio a personas que nunca van a ninguna iglesia o reunión religiosa. Personas que incluso cometen pecados públicos, por ejemplo profanan el domingo, el día del Señor. No saben que necesitan recibir un corazón nuevo. Nadie les cuenta sobre el Señor Jesús.

Y a pesar de todo esto, a veces ocurre que Dios convierte tales personas, adultos o jóvenes.

En el fondo, ellos son los postreros para ser convertidos, pero, por la Gracia de Dios, llegan a ser los primeros.

Qué vergüenza será para vosotros si tales personas, que viven sin conocimiento de Dios y de la Biblia os adelanten,

Esto significaría para ellos la vida eterna, más para vosotros la perdición eterna. ¡Pensadlo bien!, queridos lectores. El Señor no esta obligado a salvaros, pero quiere hacerlo en su gracia.

No os burléis nunca de las amonestaciones serias que os hacen los predicadores o vuestros padres.

¿Los hay entre vosotros que continúen su vida con indiferencia? ¿Qué no quieran escuchar las muchas amonestaciones?

Para ellos tengo un solo mensaje. No es un mensaje mío, sino es el mensaje que Jesús os da en su Santa Palabra: "Los primeros serán postreros, y los postreros, primeros."

## Capítulo 64

# “HE AQUÍ, SUBIMOS A JERUSALÉN”

**Mateo 20: 17-19**

**Marcos 10: 32-34**

**Lucas 18: 31-34**

Se acerca la pascua de los judíos. En toda la tierra de Israel la gente se dispone a subir a Jerusalén. En aquella época, miles de judíos vivían fuera de su patria: Los judíos de la diáspora, quienes vivían en Egipto, Grecia, Italia, hasta en España, pero su patria seguía siendo Palestina.

Año tras año, muchos judíos solían viajar a Jerusalén para celebrar la pascua en el Templo. Y como había tantos viajeros, hubo un enorme tránsito por todos los sitios. Los galileos viajaban primero, porque ellos vivían bastante lejos de la metrópoli.

El capítulo 14 de la Historia Bíblica para la Juventud contiene un mapa con línea punteada para indicar por dónde viajaban los galileos para evitar Samaria. En las cercanías del lago de Genesaret pasaban el Jordán, para luego viajar por el territorio de Perea. Más al sur, cerca de Jericó, volvían a cruzar el río. Mientras estaban caminando, se juntaban a los galileos mucha gente; y cuanto más se acercaban a Jerusalén, más larga y numerosa era la comitiva de peregrinos.

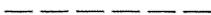
Todos viajaban con destino al Templo, centro espiritual de la nación israelita. Los viajes eran acontecimientos alegres: Para muchos, una oportunidad para encontrar familiares y amigos de otros pueblos.

Esta vez, sin embargo, los galileos tenían un tema de conversación muy especial: Jesús de Nazaret, el gran Profeta que solía hacer tantas señales. Como galileos, le tenían cierto respeto. Aunque no reconocían en Él al Hijo de Dios, por lo menos le consideraban un gran Profeta enviado por Dios.

“¿Subirá también a Jerusalén?”

Tenían curiosidad por saberlo y muchos lo esperaban, aunque sólo era por sensacionalismo, por causa de los muchos milagros que hacía. A lo mejor, estaría dispuesto a hacer algún milagro, y dentro de su corazón muchos abrigaban el deseo que algún día Jesús se revelase como el Mesías. En tal caso, se acercaría el día de su liberación política, porque los judíos deseaban deshacerse del yugo romano.

¡Pobres judíos! El reino de sus sueños era un reino terrenal. ¡Ojalá se levantara un rey como Salomón! No se preocupaban del reino de Dios porque de las cosas espirituales y divinas, a las que Jesús se refería, no tenían ni la más remota idea. Sin embargo, seguían caminando rumbo a Jerusalén, intriguados por ver lo que iba a acontecer.



Entretanto, el Señor Jesús está caminando también con destino a Jerusalén, en compañía de sus discípulos. El Señor pasa delante, y los discípulos Le siguen, pero menos alegres que los demás judíos de la gran comitiva. Quizás tristes, nerviosos. Los discípulos están acongojados ante el porvenir incierto que se les presenta.

Ellos, en efecto, se dan cuenta de lo peligroso que es el viaje a Jerusalén. Saben que los fariseos y principales sacerdotes están resueltos a matar al Maestro tan pronto como puedan apoderarse de Él. El Sanedrín odia al Señor.

El evangelista Marcos dice que los discípulos “se asombraron”. Porque, en realidad, el que no entiende los motivos de Jesús no deja de asombrarse; ningún hombre cuerdo, va a un lugar a sabiendas de que le esperan allí para prenderle y matarle. En cambio, Jesús hace cosas que el hombre natural no entiende ni percibe; Jesús, desde este momento, solo piensa en cumplir las obligaciones inherentes a su mesiazgo. Jesús sabe que su presencia en la tierra no trae ningún beneficio a sus discípulos, ni a su Iglesia tampoco. Sus preceptos no servirán para nada mientras que Jesús no realice el sacrificio expiatorio de su propia Persona.

De repente, Jesús se detiene para decir a sus discípulos las cosas que le han de ocurrir. Porque de antemano sabe lo que le sucederá. Por ello les dice: “He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y ellos le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y le escupirán, y le matarán...”

Jesús no se amedrenta por sentimientos vagos sobre su destino, sino que se enfrenta a la muerte a conciencia. En este momento, el Maestro y Preceptor divino se convierte en Sumo Sacerdote para presentar el sacrificio supremo de su Vida.

Al enfrentar la muerte ignominiosa de la cruz, Jesús sabe que no podría salvar a su pueblo eternamente si permaneciera muerto tras presentar el sacrificio cruento de Sí mismo. Por ello -¡Oh, los benditos albores de la vida eterna por Dios en Jesucristo!- Jesús dice a sus discípulos que **AL TERCER DIA RESUCITARÁ.**

Los discípulos, al oír el discurso de Jesús, se entristecen sobremanera. En cambio, cuanto más Jesús se acerca a la cruz, más habla de alegría... y la gloria que le producirá la victoria en el propio Calvario, en donde desarmará a las huestes del Diablo.

Jesús morirá por los suyos, por sus elegidos, para darles vida eterna en bienaventuranza; Jesús verterá su Sangre pre-

ciosa, pagando el crecido rescate que Le costará la salvación de su manada amada.

Por ello afirma con insistencia que no morirá como mártir; y lo que va a sufrir en Jerusalén no será un martirio. Hasta ahora, Jesús no ha hablado nunca tan claramente.

¿Lo creen los discípulos?... ¿Confían en Jesús en cuánto a lo que ha de acontecer?

Por desgracia, no entienden lo que Jesús les dice; no se dan cuenta de la envergadura de la solemne declaración del Maestro. Hasta ahora han sido unos seres carnales que no comprendían los principios básicos del Reino de Dios. Ellos siguen pensando en el restablecimiento del reinado terrenal de David, y se niegan a dar crédito a las palabras de Jesús en lo concierne a su muerte expiatoria.

Si les hubiera dicho: "¡Vamos a Jerusalén para derrotar a los romanos!" Entonces sí, sin tardanza alguna le habrían seguido a Jerusalén, gozosos; la coronación de Jesús como rey de Israel -del Israel terrenal, entendámonos bien- a los ojos de los discípulos hubiera sido la solución ideal de todos los problemas políticos, económicos y religiosos de la nación israelita.

**Mateo 20: 20-28**

**Marcos 10: 35-45**

Más tarde, Salomé, madre de los discípulos Jacobo y Juan, se dirige a Jesús para pedirle que, en el Reino de Dios, se le conceda un puesto de honor. En otros términos, Salomé pide al Señor que, una vez coronado de gloria, permita que sus hijos se sienten a la diestra y a la izquierda del Maestro. Esto es lo que deseaban los dos hermanos, pero por lo visto, no se atrevían a pedírselo al Señor directamente. Por ello, ahora, la madre desempeña el papel de mediadora entre Jesús y los dos discípulos.

Ahora están ansiosos por saber lo que les contestará el Señor. ¿Se lo concederá?

Jesús, en cambio, dice: “¡No sabéis lo que pedís!”

“¿Podéis beber del vaso que Yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que Yo soy bautizado?”

Juan y Jacobo creen reunir esas condiciones. Pero Jesús dice que será dado a aquellos para quienes está preparado. Una vez más, los hijos de Zebedeo manifiestan su fe en un reino terrenal, en el que se pueden adquirir empleos y colocaciones por recomendación. Una vez más, apreciamos que ni ellos ni los demás discípulos han comprendido el mensaje del Señor respecto al Reino de Dios, ni las palabras solemnes que Jesús pronunció al anunciar su cercana muerte.

Los demás discípulos lo oyen y se enfadan con Juan y Jacobo. “¡Qué se imaginan los dos...!” Porque ellos no tienen menos derechos que los hijos de Zebedeo.

Ahora viene una grave advertencia por parte del Señor, cuando les dice: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos”

En este mundo hay diferentes clases sociales. Hay gobernantes que se enseñorean de la gente. Hay directores y empleados, capataces y peones. En el ejército hay oficiales y soldados rasos, sin hablar aún de las jerarquías eclesiásticas. Pero Jesús dice categóricamente que el que quiera ser el primero será siervo de todos. Es exactamente al revés de lo que vemos en este mundo. El Hijo del Hombre, Hijo del Dios altísimo, gobernador de los cielos y de la tierra, no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

**Mateo 20: 29-34**

**Marcos 10: 46-52**

**Lucas 18: 35-43**

La larga comitiva de galileos ya no está muy lejos de Jericó, en donde vuelven a cruzar el Jordán. Cuando los israelitas conquistaron Palestina, los muros de Jericó cayeron por sí mismos. Fue en las ruinas de Jericó que Acán cometía su grande pecado hurtando algunos objetos del anatema. Más tarde la ciudad fue reconstruida, contrariamente a lo que Dios había ordenado.

Al mismo tiempo, Jesús está caminando también rumbo a Jerusalén, en compañía de sus discípulos. No se sabe en qué punto Jesús se juntó a la comitiva. Ciertos comentaristas bíblicos opinan que fue en Perea. Otros piensan que se unió a los galileos en las cercanías de Jericó. No tiene importancia; lo esencial es que la muchedumbre se alegró al enterarse de que el gran Profeta caminaba con ellos. Una vez más abrigaban esperanzas de que, una vez llegado a Jerusalén, Jesús se haría proclamar rey de Israel. Y una vez proclamado rey, Jesús no tardaría en deshacerse de los romanos.

Al acercarse a Jericó, de pronto ven a un mendigo sentado al lado del camino, pidiendo limosna a los transeúntes. Uno de los muchos que, para ganarse el sustento de la vida, se veían obligados a mendigar. Un pordiosero por fuerza, porque no podía trabajar por ser ciego. Muchos solían mendigar por mera pereza, porque no querían ensuciarse las manos trabajando.

Este mendigo merece toda nuestra atención. El relato bíblico nos revela su nombre: BARTIMEO. Los vecinos de Jericó le conocen muy bien, porque estaba allí mendigando desde hacía mucho tiempo. Es probable que los peregrinos le conocieran también.

Al darse cuenta de la presencia de tanta gente, Bartimeo se acerca a la multitud. Como todos los ciegos, tiene los ojos adormecidos, sin expresión alguna. En cambio, su oído es tanto más agudo que el de los videntes; con sus sentidos percibe muchas cosas y las conversaciones de los transeúntes no se le escapan.

¿Quién pasa? No tarda en enterarse de la presencia de Jesús, el Nazareno. Había oído hablar de Él. Al referirse a Jesús, la gente hablaba de los milagros que hacía, de los ciegos que veían, de los leprosos que eran purificados, de los sordos que oían. Se había enterado del poder de Jesús para librar a los endemoniados, e incluso para resucitar a los muertos.

Quizás Bartimeo ha tenido el deseo de encontrar a Jesús algún día, y ahora se le brinda esa oportunidad. De repente, en vez de pedir limosna, Bartimeo exclama: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!"

Por lo visto, Bartimeo "ve" en Jesús más que un profeta ordinario; ve en El al Hijo de David, al Rey que fue prometido a Israel hacia muchos siglos. Bartimeo cree que Jesús es el Mesías.

El ciego vuelve a gritar: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!" La gente se escandaliza al oír al mendigo, a un hombre de tan humilde condición no le conviene gritar, máxime cuando se acerca un Profeta tan grande como Jesús... Eso opina la gente religiosa, la cual está siempre dispuesta a criticar lo que otros hacen.

"¡Cállate, hombre!" Pero Bartimeo no se resigna a callar, sino que, por el contrario, se pone a gritar tanto más fuerte, porque comprende que, si no es sanado ahora, no volverá a repetirse esta oportunidad.

Cuando todos los judíos se escandalizan, Jesús no se escandaliza. El Señor conoce la mísera condición del hombre y, lleno de misericordia, Jesús se detiene y llama al ciego. Y cuando el pobre hombre se acerca, Jesús le pregunta: "¿Qué quieres que te haga?"



*Bartimeo se acerca a Jesús*

El ciego no vacila en contestar: "¡Maestro, que recobre la vista!" Bartimero no pregunta: "Maestro ¿puedes sanarme?", sino que cree verdaderamente, sabedor de que Jesús le puede

sanar. No duda ni un momento del poder de Jesús para sanarle. Lo único que quizás no sabe es que Jesús quiere sanarle. Por ello, rogando Bartimeo dice a Jesús que desea recobrar la vista.

Lo maravilloso es que Jesús no rechaza nunca al que se acerca a Él. Tampoco a Bartimeo. "Vete; tu fe te ha salvado"

Así le dice el Señor Jesús, con tono suave pero decidido. Para sanar a un enfermo, el Señor hace uso de su autoridad divina. La gente mira quieta, curiosa por saber si Bartimeo, en realidad, recobrará la vista... ¡Bartimeo ve! Por fin, el mendigo ve al que acaba de sanarle, y ve también a la muchedumbre, el color verde de los árboles y el cielo azul. ¡Qué maravilla! Bartimeo salta de júbilo. No ha de extrañarnos el que el hombre quiera seguir a Jesús y que glorifique a Dios por tan gloriosa recuperación de la vista. En lo sucesivo, no tendrá que volver a mendigar; podrá ir a trabajar para ganarse el sustento con toda dignidad.

Lo que el Diablo destruyó, Jesús acaba de restablecerlo. Porque la voluntad de Dios consiste en restablecer lo que el Diablo y los demonios destruyeron. El pueblo queda impresionado al presenciarlo; el pueblo alaba a Dios por tan insigne intervención de Jesús de Nazaret. Les hubiera gustado tener un rey como éste..., un rey que salvara a los judíos del yugo romano. Un rey capaz de sanar a los enfermos y de restaurar por completo a los miserables. En fin, un rey capaz de alimentarlos maravillosamente en caso de necesidad. ¡Qué más podrían desear!

Un libertador político, ¡sí!... pero ¿un Salvador? El pueblo no está convencido de tal necesidad, y mucho menos de un Redentor que, para salvar al pueblo, tendrá que morir para reconciliar al mundo con Dios. La idea de tener un Mesías tan poco ideal les repugnaba; no, al Príncipe de vida no le quieren para nada. Lo que ellos quieren es un monarca terrenal que los libre del poder del enemigo tan odiado; un rey de Israel como fueron David y Salomón. Libertadores que los condujeran a la gloria de Israel...

## Capítulo 65

# “¡ZAQUEO, DATE PRISA, DESCIENDE!”

### Lucas 19: 1-6

En cada ciudad hay casas de diferentes categorías, grandes y pequeñas, lujosas y humildes. Pero en Jericó había una casa parecida a una villa. ¿Quién vivía en ella?... ¿Un príncipe o un gobernador?... No puede ser, porque ellos solían vivir en palacios.

Entonces hay que preguntárselo a uno de los vecinos de Jericó, pero no tardamos en darnos cuenta de que el dueño de dicha casa es muy mal mirado por sus conciudadanos. Todos hablan de él con singular desprecio; tal vez las voces de la gente tiemblan de indignación, diciendo que “en tal casa vive un ladrón y un traidor a su propia nación”

Tienen razón los que así dicen, porque dicha casa, grande y lujosa, pertenece a...¡Zaqueo, el publicano! ¡Peor aún! Al jefe de los publicanos.

Jericó, en aquel entonces, era una ciudad comercial, donde había mucho tránsito. Por ello la ciudad estaba llena de publicanos. Zaqueo, el jefe de los publicanos, no era hombre alto; en la Biblia leemos que era un hombre bajo en comparación con la mayoría de sus compatriotas. En cambio, era muy listo y astuto. Para ser jefe de publicanos tenía que ser muy sagaz e inteligente.

No cabe duda de que Zaqueo conocía muy bien el arte de ganar dinero, y si no se hubiera mostrado severo e intransigente ante el personal subalterno, los romanos no lo habrían nombrado jefe del servicio de los Tributos. Por añadidura, la Palabra de Dios, nos presenta a Zaqueo como un hombre muy adinerado. Surge ahora la pregunta para saber cómo logró enriquecerse hasta tal punto...

¡Preguntémoslo a uno de sus conciudadanos! Él nos lo explicará con un soberano desdén, porque las riquezas de Zaqueo no han sido resultado de un trabajo honrado, sino de hurtos y robos.

En otros términos, el publicano no tuvo reparos en proceder con extorsiones a sus propios compatriotas, cediendo a los romanos la parte que les correspondía como tributos, pero todo lo demás lo puso en su propio bolsillo. De esta manera se granjeó una enorme fortuna.

Pero ello es muy comprensible que nadie haya tenido afecto por él. Cuando el publicano pasaba por las calles y plazas de la ciudad; los transeúntes le miraban con odio. Los que le veían escupían en el polvo de la calle en señal de su profundo desdén. A los ojos de sus paisanos, no era más que un paria, a quien se tenía por vil e indigno. Cabe decir que no era inmerecido el desdén por parte de sus conciudadanos.

¿Habría sido feliz? No nos lo cuenta la Biblia. Pero no es posible que haya sido feliz, porque sin amor nadie puede vivir, ni tampoco Zaqueo.

Hacía como si no le importara nada la actitud de la gente para con él, pero por cierto que en lo más profundo de su alma algo le roía.

El pecado nunca da paz. El pecado hace infelices a la gente. ¿Lo creéis?



Cierto día le vemos salir de casa muy deprisa. Esto, sin embargo, le ocurre a menudo a un hombre de negocios; ellos tienen siempre prisa. Pero esta vez va a un lugar insólito, en las

cercanías de Jericó, donde abundan los sicómoros, con hojas grandes y espesas, y cuyas ramas se inclinan hacia el suelo.

De pronto Zaqueo se acerca a uno de estos sicómoros, sube en él, y no tarda en esconderse en el follaje. Es probable que cierta gente le haya visto en su escondrijo y que se haya burlado de él en secreto. Pero esta vez Zaqueo piensa haber descubierto un lugar donde nadie le pueda ver, pero desde donde él, a través del follaje, pueda observar todo lo que pasa abajo, en el camino.

Surge ahora la pregunta para saber por qué Zaqueo trepó a un árbol como un joven. Una autoridad de su categoría no juega como lo hacen los jóvenes. Si un hombre como Zaqueo lo hace, sus actuaciones son motivadas por algo muy especial.

En el caso de Zaqueo, el asunto es claro: Desea ver a Jesús, porque se ha enterado de que el Profeta está en las calles de Jericó rodeado por una muchedumbre de gente. Está caminando rumbo a Jerusalén para celebrar la Pascua, y acaba de sanar al ciego Bartimeo, como hemos visto en el capítulo anterior.

No cabe duda de que Zaqueo ha oído hablar mucho de Jesús de Nazaret, y que sabe, que, en vez de odiar y detestar a los publicanos, conversa y come con ellos. Quizás se ha enterado también de lo que ocurrió con su colega Leví, aquel publicano de Capernaum.

Por ello Zaqueo tiene curiosidad por ver al peculiar Profeta, porque le parece extraño el que un judío se digne tener algún trato con los publicanos. Sin embargo, Zaqueo tiene reparos en acercarse a Jesús personalmente, pero ahora que se ha enterado de que Jesús está pasando por Jericó, desea ver al Amigo de los pecadores y publicanos.

A lo mejor, el Profeta está ya cerca. ¡Lástima que Zaqueo sea tan bajito! Si permanece de pie en el camino por donde pasará Jesús, no logrará verlo. Sin embargo, desea verlo a toda costa.

Su deseo le hace ingenioso. La muchedumbre es impenetrable, y no puede forzar el paso a través de ella para estar cerca cuando Jesús pase. Además, sabe perfectamente bien que bajo ningún concepto sus conciudadanos lo dejarían pasar.

No puede seguir esperando porque se está acercando la muchedumbre; conviene actuar deprisa para poder alcanzar a ver al profeta, por lo menos, de un solo vistazo.

No hay, pues, más remedio sino el de trepar a uno de los sicómoros que están al borde del camino. Y, sin reflexionar un momento, Zaqueo fue deprisa. Sentado en una rama, podrá ver a Jesús; nadie le obstaculizará la vista.

Muy quieto puede esperar hasta que se acerque el Profeta de Nazaret. Viene más y más gente, pero nadie se da cuenta de la presencia del jefe de los publicanos, escondido detrás del follaje.

Al final, Zaqueo estira el cuello y ve a Jesús. Parece reconocerle sin haberle visto antes, y ahora le mira con detenida atención para que no se le escape ningún detalle.

De repente, Jesús se detiene, mira hacia arriba y, en voz muy clara, dice: "Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose Yo en tu casa"

Al enterarnos de lo que Jesús dice a Zaqueo, surge la pregunta de si el Señor había tenido algún trato anterior con el publicano y por ello le conocía. Una vez más, es una muestra de verdadera omnisciencia divina, por la que el Profeta de los profetas nos conoce. Cuando una persona desea acudir al Señor para cualquier cosa, Él lo sabe de antemano. De esta misma manera Jesús conocía a Zaqueo; sabe que es un publicano y que ha vivido una vida de pecado. El hombre religioso, por principio, evita esa gente, pero Jesús va en busca de ella, porque la ve bajo el yugo de Satanás. Cuando Jesús interviene, lo hace para romper categóricamente dicho yugo. Por ser Cristo, tiene esta autoridad.

Zaqueo, que se creía escondido detrás del frondoso follaje del sicómoro, se equivoca, porque Jesús le ve. Los judíos que acompañan al Señor no comprenden nada, y, atónitos, miran hacia el árbol. No habían supuesto la presencia de ningún ser humano en él.

De pronto se mueven las ramas y el follaje, y Zaqueo no tarda en aparecer. Nosotros no podemos imaginarnos lo que ha pasado en la mente de este jefe de los publicanos. Habrá quedado atónito al darse cuenta de que Jesús acaba de llamarle por su propio nombre y de que el gran Profeta desea entrar

en su casa. Avergonzado de su vida de pecado, el jefe de los publicanos se arrepiente sinceramente.

He aquí la obra del Espíritu de Dios en un corazón humano. Zaqueo no vacila en venir, y se apresura a bajar del árbol para estar en presencia de Jesús.

### Lucas 19: 6-10

A continuación Jesús acompaña a Zaqueo, y poco tiempo más tarde el Señor entra en la suntuosa casa del rico publicano. Entre los judíos surgen discusiones para criticar las actuaciones de Jesús. Ellos no entienden nada. ¿Cómo puede un hombre santo como el Profeta de Nazaret charlar amistosamente con un desalmado publicano, traidor a su propia nación?

No cabe duda de que Zaqueo ha ordenado que se prepare un gran banquete. Algo que se solía hacer en Israel cuando venía un huésped apreciado; además, la Biblia nos revela que Zaqueo recibió a Jesús gozoso.

He ahí, pues, al espanto de Jericó, pero a raíz de su conversación con Jesús va desapareciendo poco a poco lo espantoso de su carácter. Zaqueo ya no puede vivir una vida de pecado, la cual, en presencia de su Salvador, le da asco. Se da cuenta de que tiene que reparar el mucho mal que antes había causado.

“He aquí, Señor, -dice Zaqueo-; la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”

El jefe de los publicanos trata a Jesús de Señor, porque ha visto en Él al Salvador prometido de Israel desde hace muchos siglos. Antes no daba crédito a un Redentor que pagará el rescate requerido para la salvación también de Zaqueo, pero ahora, por la obra del Espíritu de Dios, llega a creer en la obra redentora y libertadora de Jesús. ¿Y qué le contesta Jesús? En pocas palabras, dice: “Hoy ha venido la salvación a esta casa”

Ha sido un día memorable en la vida del publicano: Jesús se dignó entrar en su casa, y la sola presencia de Jesús despertó en Zaqueo el deseo de vivir una vida que fuese agradable a Dios. Los demás judíos que murmuraban criticando a Jesús, revelaron que no comprendían ni siquiera el principio del mensaje de Jesús. Lo que Zaqueo sí ha comprendido.

Para comprenderlo, los judíos eran demasiado piadosos, de modo que no entendían que Jesús hubiera venido a salvar lo que estaba perdido. En la vida de mucha gente, la religión ha impedido la verdadera fe en el Señor, porque son numerosos los criterios religiosos que prescriben obras de piedad para acercarse a Dios. Pero que mientras que uno piensa así, no se le ocurre la idea de que para salvarse no basta con practicar buenas obras, sino que es necesario creer. Nuestras obras son consecuencia de nuestra fe, mientras que las obras religiosas suscitan en nosotros nada más que el orgullo religioso de haber hecho por lo menos algo para agradar a Dios.

En vuestros corazones ¿hay lugar para el Salvador? En nuestro estado inconverso no hay lugar. Nos ocupamos en muchas cosas muy diferentes. Por nuestra propia voluntad no podemos ni queremos amar al Señor Jesús. Solo el Espíritu Santo puede quitar de nuestro corazón esa enemistad y oposición. Orad al Señor para que a vosotros también os dé la salvación, al igual que la dio a Zaqueo.

### **Lucas 19: 11-27**

Los miles de judíos que celebran la pascua, aunque descontentos, no abandonan al Señor, porque esperan que Jesús no tarde en establecer el reino de David. Para advertirles, Jesús les propone la parábola de las diez minas, expresándose en los términos siguientes:

“Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver” Así comienza el Señor, y prosigue diciendo:

“Antes de partir llamó a diez siervos suyos y les dio diez minas, instruyéndoles para que negociaran entre tanto que él volvía”

Pero sus conciudadanos le aborrecían y enviaron tras él una embajada para decirle: “No queremos que tú reines sobre nosotros. Auséntate del país definitivamente y no vuelvas más”

Sin embargo, el rey no les hizo caso, y después de recibir el reino, regresó a su tierra y no tardó en llamar a los siervos, a quienes había dado el dinero, para saber los ingresos que cada uno había logrado.

Vino, pues, el primero y dijo al rey: “Señor, he realizado negocios que me han permitido multiplicar por diez lo que me diste”

El rey alabó a su siervo diciendo: “Está bien; ya veo que eres bueno, ya que en lo poco has sido fiel. Por ello te doy autoridad sobre diez ciudades en mi reino”

“En lo poco has sido fiel”, dijo el rey. En realidad una mina no representaba una gran cantidad, a pesar de que el poder adquisitivo fuese superior al de las monedas que tenemos actualmente.

Después se acerca el segundo siervo, que da cuenta de sus gestiones diciendo: “Señor, tu mina ha producido cinco minas”

El rey alaba también al segundo servidor diciéndole: “Tú también tendrás autoridad sobre cinco ciudades”

Por fin, se acerca el tercero, que le dice: “Señor, ten aquí tu mina. No he hecho negocios por temor a un fracaso, porque de todas formas no habrías quedado satisfecho de mis gestiones, porque eres hombre duro e injusto. Te devuelvo tu mina, que he tenido guardada en un pañuelo...”

Pero a ese tercer siervo el rey no lo alaba. Muy al contrario, el rey le riñe por haber sido perezoso y haber estado inactivo. Se le quita el dinero que había sido puesto a su disposición y se le da al que tenía diez mina. Y los conciudadanos que se habían opuesto a que este hombre noble fuera investido de la dignidad real diciendo: “No queremos que éste reine sobre nosotros”, son llamados ante la presencia del rey para ser juzgados y degollados delante de él.

¡Que parábola más rara! Así reaccionaríamos ante ella si no encontráramos en ella algún significado espiritual. El hom-

bre noble de esta parábola es el propio Señor Jesús, quien vino a establecer su Reino, el Reino de Dios. No de una manera visible de pronto, porque el Reino de Dios no se manifestará visiblemente antes de que sean consumadas todas las cosas, según nos dice el Apocalipsis. El que el rey venidero se fue a una tierra lejana, se refiere a la Ascensión del Señor, es decir, a su entrada en los lugares celestiales. Pero más tarde, después de la consumación de los siglos, volverá al mundo para juzgarlo. Entonces serán juzgados los vivos y los muertos.

Es como si el Señor dijera: "Oh, pueblo de los judíos, no esperéis más largo tiempo el establecimiento de un reino terrenal mesiánico, porque yo estableceré un reino celestial. Pero es necesario que compre este reino con mi Sangre. Primeramente tengo que sufrir y morir, consiguiendo de esta manera el reino celestial"

¿No lo creéis? ¿No lo queréis? ¿No reconocéis a tal Rey?

Entonces os advierto del castigo venidero.

Entonces, cuando regresaré sobre las nubes del cielo, os haré matar. Esto significa: Os echaré para siempre al infierno, el lugar de tormento.

Hablando de los siervos, Jesús aludía a los predicadores. Ellos deben advertir al pueblo. Ellos deben predicar.

Los predicadores, maestros y maestras de la escuela dominical también os advierten a vosotros que debéis convertirlos. También os predicar que existe la posibilidad de que os salvéis.

La parábola encierra una advertencia solemne para nosotros. Ese Rey, el Rey Jesús, vendrá otra vez. Puede ser pronto. Entonces, él juzgará a los vivos y a los muertos. ¡Ya es, por gracia, nuestro Rey personal! Entonces no hay nada que temer. Os elevará a su Reino, a su gloria celestial.

Pero si todavía no es vuestro Rey personal, ¡temblad! Porque entonces el Rey, furioso os echará a la perdición eterna. ¡Qué cosa más horrible! Ojalá que aprendáis a conocer personalmente al Salvador. Entonces, seréis felices.

## Capítulo 66

# ¡BENDITO EL QUE VIENE == EN EL NOMBRE DEL SEÑOR! ==

**Mateo 21: 1-11**

**Marcos 11: 1-11**

**Lucas 19: 28-44**

**Juan 12: 9-19**

Como hemos visto repetidas veces, había cerca de Jerusalén una aldea llamada Betania, donde vivían Marta, María y Lázaro.

El Señor llega a Betania en la víspera del sábado israelita, es decir, el viernes por la noche. En los capítulos anteriores nos referimos al peregrinaje de miles de galileos a Jerusalén, para celebrar allí la Pascua. Más tarde se juntó a ellos Jesús. En las cercanías de Jericó, llamó a Zaqueo de dentro del frondoso follaje del sicómoro en que se había escondido. Leímos sobre cómo Jesús acompañó al jefe de los publicanos a su casa, por lo cual los judíos se escandalizaron.

A continuación Jesús partió de Jericó para caminar en compañía de una gran multitud de gente rumbo a Jerusalén. Al llegar a la aldea de Betania, se aloja en casa de Lázaro, a quien había resucitado de los muertos.

Los galileos que se propusieron celebrar la Pascua tienen más prisa que Jesús y no tardan en alcanzar la metrópoli, en donde dicen a todo el mundo que Jesús se está acercando a Jerusalén.

Ha viajado con nosotros hasta Betania. Por lo visto, pasará allí unos días, pero vendrá a la capital indudablemente; suponemos que habrán dicho los galileos. Jerusalén ya se está llenando de forasteros procedentes de los pueblos cercanos y de otros que venían desde muy lejos, para celebrar la Pascua en Jerusalén.

Dichos forasteros, seguramente, se habían preguntado si Jesús tenía la intención de acercarse a Jerusalén también.. Quizás por mera curiosidad, pero cuando llegan los galileos, ellos dicen a los forasteros que Jesús está en Betania, agregando que en aquella aldea había resucitado hace poco a un hombre, cuatro días después de su muerte.

Dichos relatos despiertan mucha curiosidad, y es lógico que los judíos que venían desde lejos hayan deseado ver a Lázaro también para averiguar si era cierto lo que se decía acerca de Jesús.

¿Qué vamos a hacer?... Betania no dista mucho de la capital, no más de media hora de marcha. Por ello deciden ir a ver a Lázaro a Betania, dónde, sin duda alguna, podrán ver a Jesús también.

El día siguiente los judíos celebran su sábado, el día de reposo. En ese mismo sábado, a pesar de ser día de descanso, muchos judíos bajan desde las alturas en las que está Jerusalén, rumbo al monte de los Olivos, detrás del cuál se encuentra Betania.

Allí mismo piensan poder encontrar a Lázaro. En dicho sábado hay mucho ajeteo en la casa de Marta y María. Muchas miradas curiosas se fijan en Lázaro. Sí, es cierto que había estado muerto, pero ha vuelto a la vida. Pero Lázaro no tiene nada extraordinario ni peculiar, no es austero ni extremadamente religioso, sino que habla como los demás. No muestra ni la más remota señal de haber estado durante cuatro días en el sepulcro.

De repente los forasteros se encuentran en presencia de Jesús. Admiran al humilde Profeta de Nazaret, quien hizo el singular milagro. El Evangelio según San Juan dice que muchos judíos creyeron en el Señor Jesús.

Los fariseos no tardan en darse cuenta de lo que acaba de acontecer. Advierten la agitación entre el pueblo y se enteran de las conversaciones entre la gente, pero, ante todo, se dan cuenta del respeto que todos tributan al Señor Jesús y de que muchos ven en Él al Mesías.

Esto último no es de su agrado, y de sus corazones va apoderándose no solo el rencor y el enojo, sino también la inquietud. A los ojos de los fariseos todo va mal.

Con anterioridad a esto, habían decidido dar muerte a Jesús dando la orden de que quienquiera que conociera el paradero del Profeta viniese a decirlo a los jefes del pueblo.

¡Y hay que ver a la muchedumbre que, en vez de traicionar al Nazareno, va a escuchar a ese hombre odiado y temido! Pero si el pueblo es tan tonto, ellos, por lo menos, serán mucho más sabios.

No se tarda, pues, en convocar el Sanedrín, el supremo concilio de los judíos por el Sumo Sacerdote. Allí los jefes del pueblo se reúnen para consultarse mutuamente sobre las medidas a tomar para imponer silencio a Jesús de Nazaret.

Pero ¿cómo? Para ellos no era nada fácil contrarrestar las actividades de Jesús, dado los milagros y señales que hizo en presencia del pueblo. Esto no lo pueden negar. Algunas veces habían tildado a Jesús de endemoniado, de lo cual ellos mismo no estaban convencidos. Al decirlo, sólo habían intentado seducir y embaucar al pueblo.

Está, pues, reunido el concilio de fariseos y escribas. Los unos proponen una cosa, y los otros proponen otra. Se enojan al darse cuenta que, en realidad, no podían hacer nada contra Jesús. Hay quienes proponen matar incluso a Lázaro, porque, de vivir él, constituirá una prueba viva de las hazañas del Nazareno, las cuales no pueden contrarrestar por mucho que se esfuercen.

No tienen reparos en cometer cualquier crimen, incluso el de dar muerte al inocente Lázaro. Serían incluso capaces de asesinar a un hombre piadoso, antes de ver en Jesús al Mesías prometido a la nación israelita.

Al atardecer vuelve a reinar la calma en Jerusalén. Ha llegado un sábado lleno de inquietud para los miembros del Sanedrín, una inquietud que era más bien una mezcla de angustia y odio. Ese Jesús, para esos señores, era francamente peligroso; ese Nazareno no había caído en ninguna de las trampas que le habían preparado..



En la lejanía se puede oír una algazara, como de guerreros que hubieran vencido a algún enemigo... ¡No! no es eso; son más bien voces de júbilo que proceden de una gran muchedumbre de gente que se está acercando. Los gritos se oyen al otro lado del monte de los Olivos. ¡Se trata de centenares, quizás miles de judíos, llenos de alegría y con ramas de palmera en sus manos! Toda la muchedumbre está cantando y clamando:

“¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel!”

Pero ¿quién viene? He aquí, la pregunta más trascendental de toda la historia humana. La contestación la encontramos al mirar a un grupo algo peculiar dentro de la muchedumbre, capitaneado por un Hombre sentado en un borriquillo. El animal, muy tranquilo, avanza como si no hiciera caso de la agitación que reina entre los seres humanos, quienes tienden sus mantos en el camino para que el Rey avance, no por un pedregoso camino, sino sobre una alfombra de mantos.

Así se explican las voces de júbilo del pueblo al recibir al Rey, el Señor, el Profeta de Nazaret.

Surge ahora la pregunta de si Jesús en realidad acepta el homenaje que se le tributa, ya que antes, en Galilea, el pueblo

quiso hacer a Jesús rey por fuerza, pero entonces Jesús se negó a aceptar el reinado. Entonces dio la orden a sus discípulos de entrar en la barca y de zarpar inmediatamente con el objeto de distanciarse de la muchedumbre.

Y ahora, ¿por qué no se niega Jesús a aceptar el reinado? Porque de los Evangelios concluimos que el Señor fue a Jerusalén para sufrir y morir, por lo cual surge la pregunta de por qué acepta ahora el homenaje por parte del pueblo, y antes, no.



Esto puede explicarse de la manera siguiente: Jesús estuvo en Betania el sábado que precedió al suceso. El sábado era el día de descanso de los judíos, pero el primer día hábil de la semana, el cual corresponde a nuestro domingo, los israelitas volvieron a trabajar, y Jesús sale del pueblo de Betania en compañía de sus discípulos. Por ser un día hábil, prosigue su caminata con destino a Jerusalén, y va acompañado por mucha gente que ha pasado la noche en Betania. Los judíos se excitan, esperando que, por fin, Jesús acepte la corona de Israel y que establezca su propio Reino. Y parecen tener razón.

El Señor Jesús envía a dos de sus discípulos en busca de un pollino de asna, después de haber llegado casi a la aldea de Betfagé. Allí dice Jesús a los dos: "Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla y traédme los. Y si alguien os dijere algo, decid: "El Señor los necesita", y luego los enviará"

Los dos discípulos han partido... y todo ha ocurrido exactamente como Jesús se lo había predicho. ¿Quién era el propietario de los animales?... Lo ignoramos, pero es muy probable que haya sido un creyente, es decir, alguien que había creído en Jesús y en su mesiazgo, ya que, cuando los discípulos le dicen que el Señor los necesita, no insiste en saber más, sino que permite que se lleven los animales.



*Los discípulos traen el pollino de asna*

Los discípulos no tardan en volver al Maestro con la cabalgadura que necesita, y acto seguido se quitan sus mantos y los ponen sobre el animal como una especie de silla de montar. A continuación, Jesús lo monta y parte hacia Jerusalén.

Allí, pues, va el Rey, manso y sentado sobre una asna, lo que proporciona una gran alegría a los discípulos de Jesús. Por fin, Jesús es Rey, y la alegría de los discípulos es comunicativa y se apodera de la muchedumbre reunida. Al principio la gente está atónita al presenciar el suceso, pero no tarda en alegrarse también. En sus corazones, los judíos aprueban la toma de posesión del reino por Jesús; sí, que Él sea su Rey...

Pero como Rey, hay que tributar a Jesús el real honor que se le debe, y el pueblo no tarda en honrar a su Rey, y espontáneamente la numerosa multitud tiende sus mantos en el camino, cual alfombra sobre la que el Rey ha de acercarse a la ciudad. Otros cortan ramas de los árboles para tenderlas en el

camino, y así se verifica la proclamación de Jesús con todo el honor que se debe a un rey.

Por delante y por detrás, la gente aclama a Jesús diciendo: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!"

Los gritos de alegría pueden oírse en los valles y montañas de Judá, y desde Jerusalén mucha gente va al encuentro de Jesús, porque los vecinos de la metrópoli se han enterado de que se está acercando el Profeta de Nazaret. Al ver el gozo y la alegría de la multitud que acompaña a Jesús, los judíos procedentes de la capital se ponen a cortar ramas de los árboles también, por lo cual el domingo antes de la Pascua de Resurrección, hasta hoy día, se llama Domingo de Ramos.

Los diferentes grupos de gente no tardan en juntarse, lo cual da lugar a una exuberante alegría, y juntos se acercan a Jerusalén. Con cantos de júbilo, suben al monte de los Olivos, hasta que, al alcanzar la cúspide. ¡Oh qué alegría!, Ven a la angustiada ciudad de David en todo su esplendor.

Los rayos del sol reverberan en los majestuosos edificios del Templo. En su imaginación ven a su ciudad materna libre del yugo de los romanos, vislumbrando ya el restablecimiento del reino de David con toda su gloria. Los judíos se creen ya en el umbral de su liberación como nación, y exclaman diciendo: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"

Podemos imaginarnos la radiante alegría de los discípulos, que parecen haber perdido todo su temor. Ya no se acuerdan de los malos presagios de hace solo unos pocos días. ¿Es que se han olvidado de las palabras de su amado Maestro, quien les predijo su ignominiosa muerte?

"¡Hosanna! ¡Hosanna!" -así gritan los discípulos exultantes de alegría...

He aquí su Rey, su amado Rey... ¿No estará alegre El también? ¿Alegre? ¡No! Jesús al ver la majestuosa y gloriosa ciudad de David, se pone a llorar.

¿Por qué llora? ¿Pensará quizás en su pasión y muerte?... ¿Es

que de repente tiene miedo? ¡No! Jesús, por ser el Hijo de Dios, no prevé tan solamente lo que ha de acontecer dentro de cuatro días, sino que ve ya lo que acontecerá cuarenta años más tarde. De antemano ve los horrores de asolamiento y destrucción que están reservados para la hermosa ciudad, gloriosamente bañada ahora en luz del sol. A este mismo monte de los Olivos subirán poderosos ejércitos... del Imperio Romano los cuales sitiarán a la amada ciudad, la cual destruirán y quemarán.

Jesús, que lo sabe todo por ser el Hijo de Dios, llora porque prevé que perecerán en la ciudad miles y miles de judíos. Pasarán hambre y los aniquilará la pestilencia.

Los romanos sacarán sus espadas para perpetrar una horrible masacre. Los horrores de la guerra enloquecerán a los habitantes de Jerusalén hasta el punto tal que las propias madres judías matarán a sus hijos para comer su carne. El Señor, por cierto, no ignora que todo esto tendrá que suceder, pero ¿por qué?

Por la sencilla razón de que Israel rechazará a Jesús como Rey y Mesías... ¿Rechazar? Parece todo lo contrario al ver la exultante alegría con que el pueblo tributa honor y elogios a su Rey. Pero en sus manifestaciones de gozo y alegría el pobre pueblo se equivoca pensando que Jesús vaya a establecer un reino terrenal, ellos ven en Jesús solamente a un rey terrenal...

Pero Jesús no es un rey terrenal ni un libertador político. Jesús no ha venido a luchar contra los romanos, y no aspira a derrumbar la dominación romana, porque detrás de los romanos y de cualquier otro imperio terrenal hay fuerzas espirituales muchos más feroces y crueles que los seres humanos, por muy malos que sean. Jesús, en efecto, ha venido al mundo como Salvador, en primer lugar, para reconciliar a los hombres con Dios; después, para liberarles del poder de Satanás. Por ello Jesús va a ofrecerse a Sí mismo como sacrificio expiatorio, vertiendo su sangre por su pueblo.

El que librará a los seres humanos del poder de Satanás, en realidad, tiene que vencer al Diablo antes de poder librar a los que creyeren en Él. Pero en un Rey de esta categoría, el pueblo judío no está interesado; por ello, el mismo pueblo que ahora Le

aclama por jefe y rey, algunos días más tarde, gritará ante el gobernador romano Poncio Pilato: "¡Crucifícale, crucifícale!"

Por la voluntad del pueblo que ahora Le tributa honores, Jesús será clavado en la cruz.

Al condenar a Jesús, el pueblo se condena a sí mismo. Los judíos rechazan su propia salvación, lo cual acarreará la destrucción total de la ciudad de David. La sangre del pueblo será vertida delante del altar de su propio Templo, porque la religión sin fe verdadera en el Hijo de Dios no salva. Los escombros humeantes del santuario serán su inexorable fin.

Sabiendo esto, Jesús rompe a llorar. Llorando lágrimas vivas, el Señor se lamenta diciendo: "Jerusalén, Jerusalén, ojalá vieras tu mortal equivocación... ¡Ojalá vieras en Mí a tu Salvador!" Jesús gime diciendo: "A vuestros ojos está oculto todo esto, porque no queréis ver..."

El pueblo oye estas advertencias, pero haciendo caso omiso de las palabras de Jesús, sigue gritando: "¡Hosanna, hosanna!"

Pero entre esta muchedumbre de gente hay también algunos fariseos, quienes aprietan los labios al enterarse de todo esto. Es precisamente lo que ellos habían temido. Por ello dicen entre sí: "Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras Él"

Los jefes del pueblo se sulfuran y se dirigen a Jesús diciendo: "¡Rabí, reprende a tus discípulos... para que se callen!" Pero Jesús les contesta con calma: "¡Oh no, porque si éstos callaran, las piedras clamarían...!" Al decirlo, Jesús quiere decir que esta vez tanto los discípulos como el pueblo tienen que aclamar, para que se cumplan las palabras de la profecía.

## **Mateo 21: 15 y 16**

Va avanzando el cortejo de gente rumbo a Jerusalén, y Jesús no tarda en entrar en la metrópoli, sentado en el humilde asno. Aunque dotado de dignidad real, Jesús se humilla.

Se produce una agitación en la ciudad. Se acerca la gente y, atónita, pregunta: “¿Quién es éste?”

Y con voces de júbilo, la muchedumbre contesta: “¡Es Jesús, el Profeta de Nazaret, de Galilea!”

Pero lo que la muchedumbre había esperado no sucede, porque pensaban que, por fin, Jesús llamará a los judíos a la lucha contra los romanos, y que, una vez que tuvieran la orden de desenvainar las espadas, de antemano estarían seguros de su victoria militar. La muchedumbre cree aún que está en los días de Josué, por cuya autoridad profética se realizaron hazañas incomparables en la historia del pueblo israelita. Y ahora: ¡Ojalá Jesús les dé una orden de marcha parecida a la de Josué!

Al llegar al Templo, Jesús se apea para entrar en el Santuario de Dios, su Padre, en donde, una vez más, cura a algunos ciegos y cojos que acuden a Él. De pronto un grupo de niños comienza a clamar: “¡Hosanna al Hijo de David!”, imitando a sus padres.

Los fariseos se burlan de ellos y, con voz de escarnio, dicen a Jesús: “¿No oyes lo que claman?” A los ojos de los fariseos llega a ser un juego de niños, y se enfadan al ver que Jesús no se lo prohíbe. Pero Jesús contesta con el sosiego de siempre: “Sí, se lo permito, porque incluso los niños pequeños y los recién nacidos cantarán a la gloria de Dios”

Al anoecer, el pueblo judío se muestra ya desilusionado. ¿Por qué no llama Jesús a la nación judía a luchar?... ¿No es Él el Rey de Israel? No entienden nada, porque ellos, desde hace mucho tiempo, contaron con que, algún día, Jesús pronunciara ese tan esperado grito de guerra...

Los fariseos, por su lado, van recobrando ánimos, porque no ha ocurrido lo que temían. No se ha sublevado la nación contra los romanos.

Y mientras que se restablece la calma en Jerusalén después de las agitaciones del día, algunos hombres se acercan a Betania al anoecer. Estos hombres son el Señor Jesús y sus discípulos, desilusionados éstos como los demás judíos, pero que no por ello dejan de seguir al Maestro. Ahora ya no hay gozo en sus corazones.

No tardan en llegar a la casa de Marta, en donde Jesús encontrará descanso, con sus discípulos, después del cansancio que les produjo el día con todas sus emociones.

Una sola cosa tengo que añadir a esta historia. Os acordáis que antes el Señor Jesús no admitía nunca que se le diese ningún honor público. Pero ahora lo admite. ¿Por qué?

Lo admitió todo para que se cumpliera en aquel memorable día una profecía muy importante del Antiguo Testamento.

Más de cinco siglos antes, el profeta Zacarías profetizó textualmente: "Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí TU REY VENDRÁ A TÍ, justo y salvador, humilde, Y CABALGANDO SOBRE UN ASNO, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9)

Zacarías vivió en la época de la reconstrucción del Templo de Jerusalén después de los setenta años de cautiverio babilónico.

El valor intrínseco de la Biblia como Palabra de Dios, queda corroborado con el cumplimiento de todas las promesas y profecías del Antiguo Testamento, relacionadas con Cristo. Por muy complicada que nos parezca la lectura del Antiguo Testamento, nos facilita todos los detalles del mesiazgo de Jesús y de su obra redentora. Los que conocemos el Evangelio, sabemos que la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén precede inmediatamente a la Pasión y muerte del Salvador. Jesús, sí, vino a dominar, pero no como libertador político de algún pueblo, sino para vencer al que tenía la potestad de la muerte: Al Diablo.

¡Oh fariseos y escribas! Vosotros conocéis muy bien las Sagradas Escrituras ¿verdad? ¿Todavía no veis que Jesús de Nazaret es el verdadero Rey de Israel? ¿No veis que es en realidad el Mesías?.

¿Sabéis una cosa?, queridos lectores, los fariseos y escribas no querían creer en el Salvador, porque en sus corazones no había lugar para un Mesías doliente. Endurecían sus corazones ante todas las invitaciones que Dios les hacía. Podéis estar seguro que alguna vez oían la voz de su conciencia. Pero se revelaban contra esta voz.

¿Hacéis lo mismo vosotros?

Espero que no, porque el fin de los que hacen así será horrible.

## Capítulo 67

### EL REY DE ISRAEL

### MANIFIESTA SU PODER

**Mateo 21: 18-22**

**Marcos 11: 12-14**

En la madrugada del lunes, el segundo día hábil del calendario israelita, va caminando un grupo de hombres procedentes de Betania. No tenemos ninguna dificultad en reconocer en ellos al Señor Jesús y a sus discípulos, quienes están acercándose a Jerusalén.

Pernoctaron en la casa de Marta, en Betania, pero al levantarse el sol. Jesús salió rumbo a la capital pero ahora no se oyen voces de júbilo, como fue el caso el día anterior.

Entonces Jesús se encontró apretado por una gran muchedumbre entusiasta, y ahora va acompañado sólo por sus discípulos. El día anterior cabalgaba sobre un pollino de asna en un camino cubierto de mantos que la gente había puesto allí cual alfombrado para que el Rey de Israel pudiera hacer su entrada triunfal. Pero este lunes Jesús va caminando sólo en compañía de sus discípulos, por un camino por el que pasaron ya muchas veces.

Los discípulos habrán pensado en aquel glorioso día, que difería del día de hoy como la noche difiere del día. Pasó ya la

alegría, y quizás se encuentren desalentados ahora, porque el desenlace no ha sido como ellos habían pensado.

Con el sosiego de siempre, Jesús sigue andando, hasta que, de repente, se acerca a una de las higueras que se encuentra a lo largo del camino. Por lo visto, Jesús tiene hambre y desea comer algún higo, pero, por mucho que se empeña en buscar, no encuentra ni una sola fruta.

Por ello, Jesús maldice a la higuera, pronunciando las palabras que hallamos textualmente en el Evangelio según San Marcos: "¡Nunca jamás coma nadie fruto de ti!" Esto equivale a decir que esta higuera no produzca ningún fruto más...

A primera vista, esta maldición nos parece extraña. Nosotros, quizás, diríamos que Jesús no tenía derecho a maldice a una higuera que ni siquiera le pertenecía, además de no ser la temporada para recoger higos.

Parece, pues, lógico que Jesús no encuentre higos... pero no olvidemos que estaba en vigor una ley en Israel la cual prescribía a los judíos que en el tiempo de la cosecha no recogieran todos los frutos del campo. En virtud de dicha Ley -que tuvo un papel importantísimo en el libro de Ruth-, los judíos tenían que dejar un resto de la cosecha tanto en los campos como en los árboles. Estos frutos residuales servían de subsistencia a las viudas y a los huérfanos.

Es, pues, probable que el propietario de la higuera haya transgredido la ley al recoger la totalidad de la cosecha. Sin embargo, el acto tiene un significado más profundo.

En el Antiguo Testamento, el higo era un fruto típico de Israel; si el pueblo judío, al cual vemos representado en esta higuera, hubiera producido su fruto espiritual, cuando el Mesías vino a visitar a su pueblo, la historia universal habría tomado otro cariz muy distinto.

Al considerarlo desde este ángulo de visión, llegamos a la conclusión de que la maldición de la higuera fue un castigo divino. En todo caso, la higuera se secó al instante (Mateo 21: 19).

Los discípulos fueron testigos oculares del suceso. El lugar donde ocurrió no distaba mucho de Jerusalén. Jesús sigue caminando y sus discípulos Le siguen: El Señor va en línea recta a la Casa de Dios, al Templo.

**Mateo 21: 12-13**

**Marcos 11: 15-19**

**Lucas 19: 45-48**

Hele allí, entrando en el atrio de la Casa del Señor, pero de repente, Jesús se detiene, indignado al ver que el Santuario de Dios había sido transformado en un mercado, en el que vendían corderos pascuales y tórtolas a los muchos peregrinos que habían venido a Jerusalén para celebrar la Pascua. Había un tremendo griterío de mercaderes. No faltaban tampoco los cambistas, quienes canjeaban el dinero extranjero de los peregrinos por dinero judío, la única moneda admitida dentro del recinto del Templo. ¡Como si éste comercio no hubiera podido ejercerse en alguna plaza pública de la metrópoli, fuera de la Casa de Dios!

Se apodera del Señor Jesús una santa ira e indignación, y sin más, se acerca a los mercaderes y cambistas y los echa fuera, volcando las mesas con el dinero y todo, así como las sillas de los vendedores de palomas.

Es ya la segunda vez que Jesús purifica el Templo; ya nos imaginamos que su voz debe de haber temblado de indignación al pronunciar las palabras que llegarían a ser históricas: "¿No está escrito: "Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones"? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones"

Nadie se atreve a oponerse a Jesús, ni nadie se niega a salir del atrio del Templo. Nadie sabe ni por qué ni cómo, pero todos se marchan. Una autoridad sin igual se ha desprendido de la Persona de Jesús.

Que ésta historia nos sirva de ejemplo de cómo tenemos que comportarnos durante el culto, siempre con la debida reverencia.

— — — — —

Se restablece la calma en el Templo, pero no es más que la calma que precede a una tremenda tempestad. Porque también los fariseos y escribas se han enterado del suceso. Airados, están apretando los puños: Les escandalizan las actuaciones de Jesús. ¡Qué osadía! ¡Ese galileo no tiene que ver nada con este comercio! Es a ellos a quienes toca mantener el orden en la Casa de Dios, para lo cual piensan poder prescindir de la ayuda de Jesús.

En su odio ciego, hacen escarnio del Rabí de Nazaret, deseando incluso darle muerte. ¡Ojalá puedan apedrearlo o herirlo para que muera!

¿Por qué no ejecutáis vuestros designios, oh jefes religiosos? ¿Por qué no prendéis a Jesús para apedrearle fuera del recinto del Templo?

Es que los cobardes no se atreven a intervenir... porque Jesús se encuentra rodeado por un numeroso público. Todos Le escuchaban con tensa atención para que ninguna palabra de Jesús se les escape. Los fariseos y escribas entienden que, en caso de arresto, el público defendería al profeta de Nazaret y que no permitiría que se le diera muerte. No pueden hacer nada contra Jesús. Jesús, sí, morirá, pero se enfrentará a la muerte voluntariamente y no por coacción.

¿Qué ha hecho Jesús aquel lunes? Los Evangelios nos lo revelan: Ha pasado el día enseñando en el Templo, predicando.

Al anoecer, el Señor vuelve a salir de la ciudad, por lo visto en busca de calma y tranquilidad, para estar en comunión con Dios y en compañía de algunos seres amados. No olvidemos que Jesús era también hombre, verdadero hombre, necesitando ún ambiente amoroso al igual que nosotros.

## Marcos 11: 20-26

En la madrugada del día siguiente, Jesús regresa a Jerusalén en compañía de sus discípulos, por el mismo camino que el día anterior. De repente, los discípulos se detienen para mirar una higuera totalmente seca al borde del camino.

Aprecian que es la higuera que Jesús maldijo el día anterior. Un árbol verde y lleno de vida, maldito por no haber llevado frutos. Pedro llama la atención de Jesús sobre el caso, diciéndole: "Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado"



*La higuera maldita*

Este detalle, precisamente, nos hace ver que el Señor Jesús es verdaderamente el dueño de la vida y la muerte. Al pronunciar un juicio, interviene textualmente la condena pronunciada, y más de una vez, en los Evangelios, hemos visto cómo el Señor se opuso a la muerte vencéndola. El que da crédito a sus divinas palabras, dice el Señor, será victorioso, y muy positivamente el Señor dice que todo lo que pidieres orando lo conseguiremos si verdaderamente creemos. Aquí no se trata de creencias religiosas, ni de virtudes, ni de prácticas piadosas, sino de fe, que equivale a una confianza absoluta en la Divina Persona del Señor Jesucristo. En nuestro relato, nos acercamos a pasos agigantados al momento de la consumación del gran misterio que Dios tenía guardado desde antes de la fundación de este mundo; el de la expiación de los pecados en la cruz del Gólgota. Increíble para la mente humana.

En este relato vemos ya la sombra de la cruz, mortífera, pero es precisamente por este desfiladero tan estrecho por el que pasa el camino de la redención: Al pasaje de la muerte a la vida.

## Capítulo 68

# JESÚS EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN

**Mateo 21: 23-27**

**Marcos 11: 27-33**

**Lucas 20: 1-18**

“Acabas de echar fuera del Templo a los vendedores, mercaderes y cambistas, pero ¿quién Te dio autoridad para hacerlo?”

“¿Y quién Te dio orden de hacerlo?”

He aquí a los jefes del pueblo, los dignatarios religiosos, esos fariseos y escribas, miembros del Sanedrín, o Tribunal Supremo de Israel en Jerusalén. Ellos, los dirigentes, están acechando y espiando a Jesús, pero sus miradas traicionan la falsedad, y cuando la falsedad es movida por alguna religión, se llenan las mentes de una maldad y crueldad sin igual. Lo demuestra la historia universal, especialmente la de la Iglesia de Jesucristo a través de los siglos. Lo que sufrió el Señor Jesús, lo sufrirá también su Iglesia, la congregación de los que en el curso de los siglos creyeron en Él. Entendamos bien: La Iglesia de Jesucristo no es ninguna institución religiosa, sino el conjunto de los que creen en Él y que se saben salvos por Gracia.

La escena que presenciamos en el Templo se ha producido un sin fin de veces en el curso de la historia. Si nos detenemos

ahora un momento ante esta escena, intentando comprender su significado espiritual, comprenderemos todas las demás escenas que se produjeron más tarde en el Templo, los jefes religiosos no han podido resistir la idea de que Jesús hizo algo que ellos no hubieran logrado hacer nunca. Por mucho que hayan comprendido que los negocios en el atrio del Templo estaban prohibidos, y que la intervención de Jesús era legal, lo han considerado, por parte del Profeta nazareno, como una enorme presunción.

Por ello, con astucia, se acercan a Jesús con una ingenua pregunta, esperando encontrar en la contestación del Rabí de Galilea un pequeño desliz para poder acusarle... Muy tranquilo, Jesús los mira, reconociendo inmediatamente la falsedad que anima a sus interlocutores, sabedor del plan preconcebido de darle muerte de alguna manera. En su contestación, Jesús no alude a lo que sabe de ello, sino que les hace una contrapregunta:

“Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también Yo os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres?”

En otros términos, el Señor, aquí pregunta a los fariseos y escribas si, a su parecer, Juan el Bautista era verdaderamente un profeta enviado por Dios o si era un falso profeta.

Ahora los altos dignatarios religiosos están en apuros. ¡Vaya, qué pregunta! Se encuentran rodeados por la gente, la cual está pendiente de la contestación de los jefes. Si dicen que, en efecto, el bautismo de Juan era del cielo, temen que acto seguido Jesús les pregunte porqué ellos no creían en Juan el Bautista. Pero si, por el contrario, dijeran que Juan fue un falso profeta, piensan que el pueblo se sublevaría contra ellos, porque el pueblo, sí cree que Juan fue verdaderamente un profeta enviado por Dios.

¡Menuda confusión entre los fariseos y escribas!

No pueden escapar de su obligación de dar contestación a Jesús, y lo hacen con una de las contestaciones más tontas que se hayan podido dar: “No sabemos...”

Ese “ignoramos” ha sido siempre la última palabra de los teólogos célebres al encontrarse confundidos ante una verdad o manifestación divina que no cabía dentro de su criterio religioso.

En la contestación de Jesús vemos una manifestación de autoridad divina: "Tampoco os digo con qué autoridad hago estas cosas". Ante una mentira tan grosera por parte de los fariseos y escribas, el Señor no puede manifestar un aspecto de la tierna relación entre el Hijo de Dios y el Padre, que Le dio esa autoridad por encima de todas las autoridades del mundo.

Sin embargo, Jesús, quien no despacha a nadie sin atenderle, les propone una parábola.

### Mateo 21: 28-32

Esta vez se trata de un hombre que tenía dos hijos. Un día el padre se acerca al primero de sus hijos y le dice: "Hijo mío, ve hoy a trabajar a mi viña"

¿Y qué le contesta? Parece ser un joven que no tiene ganas de trabajar, sino que sólo piensa en divertirse. "No quiero -dice al padre-, no tengo ganas..."

Se niega, pues, a obedecer al padre, pero no tarda mucho en arrepentirse, y va a trabajar en la viña. Nos imaginamos que este arrepentimiento le habrá incitado a trabajar fervorosamente, para corregir su falta.

Entre tanto, el padre se acerca al otro hijo y le dice lo mismo: "Hijo mío, ve a trabajar hoy en mi viña" El segundo reacciona espontáneamente y dice que sí.

Al enterarnos de una respuesta tan espontánea, estaríamos inclinados a pensar que este segundo hijo, por lo menos, es mucho más dócil que su hermano. Pero lo que hace es peor que lo que ha hecho el primero. Dice que sí, y no lo hace. Unas horas más tarde, el padre tiene la sorpresa de ver a su hijo mayor trabajando con ahínco, mientras que al menor no lo ve por ningún lugar. Este segundo no ha cumplido con su promesa. Vale más no hacer promesas si faltan las buenas disposiciones para cumplirlas.

Hasta aquí, la parábola; pero, a continuación, Jesús se diri-

ge a los fariseos que Le están escuchando, preguntándoles: "¿Cuál de los dos hermanos ha hecho la voluntad de su padre?"

No les cuesta mucho esta vez dar una respuesta: "El que, por fin, ha hecho la voluntad de su padre yendo a trabajar en la viña"

Como todas las parábolas de Jesús, no ha sido ésta un mero cuento tampoco, sino que tenía un significado muy profundo. Pero esta vez la explicación de la parábola, a la par de ser un mensaje de gracia para los pecadores, es un azote para los dignatarios religiosos. Cual relámpago sale la sentencia del Señor, que dice: "De cierto os digo que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios..."

Un pecador, quienquiera que sea, recibe un beneficio inalienable de la gracia divina a condición de que se arrepienta y se convierta, mientras que un ser religioso se cree demasiado justo y benemérito de la religión para tener que convertirse. En otros términos, el pecador puede ser agraciado por Dios en virtud de la obra expiatoria de Jesucristo, mientras que el hombre religioso, que es justo a sus propios ojos basándose en las obras piadosas que haya podido cumplir en su vida, no doblará nunca las rodillas al pie de la cruz reconociéndose culpable ante Dios, y por lo tanto, no entrará nunca en el Reino de Dios.

Para el pueblo israelita, la predicación de Juan el Bautista fue un mensaje de gracia, pero para la gente religiosa, "tan piadosa", ha sido una condena, una sentencia de muerte. Sólo en este sentido comprenderemos el significado de las palabras sentenciosas que Jesús dirigió a los fariseos y escribas: "Vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle"

Sea ésta historia una amonestación para nuestra vida.

No creáis que sois mejores que los demás. No penséis que alcanzaréis la salvación porque vivís honradamente. Claro que es vuestro deber vivir honradamente. Pero... no es suficiente para alcanzar la gloria eterna. Vivir honradamente no produce el cambio del corazón. Es sólo Dios que puede renovar nuestro corazón.

¡Pedídselo cada día!

**Mateo 21: 33-41**

**Marcos 12: 1-9**

**Lucas 20: 9-16**

A continuación, Jesús propone una parábola más. Como ya hemos dicho en las páginas precedentes, las parábolas encierran una enseñanza espiritual; son un relato sacado de la vida cotidiana, para darnos cierta pauta en asuntos espirituales que no comprenderíamos ni nos fueran presentados de forma distinta.

Los fariseos y los escribas siguen negándose a escuchar a Jesús, y si Le escuchan es sólo para tenderle trampas para poder acusarle. Los jefes del pueblo están forjando un plan para apoderarse del modesto Profeta galileo, para deshacerse de El definitivamente. Sin embargo, la historia corrobora que todos los poderosos de este mundo, que fueron en busca de alguna "solución definitiva" en asuntos espirituales, han sido derrotados. Como los "dignos" miembros del Concilio Supremo de los judíos no lograron "solucionar" definitivamente el caso de Jesús de Nazaret, tampoco se logrará más tarde imponer el silencio "definitivamente" a los predicadores del Evangelio de la Gracia Divina.

Por ello Jesús prosigue hablando en el Templo, en señal de advertencia a los fariseos y escribas:

"Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos..."

El dueño de la viña no descuidó nada, no dejó de protegerla contra los intrusos y ladrones. Hizo construir un lagar y una torre para que se pudiera vigilar todo el terreno. Cuando lo tenía arreglado todo, arrendó la viña a un grupo de labradores, encargando a sus siervos la guarda del terreno y se marchó.

Al acercarse la cosecha, unos hombres se acercan a la viña vallada. Son los siervos del dueño, quienes vienen a recoger parte del producto de la viña por orden del propietario. Pero, ¿qué pasa? Los siervos, que sólo piden, lo que les corresponde de derecho, son recibidos a palos por los labradores, quienes, de hecho, sólo tenían alquilada la viña. No era su propiedad,

por lo cual no tenían ningún derecho a maltratar a los siervos del dueño. Los labradores no solo intentaron apoderarse ilícitamente de la viña, sino que no tuvieron tampoco reparos en rechazar a los siervos, hiriendo a palos a los unos y dando muerte a los otros, apedreándolos.

Manchados de sangre y heridos, vuelven a su amo para decirle lo que aconteció. Por lo visto, el amo se mostró aún muy compasivo frente a los labradores, porque, con razón sobrada, hubiera podido enviar a la viña una expedición para castigar a los malvados labradores.

Pero ¿qué hace en realidad? Envía a otros siervos en mayor número que los primeros, pero ellos también son maltratados de la misma manera.

Por lo visto, el dueño de la viña es un hombre muy especial, casi un ser sobrehumano, ya que conociendo la historia de la antigüedad, podemos estar seguros de que cualquier potentado hubiera enviado a los labradores un ejército bien equipado, el cual les hubiera infundido un miedo atroz nada más verlo acercarse a la viña...

En vez de enviar a un ejército, ¿qué hace el dueño de la viña? Envía a su propio hijo, pensando que al ver al heredero, por lo menos, tendrán respeto a él.

Pero cuando la maldad está tan profundamente arraigada en un ser humano, linda con lo diabólico; así, los labradores de esta parábola manifiestan exactamente el espíritu que les anima cuando dicen: "Este es el heredero; venid, matémosle y apoderémonos de su heredad..."

Y uniendo la acción a la palabra, asesinan al heredero cuando cae en sus manos. Pero la maldad ciega al ser humano, ya que, aquí, los labradores también creen que la heredad será suya, y ni por un momento piensan en la cuenta que les va a presentar el dueño...

Poco a poco, los dignatarios israelitas entienden quiénes son esos labradores malvados, acordándose de la multitud de profetas que fueron asesinados en el Israel apóstata que, al fin y al cabo, ellos mismos representan. Si bien es verdad que



*Los labradores malvados ven venir al heredero*

desde los setenta años de deportación a Babilonia no se ha vuelto a dar ningún culto a los ídolos, el corazón de los judíos no parece haber cambiado.

Este "hijo del dueño de la viña" marcará el punto de choque en la historia del pueblo de Israel. No es difícil adivinar que en esta parábola el dueño es Dios, la viña es este mundo, los siervos son los profetas, quienes vinieron a proclamar las profecías de Dios a los "labradores", es decir, al propio pueblo de Israel.

Hasta aquí tenía pase, es decir, todos los asesinatos de profetas les habrían sido perdonados si tan solamente se hubieran arrepentido y convertido al oír la poderosa predicación del Hijo de Dios. El pueblo, educado por patriarcas, sacerdotes y profetas, tiene una enorme responsabilidad frente a este mundo. Ante esta responsabilidad, un fariseo convertido exclamará unas decenas de años más tarde: "¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!"

Este ¡ay! no lo han comprendido los fariseos en el Templo o, mejor dicho, se han negado a comprenderlo.

Y para que la solemne verdad conste ante todas las generaciones futuras, el Señor Jesús cita algunos versículos del Salmo 118:

“La piedra que desecharon los edificadores  
ha venido a ser cabeza del ángulo  
El Señor ha hecho esto,  
¿Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?”

A esta cita agrega Jesús la solemne advertencia de que será quitado el Reino de Dios de la nación israelita, para ser dado a la gente que produzca los frutos del Reino. Surge ahora la pregunta para saber si nosotros, cristianos y pertenecientes a la Iglesia de Jesucristo, hemos producido los frutos del Reino que Dios reclama...

¿Nos acusa la conciencia? ¿Hemos de ruborizarnos hasta las uñas? No ha finalizado aún el tiempo de la Gracia, lo cual ha de ser interpretado como una casi infinita paciencia y longanimidad de Dios hacia nosotros. Es casi infinita, porque algún día tendrá fin.

A toda la cristiandad, a los israelitas y a todos lo paganos que han oído mencionar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, se hace la pregunta, a cada uno individualmente: ¿Qué actitud tienes tú frente a Él; será tu juez, o tu Salvador?

Por ello, al referirnos a la piedra que desecharon los edificadores, y que ha venido a ser cabeza del ángulo, Jesús dice: “El que cayere sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella cayere, le desmenuzará”

Dos mil años más tarde se hace a nuestra generación la pregunta: ¿Cuál es tu actitud frente a Cristo: crees en Él para vida eterna? ¿O te cogerá como un ladrón el solemne día de la segunda venida de Cristo?

Clamad al Señor que, por su Santo Espíritu, os haga romper con los pecados. Orad para que os dé su Gracia.

Ahora todavía es posible salvarse. Mañana quizás ya no será posible.

Será horrible presentarnos ante Dios siendo nosotros inconversos.

## Capítulo 69

# “LA BODA REAL”

### Mateo 22. 1-14

En un palacio real, hermoso y grande, muchos criados están trabajando diligentemente. Se limpia el gran salón, se colocan las mesas y alrededor de ellas los divanes. Se examinan las lámparas y se llenan de aceite. También en la cocina hay una actividad extraordinaria. Allí se cuece y se asa. ¡Delicioso! ¿Qué pasa? Todo tiene aspecto como de estar preparándose una gran fiesta. En efecto, tenéis razón. Habrá una gran fiesta en el palacio. Una boda. Va a casarse el hijo del rey y todos están ocupados con los preparativos para la boda real. No se regatean esfuerzos, ni gastos. Se ha invitado a muchas personas para que asistan a la boda. Finalmente todo está listo. Las largas mesas están repletas de alimentos refinados y sabrosos, los vinos más nobles llenan los vasos.

Una vez más, el rey repasa con la vista todo el conjunto y entonces manda a buscar a los invitados. ¡Qué alegría tendrán ellos! Naturalmente es un gran honor venir ante el rey y comer con él en su mesa.

Mirad, salen los criados para ejecutar la orden de su señor. Pero... después de algún tiempo vuelven solos, sin invitados. Miran tristes y, con indignación, dicen al rey que los invitados han rehusado aceptar la invitación. No quieren venir. ¡Qué

ultraje para el rey! ¿Se enfada...? No, todavía no. El rey es muy paciente e indulgente. Manda a otros criados a invitar de nuevo a los convidados. Tienen que decir a los llamados: "Mi comida está preparada, mis bueyes y animales más gordos han sido matados, todo esta listo, venid ahora a la boda"

Van los criados y de nuevo comunican el mensaje. Qué amable es el rey al invitarlos por segunda vez., ¿verdad?

Y... ¿qué pasa ahora?, ¿vienen todos...?, ¿comprenden finalmente su mal comportamiento, su descortesía?

¡Mirad!, llega un mensajero real a la casa de un invitado. Le invita de manera amable, pero urgente, a venir a la boda. Pero, sin decir una sola palabra, el hombre le da la espalda. Se va a su campo y da de lado al criado del rey. ¿Puede haber mayor descortesía?

Otro invitado se va a su tienda. Rehúsan todos, uno después de otro. A algunos criados se los maltrata, a otros se los mata. ¿No es esto una barbaridad?, ¿No es terrible?, ¿Cómo se atreven?

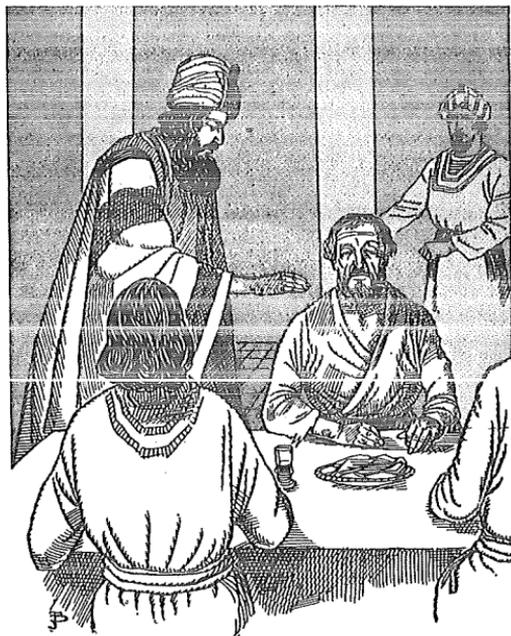
Vuelven los criados al rey. Algunos están heridos y sus heridas están sangrando. Cuentan a su señor lo que les pasó.

Entonces el rey se enfada mucho. Es muy comprensible su ira. Manda un ejército la ciudad sediciosa y los soldados matan a los asesinos y queman la ciudad. De ella sólo quedan unos escombros humeantes. ¡Se lo habían merecido! El castigo fue muy justo.

Y... ¿ahora? Está preparado el gran salón para la fiesta, los alimentos están listos, pero los invitados han rehusado asistir. ¿No se celebrará la boda? Desde luego que sí. De nuevo el rey manda a sus criados que vayan a las afueras de la ciudad, a los cruces de los caminos para llamar a la gente a la boda. A todo el mundo; han de invitar a todos los que pasen. Y así, poco a poco, la sala se va llenando de invitados. No, no son gente distinguida, ni importante, son la mayoría, gente pobre y sencilla. Al fin todos los lugares están ocupados. El salón, ahora, está repleto de invitados. Por fin entra el rey. Una vez más, observa el conjunto con su vista y, de repente, ve que hay alguien que no lleva el vestido de boda.

Inmediatamente se acerca a este hombre y le pregunta: "Amigo, ¿cómo entraste aquí no teniendo el vestido de boda?" El hombre se sonroja y calla. no puede responder a esta pregunta. La Biblia nos dice: "Más él cerró la boca"

El rey se enfadó mucho y llamó a los que servían. Y... ¿Qué pasa? Mirad, cogen al hombre y le atan de pies y de manos. Le arrastran afuera y le encierran en una cárcel oscura. Así dice la palabra de Dios: "En las tinieblas de afuera"



*Amigo, ¿Cómo entraste aquí no teniendo vestido de boda?*

¿Fue esto justo? Los invitados que estaban sentados a la mesa eran gente pobre y sencilla, ninguno poseía vestido de boda.. Ni tampoco poseían dinero para comprar tal vestido. Y, sin embargo, se arrastra al hombre sin vestido de boda a la cárcel, a las tinieblas de afuera. De nuevo os pregunto: ¿Es justo

esto? ¿No es muy cruel esta sentencia? Es una pregunta muy difícil ¿verdad? Sinceramente parece una acción muy cruel e injusta, Pero, en realidad, no lo es. Los invitados no tenían que poseer por sí mismos, un vestido de bodas. A todos los que entraban se les daba un vestido de parte del rey. Solamente tenían que quitarse sus propios vestidos, sucios y viejos, y entonces recibirían los vestidos de boda.

Este hombre había rechazado el vestido de boda. Pensaba que no era necesario quitarse sus propios vestidos. Era demasiado orgulloso para ponerse los vestidos que le daban y entonces se sentó con sus propios vestidos, sucios y desarripados, entre los demás invitados. ¡Qué ultraje para el rey! Por esta causa el rey se enfadó hasta tal extremo que le alejó de la sala y le encarceló. Había merecido el castigo, porque fue demasiado orgulloso como para aceptar un vestido de boda de parte del rey.



Esta historia es una parábola. El Señor Jesús está en el Templo, una gran multitud le rodea. Pero, frente a Él están con sus trajes ceremoniales muchos fariseos y escribas. Están allí con furor en sus corazones y con odio en sus ojos.

A estos ancianos, de una manera especial, les dice el Señor esta parábola. Es una amonestación muy seria. Comprenderéis que esta parábola tiene un significado más profundo. El Señor Jesús no cuenta simplemente una historia, sino que Él quiere decir algo más que esto. Él quiere enseñar algo a los ancianos.. El rey de la parábola es Dios, ya que Dios fue Rey de Israel. El hijo de este Rey es el Señor Jesús. El ha venido a la tierra para hacer feliz a su pueblo. Quería liberarlos de la esclavitud del Diablo y del pecado. La boda significa la gloria celestial. Pues bien, Dios ha mandado a sus siervos, sus criados, sus profetas, al pueblo judío para invitarlos a la boda.

Pero... ¿Qué respuesta han dado a esta invitación? Han pegado a los profetas del Señor y los han maltratado. Han

matado a algunos de los siervos de Dios. No han querido oírlos. Preferían servir a los ídolos de madera y de piedra. Muchas veces ha mandado Dios a otros profetas, muchas veces ha sido repetida la invitación de parte de Dios para venir a la boda. Pero... una y otra vez han rechazado acudir. Ahora amonesta el Señor Jesús a los soberbios fariseos con esta parábola por última vez, ya que de seguir despreciando las llamadas de Dios, vendrá el castigo. Será destruida y quemada la ciudad de Jerusalén. Miles de personas serán muertas por los romanos. Dios usará a los paganos romanos para castigar al pueblo judío por su iniquidad.

Pero después de esto, los criados del Señor serán enviados fuera de la ciudad, harán su trabajo en los caminos. Esto quiere decir que a los paganos les será predicado el Evangelio. También a vosotros, llega la voz clamante de los siervos de Dios. También a vosotros se os invita a la boda. También a vosotros se os dice que, aún, es posible la conversión.

¿Qué respuesta daréis a esta seria llamada? ¿Os reiréis de los siervos de Dios a sus espaldas?. ¿Los ridiculizaréis?. ¡Terrible!, Dios castigará una acción así. No lo dudéis, Dios no puede ser burlado, ni tampoco sus siervos. Sin embargo, el Señor es paciente e indulgente. Él nos soporta y nos guarda, aunque hemos merecido la muerte eterna. Él nos invita todavía por el dulce Evangelio; ésta llamada divina llega a todos los que oyen la Palabra de Dios.

No, con nuestra propia vestimenta nunca llegaremos a la gloria eterna. Necesitamos llevar el vestido de boda. ¿Sabéis qué quiere decir esto? Los fariseos no creían necesitar a un Redentor ya que pensaron que podían ganar el Cielo por sus limosnas y por sus prolongadas oraciones. Se creían demasiado piadosos y buenos como para necesitar un Redentor. Pensaban que podían, por sus propias obras, reconciliarse con un Dios airado. Estas fueron las ropas de su propia justicia. Pero... ¡se equivocaron!. Nadie puede jamás ganar por sí mismo la gloria celestial. Esto es imposible por causa del pecado.

Todos estamos muertos en delitos y pecados. Pero en esta situación ha venido el Señor Jesús a esta tierra. El ha llevado sobre sí la maldición y la ira de Dios. Por su sufrimiento y su muerte ha ganado el vestido de boda para todo su pueblo. Por la influencia del Espíritu Santo la salvación se da por Gracia. ¡Qué feliz es el pueblo de Dios! ¿Verdad?.

También para todos vosotros es posible la salvación.

Ciertamente en la Palabra de Dios leemos que "Muchos son llamados más pocos los escogidos". Pero no se menciona quienes son escogidos. A nosotros llega la voz clamante de Dios: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que esta cercano". Doblad diariamente vuestras rodillas y suplicar al Señor que os muestre vuestros pecados. Pedid que Él haga "espacio" en vuestros corazones para el Señor Jesucristo. O ¿quizás los hay que ya busquéis al Señor? ¿Ya no puedes vivir sin Él?.

## Capítulo 70

# “RECHAZADO POR INCRECULICIA”

**Mateo 22: 15-22**

**Marcos 12: 13-17**

**Lucas 20:19-26**

-Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, es tu norma decir siempre lo que es verdadero. Ahora tenemos una dificultad. ¿Hemos de pagar el impuesto que los romanos nos exigen, o no? ¿Qué nos aconsejas?

Aparentemente son amables los fariseos que están delante del Señor, interrogándole. Le alaban como persona que es sincera, como a uno que siempre dice la verdad. Pero en sus ojos hay un brillo malicioso y sus corazones están repletos de odio. Miradlos, están de pie, esperando con suma atención la respuesta de Jesús. Ellos quieren conducir al Nazareno a un camino sin salida. Su pregunta es una trampa.

Si Jesús dice: “No tenéis que pagar este impuesto, tenéis que rechazarlo”, irán enseguida a los romanos para acusarle de rebelde. Porque prohíbe pagar el impuesto al César. Sin embargo, si Jesús dice: “Sí, tenéis que pagar, es una obligación”, dirán los judíos: “Jesús es un traidor, es un amigo de los romanos”. Qué falsedad, ¿verdad? Están al acecho y le miran.

Pero el Señor sabe lo que de verdad hay en sus corazones. Oíd cuál es la respuesta: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo. Unos momentos más tarde le presentaron un denario, una moneda romana. ¿De quién es esta imagen?, les pregunta el Señor. Es la imagen del César. Es la rápida respuesta de los fariseos. Muy bien, dice Jesús; pagad, pues, a César lo que es de César, y a Dios el honor que se le debe.

Hay unos momentos de silencio tenso. Un tanto desconcertados los fariseos, miran delante de sí. No pueden responder nada a estas palabras, ni tampoco pueden acusar a Jesús, ni ante los romanos, ni ante los judíos. Avergonzados, se marchan. Jesús les ha mostrado una prueba de su Omnisciencia y de su Sabiduría.

-----

**Mateo 22: 23-33**

**Marcos 12: 18-27**

**Lucas 20: 27-40**

Un poco después, nuevamente unos hombres se acercaron al Señor. Es un grupo distinguido. ¿Quiénes son? Son saduceos.

Vosotros ya sabéis que los saduceos no creen que un día resucitarán los muertos. Ellos dicen: "El muerto está muerto. Vivid alegres y sin preocupaciones porque no existe ni infierno ni cielo".

Ahora se acercan a Jesús con una historia muy peculiar. Tienen la intención de presentar la resurrección como algo ridículo. Oíd: "Maestro -comienzan-, vivieron con nosotros siete hermanos. El mayor de ellos se casó, pero, poco tiempo después murió. La viuda quedó sola porque no tenían hijos. Después, el hermano segundo se caso con ella, pero él también murió sin dejar hijos. Luego ella fue la esposa del hermano tercero, pero, tampoco este matrimonio duró mucho tiempo. En

fin, los siete hermanos se casaron con ella, uno detrás de otro, y todos murieron sin tener hijos. Por fin, también murió la mujer. Cuando los siete hermanos resuciten en el último día, ¿de quién de ellos será la mujer? ¿Cuál de ellos tendrá el derecho sobre ella?”.

Y Jesús tiene que responder a esta pregunta. Con una sonrisa burlona en los labios le miran fijamente. Están esperando con curiosidad saber qué es lo que dirá Jesús acerca de esto. No creen en la resurrección de los muertos.

Realmente es una pregunta muy difícil. ¿Podrías vosotros responderla?.

Muy reposadamente suena la voz del Salvador: “Erráis, ignorando las Escrituras, cuando pensáis que no habrá resurrección, pues, ciertamente habrá resurrección. Pero en la resurrección no existirá el matrimonio. El matrimonio es sólo para este tiempo, pero no para la eternidad”.

Jesús calla durante unos momentos, luego prosigue el Señor: “¿No habéis leído lo que Dios dice en su Palabra: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?”. Abraham, Isaac y Jacob no están muertos. Ciertamente sus cuerpos descansan en el sepulcro, pero sus almas viven, con Dios. ¡Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos!.

Los saduceos no saben qué responder a estas palabras y, avergonzados, se marchan también.

**Mateo 23**

**Marcos 12: 38-40**

**Lucas 11: 37-54**

**20: 45-47**

A cada momento los principales de los judíos tratan de coger a Jesús en sus palabras. Esperan ardientemente que el Nazareno, tan detestado, diga algo erróneo, pero todos sus

esfuerzos fracasan. Siempre el Señor Jesús les da la respuesta apropiada. A las muchas preguntas insidiosas que le hacen, Jesús responde de una manera precisa. Él responde a estas preguntas de tal manera que no le pueden acusar.

¿Sabéis por qué es así? Porque el Salvador sabe lo que hay en sus corazones, sabe cuál es la intención de sus preguntas, conoce sus falsedades, su odio, su envidia. El pueblo está delante y escucha, entonces, el Señor Jesús, se dirige a ellos y les amonesta contra sus dirigentes. Dice a la gente que los fariseos y los escribas son unos hipócritas que engañan al pueblo. Ocho veces exclama el terrible "¡ay de vosotros!" sobre esos falsos y engañosos fariseos y escribas. Dictamina el juicio de Dios contra esos príncipes; ellos están presentes y oyen las palabras de reproche. Pero el odio y la envidia se acrecientan en sus corazones. Sus ojos centellean, sus puños se crispan, tiemblan de furor y cólera. ¿Por qué? Porque saben que Jesús dice la verdad. Son realmente mentirosos e hipócritas, pero no conviene que el pueblo lo sepa; no, el pueblo tiene que pensar que son hombres buenos y piadosos.

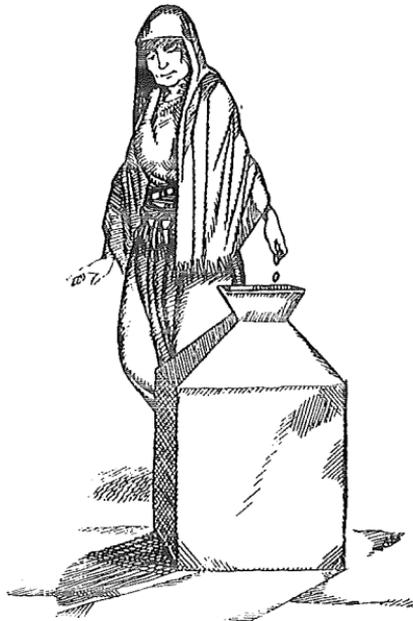
Temen que aún más personas algún día crean en el Señor Jesús. Si eso ocurre, ellos habrán perdido la estima del pueblo. ¡Oh, si pudieran matarle, si pudieran cerrar su boca!. Examinad, vosotros, esta amonestación que les hace en Mateo 23. ¡No lo olvidéis!

— — — — —

**Marcos 12: 41-44**

**Lucas 21: 1-4**

En el atrio del Templo había un arca para depositar las ofrendas; en él cada uno que pasaba echaba algún dinero. Ese dinero se utilizaba para el mantenimiento del culto a Dios; se necesitaba mucho, pues todo costaba mucho dinero.



*“Las blancas de la viuda”*

Esto mismo sucede también en nuestras iglesias. ¿verdad? En nuestras iglesias se hace una colecta. Hay colectas para los pobres, para la iglesia y otros fines determinados. Con este dinero hay que pagar todo lo que se necesita. Pues bien, en el Templo de Jerusalén había, para este fin, un gran arca que se vaciaba de vez en cuando.

Cierto día que el Señor Jesús estaba sentado frente a dicha arca y estaba mirando cómo muchas personas echaban limosna en el arca, vio cómo los judíos ricos echaban mucho; ellos podían privarse de mucho porque tenían mucho. El dinero al ser echado, tintineaba fuerte y quizás ellos estaban esperando que todo el mundo lo oyera. De pronto se acerca una mujer pobre; es una viuda. No tiene un

marido que trabaje para ella y se gane el pan. Esta mujer, también echa en el arca dinero. Son solamente dos blancas. Quizás algunos ricos que la ven, hacen una mueca de desprecio. ¡Qué poco!. Solamente dos blancas. Esas dos blancas juntas valen muy poco. ¡Qué contraste con al limosna de ellos!. Ellos habían echado mucho en el arca. Pero el Señor Jesús, que ha visto todo esto, defiende a la mujer. El sabe lo que esas dos miserables blancas significan para ella. Sabe que dio todo lo que tenía, no tenía nada más que esas dos blancas. “En verdad -dice el Salvador-, esta viuda echó más que todos. Todos los otros han echado de lo que les sobraba; tenían lo suficiente para comprar pan, pero esta viuda no tenía ningún ahorro.”

Esta historia contiene también una lección para vosotros. ¿Cuál es nuestra ofrenda a Dios?... Por desgracia, muchos no están dispuestos a dar más de un euro para la iglesia. Desde luego el que, verdaderamente, no puede dar más que eso no será necesario que dé más. Pero si el Señor os ha bendecido abundantemente, de forma que podáis dar bastante dinero y sólo echáis un poco en la colecta, eso es una vergüenza. Meditad sobre este asunto.

### **Juan 12: 20-50**

Repentinamente dos de los discípulos del Señor Jesús vienen a El y le dicen: “Maestro, algunos griegos nos han dicho que quieren hablar contigo y desean verte.”

Probablemente se trataba de judíos que no vivían en su país, sino en Grecia. Sin embargo, también es posible que fueran verdaderos griegos que habían aceptado la religión judía. En la Biblia estas personas son llamadas “prosélitos”. Con ocasión de la fiesta de la Pascua subieron a Jerusalén, muchas veces habrán oído hablar de Jesús, su fama se había divulgado hasta la remota Grecia y ahora están en Jerusalén. Les gustaría

ver a ese Profeta que hace tantos milagros, y hablar con Él. ¿Qué honor para el Señor ¿verdad?. La fama de sus muchos milagros se había divulgado hasta la lejana Grecia; incluso en el extranjero se habla de Él.

Pero, con gran sorpresa para los discípulos, Jesús comienza a hablarles de su próxima muerte. Se compara Él mismo al grano de trigo que se siembra en la tierra. Ese grano de trigo ha de morir, pudrirse y, por ello mismo, llevar mucho fruto. Así le pasará al Señor Jesús, morirá para que su pueblo viva eternamente. Sin embargo, nadie comprende lo que quiere decir.

El Señor Jesús se siente turbado cuando ve la incredulidad del pueblo judío. Está también angustiado cuando piensa en sus padecimientos venideros. ¡Qué humillación para el Hijo de Dios! Rechazado y despreciado, tenido en poco por su propio pueblo. Sin embargo, el Señor Jesús levanta los ojos al cielo y ora: "Padre -dice-, glorifica tu nombre" Una voz del cielo le responde. Los que le rodean, no entienden lo que la voz dice, pero oyen una voz singular. Quizás muchos han mirado hacia arriba para ver si había alguien. Algunos dicen: "¡Es un trueno!". Sin embargo, el Señor Jesús responde: "No, eso no es un trueno. Habéis oído realmente una voz, pero no ha hablado esta voz por mi causa, sino por casa de vosotros, para que reconocáis que verdaderamente soy el Mesías."

Y... ¿ahora creen los judíos?... No, no creen. Jesús les ha hablado de su muerte y ellos no quieren un Rey que va a morir. Quieren tener un Rey que les libre de los romanos, pero no un Rey que tenga que morir. Puede que algunos hasta se hayan reído desdeñosamente. ¿No veis la sonrisa burlona en sus rostros?... Piensan para sí: "No es él el Mesías prometido. Es un impostor". No solo los príncipes de los judíos rechazan al Señor Jesús; también la gente le rechaza. Aunque el Señor ha hecho muchos milagros no creen en Él. Al contrario, se enfadan, lanzan miradas hostiles a Jesús.

Entonces el Señor Jesús se marcha. San Juan nos dice en su Evangelio: "Se escondió de ellos". ¿Se escondió...? ¿Por qué?...

Querían hacerle daño, quizá querían apedrearle y por eso se va. No porque tenga miedo, sino porque aún no ha llegado su hora. Además, no puede ser apedreado, sino que ha de morir crucificado en la cruz, como está profetizado.

Mirad, ya sale del Templo con sus discípulos por última vez, ya no pisará más ese edificio. Por incredulidad fue rechazado por la gente y también por los príncipes.

## Capítulo 71

# “TRISTES TIEMPOS — PROFETIZADOS POR JESÚS” —

**Matero 24: 1-42**

**Marcos 13: 1-32**

**Lucas 21: 5-36**

Unos hombres caminan a lo largo de los grandes atrios del Templo, acaban de salir de la casa de Dios y toman el camino del Monte de los Olivos.

¿Quiénes son?... Ya sabéis, ¿verdad? Son el Señor Jesús y sus discípulos. Comienza a atardecer, todo el martes el Señor Jesús ha estado en el Templo. En los capítulos anteriores os hemos contado lo que allí ha hecho y dicho. Ahora, en silencio, los discípulos siguen al Maestro. Están afligidos y descorazonados. A los componentes del Sanedrín no les gusta Jesús, tratan de matarle; también la gente rechaza al Maestro. Varias veces el Señor Jesús se encuentra entre la vida y la muerte.

Los discípulos, por su parte, piensan que aquello no va bien. Siguen andando, sumidos en tristes pensamientos. Hace un rato, al salir del Templo, el Señor les dijo; “He aquí vuestra casa os es dejada desierta.” Quizás, en ese momento, están meditando esas palabras.

De pronto, uno de los discípulos, apuntando al Templo, que brilla magníficamente por el reflejo de los rayos del sol, dice: "Maestro, mira que templo tan espléndido tenemos, mira esas piedras preciosas. Que grande y fuerte es todo." No es capaz de aceptar que todo aquello pueda ser dejado desierto. No comprende. Por esa razón ha hablado así.

Tranquilamente, pero con tono sereno y seguro, el Señor responde: "¿Véis estos grandes edificios? Pensáis que son tan fuertes que no podrán ser arrasados, ¿verdad? Pues os engañáis, todo será arrasado y, de tal forma, que no quedará piedra sobre piedra. Todo este Templo quedará reducido a un gran montón de escombros." Estas palabras afectaron profundamente el alma de los discípulos. Comprenden que sucederán cosas terribles y el temor invade sus corazones. Estaban ya muy tristes y... ¿Ahora esto también? ¿Es que todo va a ser arrasado y destruido?... Pero ¿y el reino que va a instaurar su Maestro? Pero ¿es éste el Mesías, el Rey esperado durante tanto tiempo?, y, ¿es este el Mesías que se sentará en el trono de David?... ¿Y que reinará por los siglos de los siglos?.

No pueden dar respuesta a todas estas preguntas. Todo sucede de forma diferente a como ellos esperaban.

En silencio van descendiendo por los montes sobre los que está edificada Jerusalén y, en silencio, suben al monte de los Olivos que está enfrente de Jerusalén; en silencio, se sientan en la cumbre del monte y con caras abatidas fijan la mirada en la brillante capital, Jerusalén, que está delante de ellos.

Los últimos rayos del sol se reflejan sobre las blancas piedras marmóreas de la casa de Dios y sobre los otros grandes edificios de la ciudad. Es una vista extraordinaria. Y, sin embargo, ¡pensar que todo eso será arrasado!

Los discípulos, tristes, agachan sus cabezas, no están alegres, sino abatidos... De repente se rompe el silencio. Uno de los discípulos pregunta al Señor: "Maestro, hace poco has dicho que todo será arrasado. Según tus palabras, no será deja-

da piedra sobre piedra. Pero ¿cuándo acontecerá eso?... ¿Quién lo hará y cómo tendrá lugar? ¿Por qué señales podremos ver el cumplimiento de lo que ahora nos profetizas?"



Con miradas que expresaban más que muchas palabras, los discípulos tenían puestos los ojos en su querido Maestro. Jesús sabe la preocupación y el dolor que hay en sus corazones, sabe todo lo que pasa por sus pensamientos, y quiere decirles las cosas que han de suceder. Les advierte para que de antemano sepan los acontecimientos futuros. De este modo no será algo inesperado e imprevisto para ellos. Vamos a poner atención. Fijaos bien, porque esta historia es un poco difícil de comprender. Quiero narrar solamente los puntos principales.

El pueblo judío rechazó al Señor Jesús, no quisieron reconocerle como el Salvador, no aceptaron que él fuera el Hijo de Dios. Al contrario, le entregarían a los romanos, los cuales le crucificarían. Sin embargo, Dios es justo y el castigo terrible vendrá con toda seguridad sobre este pueblo malo e ingrato. Los judíos pensaban que podían hacer toda clase de ultrajes impunemente, olvidando que Dios lo ve y lo oye todo. Esto lo olvidamos también a menudo, ¿verdad? Para el pueblo judío vendrán tiempos muy tristes. Ya ahora, los romanos dominan sobre ellos y les tiranizan, pero aún vendrán cosas más terribles. El Señor dice que vendrán guerras espantosas y sangrientas, los enemigos destruirán el país y, por consiguiente, habrá hambre, las cosechas se perderán y, por ello, la gente se debilitará. Morirá por la peste mucha gente, hombre, mujeres, niños y ancianos. Terremotos harán agitar y temblar la tierra, de tal manera que casas y palacios se derrumbarán con estruendo.

Este juicio divino ciertamente vendrá, porque Dios no se deja ofender impunemente.

Escuchan los discípulos con rostros preocupados cuando el Señor les profetiza todo esto... Y llegaron los tiempos de tribulación. Cuarenta años más tarde los judíos se levantaron contra los romanos, deseando expulsar a los odiados invasores de su país. Pero esta tentativa no tuvo éxito. Repetidas veces los ejércitos fueron vencidos, las ciudades y fortalezas fueron tomadas y quemadas y, por fin, los ejércitos romanos sitiaron Jerusalén. En el mismo monte sobre el que ahora están sentados el Señor Jesús y sus discípulos, cuarenta años más tarde, fueron montadas las tiendas de los soldados romanos.

Dentro de la ciudad la peste mató a miles de personas, mientras que el hambre se cobró numerosas víctimas. ¡Durante una sola noche se arrojaron 40,000 cadáveres desde las murallas!. Las madres mataron y se comieron a sus propios hijos... Por fin, después de una defensa desesperada, la ciudad fue tomada. Un soldado romano incendió el magnífico Templo y los romanos asolaron este hermoso edificio, de tal manera que no quedó piedra sobre piedra que no fuese destruida. ¡Oh, todo lo que profetizó el Señor Jesús en el Monte de los Olivos sucedió al pie de la letra!



Pero, venid, regresemos al Monte de los Olivos, donde están sentados Jesús y sus discípulos. El camino de amargura de los judíos no se terminará con la destrucción de Jerusalén..., no, sucederán más cosas aún. Oír, el Señor les profetiza que muchos judíos serán maltratados a espada, miles caerán durante esta horrible guerra y el resto será llevado en cautiverio, para ser vendidos como esclavos. Tendrán que servir a sus enemigos, los cuales les tratarán cruelmente y sin misericordia. El pueblo judío será perseguido y acosado. Por las calles de Jerusalén marcharán los ejércitos del enemigo. La nación judía será expulsada de su querido territorio y los gentiles vivirán en su país. Como vagabundos errarán por la tierra entera.

También esta profecía se cumplió literalmente. Más de un millón de judíos perecieron en lucha desesperada de forma miserable, miles y miles de personas fueron expulsadas de su tierra y vendidas como esclavos. Durante siglos el país de Canaán fue hollado por los gentiles, extranjeros que vivieron por cientos de años en este país, y para los judíos no había lugar, ellos vagaban por el mundo entero.

De verdad, los judíos fueron castigados muy severamente. Ellos habían gritado: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". ¡Y ésta sangre cayó sobre ellos! ¿Qué ejemplo para nuestra amonestación?. Dios no salvó la vida del pueblo judío. ¿Salvará la vida de quienes desprecian las numerosas llamadas y amonestaciones de Dios? ¿Pensáis, quizá, que Dios ha cambiado?. No, Él no se deja ofender impunemente ni por los judíos, ni por nosotros. Los judíos son un ejemplo de la implacable justicia de Dios. ¡Fijaos bien en ello!

---

En mi mente veo a los discípulos escuchando las solemnes palabras del Señor Jesús. Sí, ahora comprenden que vendrán tiempos difíciles, llenos de miedo y temor, desazón y tristeza. Comprenden que Jerusalén, la ciudad bellísima, se convertirá en escombros humeantes. Sus corazones están llenos de tristeza porque comprenden que todo esto vendrá. Con una mirada temerosa contemplan al Señor, tiemblan sus corazones al oír que se acercan estas calamidades. Y... ¿cuál será su suerte?.

Nada hay oculto al ojo omnisciente del Salvador, ni siquiera el miedo de ellos. Y quiere animarles. Oíd, el Señor les asegura que Dios siempre cuidará de su Pueblo, que Dios nunca les abandonará. Sin embargo, serán aborrecidos y perseguidos, pero Su Padre celestial les guardará; serán echados en la cárcel, pero Dios permanecerá con ellos. Él les dará Su amor y su gracia.

El Señor Jesús les aconseja que huyan de Jerusalén cuando vengán estos tiempos de tribulación, deberán refugiarse en la montaña. Allí estarán seguros, pues los crueles enemigos no

les podrán molestar. Mirad, dice el Señor Jesús, os lo he dicho antes de que suceda. ¡Velad y orad. Estad atentos a las señales que os doy!. Y así sucedió.

Cuando los romanos marcharon sobre Jerusalén, los cristianos huyeron, el pueblo de Dios no permaneció en la ciudad. Dejaron Jerusalén y fueron a la pequeña ciudad de Pella. Pella estaba sobre el Jordán, en la comarca donde habitaban antes Sihón y Og. Cuando morían en Jerusalén miles de personas por la peste, cuando por las calles corrían ríos de sangre de los soldados judíos, el pueblo de Dios estaba seguro en Pella, ninguno de ellos pereció en Jerusalén, porque Dios les guardaba.

¡Qué afortunado es este pueblo! Debéis ser respetuosos con las personas que aman y sirven al Señor con toda sinceridad. Nunca les ridiculicéis, sino pedid que el Señor os haga tan afortunados como a ellos. Mientras vivimos, existe la posibilidad de convertirnos al Señor. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto está cercano". ¿Acaso no vale la pena implorar la misericordia de Dios?. Haciéndolo no perderás nada, pero sí ganarlo todo.

Quizás algunos piensen: "Pero no vivimos en Jerusalén", Lo sé perfectamente. Pero el Señor Jesús dijo también que Él volverá en las nubes. Antes de que Él venga habrá una gran tribulación sobre la tierra entera, habrá guerras y rumores de guerra, terremotos en muchos lugares. La gente buscará la muerte, la tierra estará llena de violencia, miedo y temor.

Muchachos y muchachas, todavía sois jóvenes y tenéis muchos propósitos e ilusiones para el futuro; esperáis, como es natural, todo de esta vida. Pero... estáis equivocados. Vendrán tiempos tristes y espantosos, no, ya han venido estos tiempos. Han habido sangrientas guerras, grandes ciudades han sido destruidas, millones han perecido. Y... ¿habrá más?. No lo sé, sólo Dios lo sabe. Cuando Lot fue sacado de Sodoma, el Señor le dijo: "Escapa por tu vida, no sea que perezcas".

Es esto lo que repito a vosotros, desde lo más profundo de mi corazón. ¡Dejad los pecados e implorar la gracia y misericordia del Señor!.

## Capítulo 72

# PRUDENTES Y FATUAS

### Mateo 25: 1-13

Todavía está sentado el Señor Jesús con sus discípulos en el monte de los Olivos. Les ha profetizado que la ciudad y el Templo serán destruidos. Os he narrado ya todo esto en el capítulo precedente.

Pero dijo mucho más el Señor en esta noche del martes. Les dijo también que una vez aparecerá en las nubes del cielo, en el día del juicio. Y también narré qué cosas tan terribles pasarán antes del juicio: Guerras y terremotos, muerte y ruina. Nadie sabe cuándo será este último día, el día del gran juicio. Esto no lo dijo el Señor. Pero será repentinamente, cuando nadie lo espere.

Los trenes marcharán, las fabricas funcionarán con gran actividad, los coches circularán sobre los caminos, los campesinos trabajarán en el campo, los niños estarán en los colegios, y entonces, de repente, vendrá el Señor como Rey y Juez para juzgar a cada uno. Pequeños y grandes, jóvenes y mayores serán juzgados, y también serán resucitados los muertos para ser juzgados.

Por eso el Señor Jesús les dice y también nos lo dice a nosotros que tenemos que vigilar y esperar. Cada día contar con la venida del Señor. Velad, pues, dice Jesús, porque no

sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir. Para amonestarlos narra el Señor Jesús otra parábola más.

¡Escuchad!, Porque esta parábola está escrita en la Biblia para amonestarnos también a nosotros. Habla Jesús de una boda. Cuando entre nosotros un joven y una joven se casan, hay una fiesta. En una boda, como es natural, hay alegría y animación. Y todo esto es muy lícito, porque una boda no es un funeral. Sé que hoy día hay muchas bodas impías. En ellas se baila y se cantan canciones muy impías hasta una hora muy avanzada. ¡No, de este modo no es lícito!

---

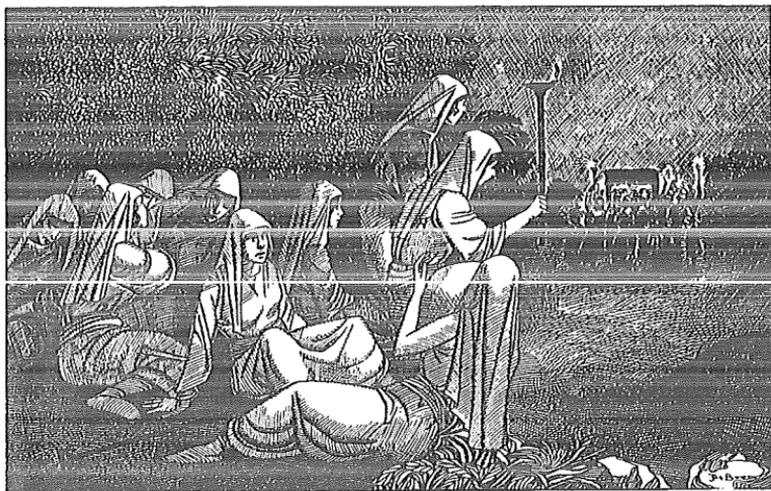
¿Habéis asistido a alguna boda dónde no estaba presente Jesús, sino el Diablo? ¡Espero que no! En una boda no deben suceder cosas malas, sino que ha de reinar verdadera alegría. En el país de Canaán las bodas duraban mucho más tiempo que en nuestro país. Toda una semana. En el séptimo día, por la noche, el esposo iba con sus amigos a la casa de la novia. Esa misma noche las amigas de la novia salían al encuentro del esposo. Todas llevaban lámparas y juntos volvían con el esposo a la casa de la novia, donde continuaba la fiesta.

Es necesario tener presentes estos detalles para poder comprender bien esta parábola.

“Un día diez vírgenes”, así comienza el Señor su narración. Muy tarde, por la noche, ellas fueron al encuentro del esposo. Estas diez muchachas eran amigas de la novia, y ellas llevaban sus lámparas. Todas pusieron aceite en sus lámparas, y todas las lámparas ardían con luz brillante. Cinco de estas muchachas llevaban también aceite en unos jarros, para ir reponiendo el aceite de sus lámparas, ya que, a veces, la llegada del esposo se retrasaba hasta la media noche. Las otras cinco vírgenes no llevaban aceite consigo en los jarros, porque pensaron que no sería necesario. ¡Eran unas incautas!. Por ello el Señor llama a un grupo prudente y al otro grupo fatuo.

Caminan en la noche oscura, pero su sendero está iluminado brillantemente por sus ardientes lámparas. Todo esto se hace en honor del esposo. En un momento dado las vírgenes se paran. Deciden no ir más lejos, sino esperar en este lugar al esposo. Se sientan al lado del camino esperando que venga pronto el esposo. Lentamente pasa el tiempo, un cuarto de hora, media hora, una hora... ¡El tarda en venir!. En la Biblia leemos que el esposo tardó bastante.

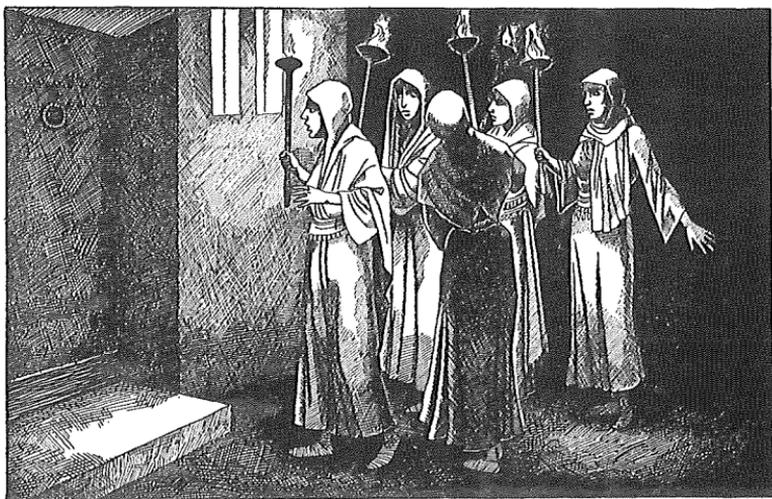
Las chicas se duermen, sus ojos se cierran... y al fin, todas están durmiendo. Han puesto sus lámparas en el suelo.



*¡Viene el esposo!*

Repentinamente, siendo medianoche, se despiertan. Con mucha consternación se levantan cuando oyen la llamada: "Viene el esposo" Pero ¡qué horror!, se ha consumido casi todo el aceite de sus lámparas y las llamas brillantes se apagan lentamente. A cinco de ellas no les preocupa mucho. Rápidamente cogen sus vasos y llenan sus lámparas de

nuevo, y muy pronto las lámparas arden tan brillantemente como antes. Pero, para las otras chicas, la falta de aceite fue fatal. No llevaron consigo aceite de repuesto. Fue una inconsciencia no pensar en esto. Entonces dijeron a las chicas prudentes: "Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan." Pero éstas respondieron: "No podemos hacerlo, no sea que nos falte a nosotras mismas. Id a los que venden aceite y comprad para vosotras y volved entonces". Rápidamente se van las chicas fatuas para rellenar sus lámparas. Pero... antes que llegase vino el esposo con sus amigos. Las cinco chicas que estaban preparadas se juntan al séquito, y de pronto entran en la casa de la novia; después, se cerró la puerta. Unos momentos más tarde llaman a la puerta cerrada: "Señor, ábrenos" gritan desde fuera. ¿Quiénes lo hacen?. Ya lo sabéis, ¿no? Han vuelto las cinco chicas fatuas, y ellas quieren entrar también. Pero la puerta queda cerrada y el esposo dice: "No os conozco, no sé quiénes sois". ¡Llegan tarde!. Mientras se celebra dentro la boda,



*¡Señor, Señor, ábrenos!*

las cinco chicas fatuas han de estar afuera. El Señor Jesús narra a sus discípulos esta parábola. ¿Qué significa? ¡Escuchad!.

El esposo representa al Señor Jesucristo, la boda es el gran día del juicio. Miles de personas van al templo los domingos, oyen las predicaciones de los siervos de Dios. Intelectualmente saben mucho de la verdadera religión. Saben de la conversión y pueden hablar de esto de una manera muy hábil, pero... ¡no se convierten! Oh, éstos son las cinco vírgenes fatuas. El servicio de Dios reside solamente en su inteligencia, pero no en su corazón. Carecen de aceite en el vaso, es decir, la gracia renovadora. No tienen un corazón renovado. Sólo tienen una confesión muy hermosa, pero... ¡nada más!

Las vírgenes prudentes son el verdadero pueblo de Dios, que no solamente tienen una confesión hermosa, sino también el aceite de la Gracia de Dios en sus corazones. Cuando venga el Señor Jesús en las nubes del cielo, volverán con Él a la boda celestial, la gloria eterna del cielo, volverán con Él a la boda celestial, la gloria eterna con Dios. Pero afuera quedará la gente impenitente e inconversa. ¿Qué diferencia entre estos dos grupos! ¿Cuál es vuestra situación espiritual, amigos y amigas?. Vais al culto y sabéis que es necesaria la conversión personal, sabéis también que espiritualmente no podéis morir como nacisteis... ¿Os bastan los meros conocimientos de estas cosas?. ¿Tenéis aceite en los vasos, o, dicho de otra manera, habéis nacido ya de nuevo?. ¿Tenéis ya un corazón renovado?.

Muchos chicos piensan: Más tarde, cuando sea adulto, oraré más que ahora. Ahora me falta el tiempo, es más importante para mí el juego. Por la noche estoy tan cansado de tanto correr y jugar al fútbol, que apenas oro cuando me acuesto. Lo haré mas tarde. Esta manera de pensar es muy inconsciente, porque nadie sabe si llegará a una edad mayor. En cada momento puede llegar la hora de nuestra muerte, o el gran día del juicio... Y, entonces, ¡no habrá más tiempo!. Si carecéis del aceite, que es la Gracia, habrá pasado el tiempo de la Gracia.

Por tanto, esta parábola amonesta a todos muy seriamente a no aplazar la conversión. Pedid al Señor cada día el aceite

de su Gracia, que El os dé el nuevo nacimiento. Lo que dijo el Señor a sus discípulos, lo dice también a nosotros: “¡Velad!”

-----

### **Mateo 25: 14-30**

¿Cómo vivís? ¡Qué pregunta tan extraña!. ¿Qué respondéis?. ¿Sois ejemplo para nuestros amigos y amigas, amonestándoles cuando dicen palabras malas? ¿O estáis de acuerdo con sus hechos malos y os reís de ello? ¡Terrible!. Cuando no amonestáis a vuestros compañeros, la ira justa de Dios está sobre nosotros.

¡Oíd! El Señor Jesús comienza a narrar otra parábola. Hubo un día un Señor rico, que partió al extranjero y que, antes de partir, llamo a sus siervos, les dio grandes sumas de dinero, por valor de varios talentos, una suma considerable.

Al primer siervo dio cinco talentos, al segundo dos y al tercero uno. Con los talentos debían negociar y ganar más dinero. Luego el señor partió lejos. El primer siervo comenzó su obra. Compró mercancías, acaso ropa o trigo, vino o aceite, y después vendió estas mercancías y después ganó más dinero para su señor. Este siervo fue diligente y siempre gano más y más dinero. El segundo siervo también comenzó a obrar. Quizá compro una graja, trabajando diligentemente en el campo. Sembró semilla y plantó una viña. En los días de la cosecha y de la vendimia vendió el trigo y el vino, ganando así mucho dinero. De este modo hizo buenos negocios y ganó otro talento.

Pero el tercer siervo, al contrario, no tenía ganas de trabajar. ¡No voy a esforzarme! Pensó. Y además, ¡mi señor no me ve, porque esta de viaje! Todo el día hizo el vago, durmiendo en el campo. ¿Y qué hizo con el talento que su señor le había dado? Cavó un hoyo en el campo y escondió en él su talento. ¡Ya esta! pensó, ahí nadie me lo robará y cuando venga mi señor le daré su talento. No podrá hacerme reproches.

Finalmente volvió el señor de su viaje; enseguida hizo llamar a sus siervos. El primer siervo, que había recibido cinco talentos, dijo:

señor, he ganado cinco talentos más, ahora tengo diez talentos. ¡Eres buen siervo!, le dijo el señor, y el siervo recibió una recompensa.

Se acercó el segundo siervo, que por su trabajo había ganado dos talentos más, de modo que ahora tenía cuatro. También este siervo fue alabado, y también recibió una recompensa.

Y finalmente viene el tercer siervo. Señor, dijo, recibí de tí un talento; mira, aquí tienes lo que es tuyo. Escondí el talento en un hoyo en el campo, temiendo que me lo robaran, conociendo yo que eres muy estricto. Y diciendo esto, puso la bolsa con el dinero delante de su señor. Pero el señor movió la cabeza y respondió: Eres siervo malo y negligente, no tenías ganas de trabajar y por eso escondiste el dinero. ¿Por qué no has puesto mi dinero en el banco? En este caso lo hubiera recibido con el interés correspondiente, pero no has ganado nada para mí. No fue alabado este siervo negligente; al contrario, fue metido en una cárcel oscura. La pena de su negligencia fue muy severa.



Ya entendéis que esta parábola tiene una significación más profunda. Vosotros también habéis recibido talentos de parte del Señor. No recibisteis un saco lleno de dinero, pero tenéis dones. Uno recibió de Dios una inteligencia muy grande, otro recibió una salud vigorosa, de modo que podéis estudiar y trabajar muy bien. ¿No son bendiciones? Hay muchos niños que tienen que vivir con algún defecto...

¿Qué hacéis con los dones de Dios? ¿Aprovecháis estos dones en el servicio del pecado? ¿Os ha dado el Señor los dones para esto? ¡Claro que no! Tenéis que hacer uso de vuestra salud, de todas las fuerzas, de la inteligencia, en el bendito servicio del Señor. Un día tendréis que dar cuenta del uso que habéis hecho de todos los dones de Dios en esta vida. Sin embargo, el uno recibió más dones que el otro, pero hemos de aprovechar lo que recibimos para la gloria de Dios; éste es vuestro deber y vocación. No ha sido fácil este capítulo, amigos y amigas, pero espero que hayáis comprendido la significación del mismo.

## Capítulo 73

# EL SEÑOR JESÚS ANUNCIA ===== SU SEGUNDA VENIDA =====

**Mateo 24: 29-31**

**25: 31-46**

**Apocalipsis 20: 11-15**

**21: 1-27**

Quizás habéis oído muchas veces que la gente habla del día del juicio, ¿no? Entonces volverá el Señor Jesús sobre las nubes del cielo. Pero supongo que algunos estarán pensando: ¿Qué sucederá realmente? ¿Cómo serán todas estas cosas? Puedo deciros algo acerca de esto, pero no puedo deciros todo. Cuando el Señor Jesús estaba sentado en el monte de los Olivos, frente a Jerusalén, Él contó algo de esto y, en consecuencia, puedo deciros algo también, porque todo esto es un poco difícil.

Nadie sabe cuando vendrá ese día, ni siquiera los ángeles en el cielo. Pero, repentinamente, cuando nadie lo espere, vendrá el Señor Jesús. No vendrá solo, sino acompañado de millares de ángeles, que con Él dejarán el cielo. Estos espíritus puros y santos estarán con Él. Y todo esto no sucederá de una forma oculta, callada, sino que toda la gente del mundo lo verá.

Se puede leer en la Biblia que la segunda venida del Señor Jesús será con gran poder y gloria. Vosotros comprenderéis que nadie puede decir con exactitud lo que sucederá, esto está escondido para nosotros. Pero toda la gente, todas las generaciones del mundo le verán, temblando y temiendo. Los impíos llorarán y gritarán de angustia y miedo. No solamente los vivos lo contemplarán, también los muertos serán resucitados. Todos los hombres que han vivido desde el comienzo del mundo hasta el último día vivirán de nuevo, se abrirán los sepulcros. ¿Cuántos marinos han encontrado la muerte en el mar?. Pues, también el mar dará los muertos que hay en él. ¡Imagináoslo! ¡Qué muchedumbre habrá entonces en la tierra! ¿Viejos y jóvenes, pequeños y grandes! La tierra estará repleta de gente mientras se oye el toque de la trompeta. El mismo Jesús, que fue rechazado por la gente aquí en la tierra, que nació en un establo, que vivió en la despreciada Nazaret, estará sentado como Rey en el gran trono blanco, en las nubes del cielo.

Le verán también los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas que le insultaron como engañador y seductor. Aquí, en la tierra, no querían creer que Él era el Hijo de Dios, pero entonces tendrán que creerlo, lo verán con sus propios ojos.

Será un día terrible y espantoso para todos los impíos, porque Jesús no sólo vendrá como Rey de Israel, sino también como Juez. Cada uno será juzgado.

Todos los hombres son pecadores y, sin embargo, esta muchedumbre estará dividida en dos grupos. Lo harán los ángeles por mandato del Señor. Un grupo será puesto a la derecha de Jesús, el otro grupo será puesto a la izquierda. En la derecha estarán los hijos de Dios, los piadosos, y en la izquierda los impíos.

¿De dónde viene esta diferencia? De que el Señor Jesús ha cargado con los pecados de los suyos. Por todos ellos ha sufrido la pena. Él fue clavado en una maldita cruz y, en consecuencia, llevó sobre sí la maldición de su pueblo. Jesús sufrió las

angustias infernales en su alma y, por eso, ellos son liberados. Serán absueltos en el gran juicio. Jesús sufrió la pena que ellos merecieron y entrarán a la gloria eterna, no por sus buenas obras, sino por Gracia.

Ahora viven conversos e inconversos confundidos en el mundo, pero luego será hecha la separación. Quizá verás a tu piadoso padre, madre, abuelo o abuela, puestos a la derecha de Jesús. En la palabra de Dios podemos leer que las ovejas y los cabritos serán separados. Las ovejas son el pueblo de Dios, los cabritos son los inconversos. Pensad seriamente esto.

Ahora, cuando llamas a tu madre, aunque sea a medianoche, viene. Ahora te ayuda y cuida. Pero, en el gran día del juicio, si no te conviertes antes, gritarás también, pero ella no vendrá. Si tienes una madre creyente, no te oírás, porque estará completamente unida con la santa voluntad de Dios. ¡Qué cosa más terrible!. Ahora tus padres oran por ti, pero entonces ya no orarán más, porque habrá pasado el tiempo de la Gracia. Los justos serán absueltos por los méritos de Cristo. La sentencia para ellos será: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." ¿Qué reino recibirán? El reino celestial, el reino de la gloria eterna. De allí huirán la tristeza y el llanto, allí limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos. Nadie dirá: Estoy enfermo; allí no habrá noche. Allí cantarán eternamente para la gloria de Dios y de su Salvador, que los compró con su Sangre.

Pero, también los impíos, los inconversos, recibirán justa sentencia. Los libros serán abiertos. Esto significa que todos sus pecados, sus malos pensamientos, sus palabras pecaminosas, sus malas acciones, volverán a su memoria. Sus conciencias se despertarán y ellos temblarán de angustia. No podrán dar ni una respuesta a mil preguntas por haber rechazado la llamada de Dios. No quisieron que Jesús fuera su Rey y Salvador. Siempre fueron enemigos del Señor Jesús. No, por ellos no intercederá Jesús, porque nunca le conocieron como

su Fiador y Salvador. Y la sentencia de los impíos será: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles". ¡Y ésto para siempre!. Por toda la eternidad serán atormentados los impíos en la perdición, en alma y cuerpo. Estarán separados de Dios, de los ángeles y del pueblo de Dios.

No, ésto no es una intimidación, sino solamente la verdad. No puedo decir otra cosa, porque ésta es la verdad. El gran día del juicio vendrá, pero nadie sabe cuándo.



Este día vendrá también para vosotros. Creedlo, pronto vendrá este día. ¿Vivís como cabritos?, es decir, ¿vivís inconversos en medio de vuestros pecados? ¡Cuidado!, es muy peligroso vivir inconversos. Cada día de nuestra vida puede ser el último.

Vosotros también os presentaréis ante el Tribunal de Jesús, también seréis juzgados. Pero ¿seréis absueltos? Esto se hará solamente si el Señor Jesús es vuestro Salvador, suplicad, pues, al Señor que extirpe la enemistad de vuestros corazones contra Dios, que por su Espíritu Santo os resucite de la muerte espiritual.

Así habló el Señor Jesús a sus discípulos. Ellos escuchaban silenciosos y serios. Su deseo era quizás que se realizaran las profecías de Jesús, pero... No, dice el Señor, esto acontecerá ahora, antes tengo que sufrir y morir, consiguiendo por mi muerte vuestra salvación.

Entonces se levanta el Señor, era el atardecer y camina hacia Betania, donde vivían sus amigos. Sus discípulos le siguen, callados y con caras sombrías y tristes. No quieren, ni pueden aceptar que les falte su querido Maestro, pero ya saben lo que le acontecerá. Están tristes y temerosos porque no entienden el significado de todo esto. No saben que es necesario que muera Jesús, para producir la salvación eterna, también para ellos... Más tarde lo entenderán por completo.

## Capítulo 74

# AMOR Y ODIO

**Mateo 26: 6-13**

**Marcos 14: 3-9**

**Juan 12:1-8**

En la noche de este agitado día se invita a Jesús a cenar en la casa de Simón "el leproso". Pasó el domingo, después de la entrada en Jerusalén; el lunes por la noche Jesús fue a la casa de sus amigos Lázaro, Marta y María, y en la noche del martes está invitado en la casa de Simón "el leproso". Algunos piensan que Simón antes era leproso y que fue sanado por Jesús; es muy probable que fuera así. A esta cena fueron también invitados Lázaro y sus dos hermanas. El Señor está sentado en medio de personas amigas, aquí no está rodeado de enemigos, sino de gente que le ama mucho. Aquí se siente como en su propia casa. También están presentes sus discípulos.

Cuando todos están sentados a la mesa, se levanta María, la hermana de Lázaro, y va hacia el Señor Jesús. ¿Qué va a hacer? ¿Quiere preguntar algo al Señor? No, no es esto. ¡Mirad! En sus manos tiene un vaso de alabastro con unguento de gran precio. Estos vasos tenían cuellos estrechos. Cuando uno volcaba uno de estos frascos, el unguento no salía a chorro, sino gota a gota. Cuando los judíos ricos ofrecían una cena, se ungía a los invitados con unas gotas de unguento.

-----

Ahora, María tiene uno de estos vasos en sus manos, pero... ¿qué hace?. Quiebra el estrecho cuello del frasco y derrama todo el unguento precioso sobre la cabeza del Señor Jesús, de tal modo que el unguento corre por sus vestidos y llega hasta sus pies. La casa se llena por completo del aroma del unguento. ¿Por qué lo hace? ¿No es una lástima desperdiciar este perfume tan caro? ¿No es una extravagancia?. Sí, así parece ser en realidad, pero la verdad es diferente. Se puede leer en el Evangelio según San Mateo, en el capítulo 26, lo que dice Jesús al respecto: "Lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura". Nuevamente habla de su próxima muerte... ¿Ha visto María, por la fe, que Jesús se entregará a la muerte para pagar también por los pecados de ella?. Hay una cosa muy cierta: María ama al Señor Jesús y quiere dar todo lo que tiene para Él. No solamente una gota, sino todo el frasco. Por ello vació completamente su contenido.

Se hace un profundo silencio en la sala donde se cena. De repente, cesan las conversaciones. Todos miran con sumo asombro a María. ¡Ved lo que pasa allí! Ahí está sentado Judas, uno de los discípulos de Jesús. No está de acuerdo con la acción de María. ¿No veis la mueca de descontento en su cara? La unción de Jesús le irrita, piensa que esto es una gran locura. ¡Qué lástima de un unguento tan caro!. En su opinión esto no era necesario, es simplemente un derroche ¡Se ha perdido todo el valioso unguento!, dice con voz áspera. ¿Porqué se pierde esto? Esto se podría haber vendido por más de trescientos denarios y el dinero se podría haber dado a los pobres. De esta manera nadie ha sacado provecho de esta acción. Trescientos denarios equivale, más o menos al salario que ganaba en aquellos tiempos un obrero en un año, y, por tanto, el perfume valía una gran fortuna. ¡Calcula lo que gana actualmente un obrero en un año!

No, dice Judas, mientras mueve despectivamente la cabeza; sería mucho mejor si se hubiera vendido el unguento y se

hubiera dado el dinero a los pobres para comprar alimentos o vestidos. Entonces se hubiera gastado eficazmente el dinero, pero ésto ha sido un derroche, una extravagancia.

Sí, tiene razón Judas. ¿Qué dices a esto? También algunos otros discípulos murmuraban contra María. Asentían con sus cabezas a las palabras de Judas. También se enojaron diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Creen que esta acción ha sido una exageración.

Quizá, María, se ruborizó con tantos reproches. Sin duda, sus intenciones fueron buenas, pero, cuando ve estas miradas enfadadas, cuando oye estas palabras llenas de reproche, no sabe qué responder. Pero no necesita decir una sola palabra porque el Señor la defiende. Escuchad lo que dice: “¿Por qué reprocháis a esta mujer? ¿Por qué pensáis mal de su acción? Pues ha hecho conmigo una buena obra. Siempre tendréis pobres con vosotros, más a mí no siempre me tendréis. Es posible dar limosna a los pobres en otras ocasiones. Pero ella lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura”

Callan los discípulos. Cuando su Maestro defiende a María no se atreven a decir nada y, por tanto, callan. Judas también calla, pero, mirad con qué ojos mira a Jesús. En estos ojos hay un pérfido brillo. ¡En estos ojos reluce el odio más profundo!

**Mateo 26: 3-5**

**Marcos 14: 1-2**

**Lucas 22: 1-2**

Ya sabéis que el sanedrín resolvió matar a Jesús. Habían llegado a esta decisión después de que Jesús resucitó a Lázaro de los muertos. En esta ocasión lo había dicho Caifás: Conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda. Pero había un gran problema: ¿cómo capturar a Jesús?.

Cada vez que Jesús venía a Jerusalén, los ancianos celebraban una junta; ahora faltan pocos días para celebrar la Pascua y es la ocasión más conveniente para arrestarle, pero no se atreven a hacerlo por miedo del pueblo. Miles de galileos están en Jerusalén, y éstos piensan que Jesús es profeta. No, ahora es imposible, es menester tener paciencia. El Sanedrín decide que capturen a Jesús, este seductor, después de la Pascua, cuando los galileos hayan salido de la ciudad. Ahora no se atreven a hacerlo porque puede ser posible que estalle una sublevación.

Y además, ¿qué motivos tienen para arrestarle?. En todo caso, es necesaria una acusación. Para el Sanedrín es un caso muy difícil y no encuentran una solución. No creen que sea el Mesías; cuando dice que Él es Hijo de Dios, lo consideran horrible y blasfemo. El hijo de José el carpintero, del despreciable Nazaret, ¿va a ser el Hijo de Dios? ¡Imposible!. Pero... ¿qué significan todos los milagros y señales?. Es para los ancianos una cosa muy difícil, no comprenden esos enigmas.

**Mateo 26: 14-16**

**Marcos 14: 10-11**

**Lucas 22: 3-6**

Probablemente, el Sanedrín fue reunido otra vez en miércoles, el día después de la unción del Señor en Betania. Están sentados los ancianos en la sala con Caifás hablando del Nazareno. De nuevo llamea el odio violento en sus corazones, un odio que procede de su miedo. De repente, llaman a la puerta, entra un hombre. Miran los miembros del Sanedrín muy asombrados al visitante. ¿Qué tiene él que hacer aquí? Porque... este hombre es uno de los discípulos de Jesús ¡Es Judas Iscariote! Hay un gran silencio, y, con miradas inquisitivas, esperan una explicación de Judas.

-¿Cuánto me dais y yo os lo entregaré? ¿Qué recompensa me dais si os presento el lugar y el momento oportunos para

que podáis arrestarlo sin peligro? Así habla Judas, el discípulo de Jesús, mientras sus ojos brillan ladinamente. En los rostros de los príncipes de los sacerdotes aparece el rasgo de alegría. ¡No habían contado con esto! No habían calculado tal acontecimiento. Reina la alegría en sus corazones. ¡De pronto se sienten liberados de un gran peso! Empieza una conversación y después de algunas deliberaciones, se ponen de acuerdo. Darán a Judas treinta piezas de plata.

¡Treinta piezas de plata era el precio de un esclavo! ¡Se vende al Señor Jesús por el precio de un esclavo! ¡No vale más ante sus ojos! ¡Terrible!



*¿Qué me queréis dar?*

¿Pero sabéis lo que no pensaban los fariseos y los escribas?  
¡No pensaban en la profecía de Zacarías!. El había profetizado

este acontecimiento. Está escrito en Zacarías 11:12: "Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata." Había profetizado Zacarías que se vendería a Jesús por treinta piezas de plata, y esta profecía se cumple literalmente. Podríamos pensar: ¿Cómo es posible que estos escribas, gente de mucho conocimiento bíblico, no lo vean?. Parece que están ofuscados.

Conviene que Judas les advierta del momento oportuno y que sea el guía que les conduzca al lugar. Desde allí vuelve el discípulo desleal a Betania. Los miembros del Sanedrín vuelven a sus casas. Es posible que, en su locura, hayan visto en la llegada de Judas la mano del Señor y que hayan "agradecido" al Señor esta ayuda inesperada. ¡Quién lo diría! Terrible, ¿no?

No, esto no ha sido hecho por la mano del Señor, sino por la mano de Satanás. Judas no fue movido por el Espíritu de Dios, sino por un poder infernal. Cierto que la muerte de Jesús fue determinada por el consejo de Dios. Dios lo permitía porque Jesús tenía que morir por todos los que serían hijos de Dios. Pero... Judas fue perfectamente responsable de su traición diabólica. Y también los miembros del Sanedrín fueron responsables de sus pecados.



Quizás algunos piensen: ¿Por qué Judas traicionó tan repentinamente a su Maestro ante el Sanedrín? Bueno, no aconteció esto "repentinamente". ¡Escuchad!. Cuando Jesús llamó a sus discípulos lo dejaron todo y le siguieron. Creyeron que Jesús era verdaderamente el Mesías, el Rey de Israel. Amaron al Señor, recibieron un corazón nuevo. Cuando Jesús llamó a Judas, también siguió a Jesús, pero sin amar a Jesús. Judas no tenía corazón nuevo. ¿Por qué siguió a Jesús?. Judas pensaba que el Mesías expulsaría a los romanos y que reinaría como Rey en Jerusalén. Judas esperaba, como casi todos los judíos, un reino terrenal. Cuando el Señor Jesús hacía tantos milagros, pensaba: Quizás es el Rey. Creía esto no con la fe verdadera, sino sólo intelectualmente.

Pensaba: Cuando Jesús llegue a ser Rey en Jerusalén, yo seré miembro de su gobierno, como uno de sus amigos más íntimos. ¡Jesús me hará un hombre rico! Ser rico, ése era el gran propósito en la vida de Judas. En sus pensamientos ya vivía en Jerusalén, en un palacio magnífico, honrado y tratado con respeto por el pueblo judío. Judas no siguió a Jesús por amor, sino solamente para ser rico, buscaba su propia honra. Sus intenciones eran encaminadas para su propio beneficio. Pero... En vez de dar la bienvenida y de honrar a Jesús como Rey, los fariseos y los ancianos le odiaron. Siempre trataron de matarle y, al fin, Judas se inquietó. ¿Se había equivocado?. Pero cuando Jesús hacía un milagro, crecía la esperanza en el corazón de Judas. Así alternó este discípulo el trato con Jesús, vacilando entre la esperanza y el miedo.

Crecía la enemistad de los fariseos continuamente. Cuando el Señor mismo dice cómo al fin sería matado, que padecería y moriría, salta el despecho en el corazón de Judas. ¿Por qué? Porque le faltaba el verdadero amor, porque solamente buscaba su propio honor y provecho. Sin embargo, se dominó y esperaba que todo mejorase. Y cuando Jesús entra en Jerusalén, cuando exclama el pueblo: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!, es, probablemente, Judas quien más grita esperando que le oiga Jesús.

¡Por su diligencia sería recompensado abundantemente! ¡Claro que Judas estaba muy alegre ese domingo! Ocupaba Judas un lugar destacado entre los otros discípulos, era honrado y respetado por ellos. De vez en cuando Jesús recibía dinero de sus seguidores para comprar alimentos. En la Biblia se puede leer que "le servían de sus haciendas". Judas guardaba este dinero porque llevaba la bolsa. Nosotros diríamos que era el tesorero. Todo lo que Jesús recibía le era entregado a Judas y él pagaba todos los gastos. Pero anidaba en su corazón el instinto de ser rico, tan hondamente, que de vez en cuando, era un ladrón. El Señor Jesús lo sabía, pero callaba. ¡Qué paciencia ha demostrado Jesús con Judas! ¡y qué paciencia demuestra Jesús con vosotros!

En este alegre domingo pensaba Judas: ¡Por fin, Jesús, será coronado Rey! ¡No se equivocó! Pero, para su gran disgusto y desengaño, nada ocurrió. Por la noche Jesús salió de Jerusalén marchando a Betania. Y durante los días siguientes no fue proclamado Rey; en cambio, ¡el odio de los fariseos creció!

Cuando el martes por la noche María unge a Jesús, Judas se opone a este hecho porque si hubiera recibido él este dinero, podría haber robado una porción de la suma sin que se descubriera. Por eso reprocha a María lo que ha hecho. Además, Jesús defiende a María, y esto, ¡le es insoportable!. Cuando oye que Jesús habla de su sepultura, se frustran sus esperanzas. ¡No será rico, ni noble! Deberá llevar el oprobio de su Maestro, todo ha sido en vano. Un odio feroz e indómito salta en el corazón de Judas. ¡Se siente engañado!

En la Biblia podemos leer que entró Satanás en Judas, y esto significa que Satanás le incitaba contra Jesús. ¡Se vengará de Jesús!. Con furor ciego corre –muy probablemente el miércoles- al Sanedrín, y... vende a su Maestro por treinta piezas de plata. Cuando vuelve a Betania, una mucca infame hay en su cara. De esta manera recibe, por lo menos, algo. ¡Tendrá dinero! Ya podemos comprender que este odio no ha nacido repentinamente, sino que ha crecido en el corazón de Judas.

Aparentemente muy tranquilo, vuelve, un poco más tarde a Jesús y a los otros discípulos y trata de comportarse normalmente. ¡Es necesario que no sospechen nada!. Piensa: Nadie ha visto lo que hice, ¡ni dónde he estado! Pero... se equivocaba: hay Uno que lo sabe todo. El Señor Jesús lo sabe perfectamente, sabe la traición infame de su discípulo desleal. Pero... el Señor ni le colma de reproches, ni lo dice a los otros discípulos; no, Jesús calla. El Salvador concede al traidor tiempo para arrepentirse. Calla para dar a Judas la ocasión de volver a Él arrepentido. ¡Qué paciencia la del Señor!, ¿no?. Sin embargo, en el corazón de Judas no anida el arrepentimiento; al contrario, ni piensa deshacer su traición. Espera el momento conveniente para entregar a Jesús al Sanedrín. Y, entonces, ¡habrá ganado su dinero!.

## Capítulo 75

### ===== “Y ERA DE NOCHE...” =====

**Mateo 26: 17-19**

**Marcos 14: 12-16**

**Lucas 22: 7-13**

El jueves por la mañana dos hombres salen del pueblo de Betania, tomando el camino hacia Jerusalén. ¿Quiénes son? ¡Mirad bien!. Son Pedro y Juan. ¿A donde van y qué piensan hacer?

Como ya os he narrado, el Señor Jesús fue ungido en la noche del martes por María en la casa de Simón el leproso. No sabemos qué haría el Señor el miércoles. ¿Ha hablado con sus discípulos de su muerte cercana, o ha pasado este día en oración? No lo sabemos. Quizás ha hecho ambas cosas.

El jueves por la mañana unos discípulos le preguntan: ¿Dónde quieres que vayamos a disponer para comer la Pascua? Le recuerdan que ha ido a Jerusalén para celebrar la Pascua. Como respuesta a esta pregunta, Jesús manda a dos de sus discípulos, Pedro y Juan, ir a Jerusalén y prepararlo todo allí. Pero... ¿dónde tienen que hacerlo? Al menos necesitan una sala.

Pues bien, Jesús les dice que cuando entren en la ciudad tienen que seguir a un hombre que lleva un cántaro de agua, y en la casa les será mostrado un gran cenáculo. ¿Por qué no identifica Jesús exactamente la casa y la calle? No lo podemos

decir con certeza, pero es muy posible y así mismo probable que lo hizo por causa de Judas. Jesús sabía que Judas esperaba el momento conveniente para entregar a su Maestro al Sanedrín. Si Judas hubiera sabido exactamente las señas, podría informar al Sanedrín y, de este modo, podrían asaltar a Jesús en el cenáculo. Y no quería esto, no quería que la comida de la Pascua fuera interrumpida.

Además no quería ser tomado por asalto por sus enemigos, sino que se rendiría voluntariamente. Es muy posible que Jesús no indicase la dirección por este motivo. Sea como fuere, los dos discípulos van a Jerusalén, mientras El queda con los otros en Betania.

Cuando Pedro y Juan entran en la ciudad, efectivamente, ven a un hombre que lleva un cántaro de agua. Siguen a este hombre, y cuando éste entra en casa, ellos entran también. Cuando el señor de la casa se vuelve y les mira, los discípulos dicen: El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos? Al momento, el hombre señala un gran cenáculo completamente preparado.

¿Cómo sabe este hombre quién es "el Maestro"? Ni siquiera sabemos quién era este hombre, porque la Biblia no nos lo dice. Hay algunos que dicen que fue el cenáculo de Nicodemo. Una cosa es muy cierta: Ese hombre conocía a Jesús y no era enemigo suyo, porque en caso contrario no habría puesto el cenáculo a disposición de Jesús. Caifás, por ejemplo no hubiera sido tan amable como para hacer tal cosa, ¿verdad?

Enseguida Pedro y Juan comienzan a trabajar. Se mata y asa el cordero pascual, se preparan las hierbas amargas. Cuidan de que haya vino. En una palabra, se prepara todo lo que se necesita para la comida de la Pascua. Por fin, todo está arreglado. La mesa está puesta, los bancos están alrededor de la mesa, las lámparas están llenas de aceite, las vasijas para el agua cerca de la puerta conteniendo mucha agua; nada falta.

Entretanto ha anochecido. Pedro y Juan esperan la venida de su Maestro. No tienen que esperar mucho tiempo, pues muy pronto llega Jesús con sus discípulos y todos se sientan.

**Mateo 26:20**

**Marcos 14: 17**

**Juan 13: 1-20**

Mirad, el Señor Jesús está sentado con sus doce discípulos alrededor de la mesa. Los discípulos se miran los unos a los otros. Hay un silencio profundo... ¿Por qué?. Porque es necesario que se haga algo que nadie tiene ganas de hacer.

Cuando los judíos iban a comer era costumbre que primero se lavaran los pies. En el país de Canaán se caminaba con sandalias y, en consecuencia, los pies estaban siempre llenos de polvo. Era, pues, necesario lavar los pies, pero... eso era un trabajo que hacían los esclavos ya que era un trabajo despreciable. Aquí, entre ellos, no hay ningún esclavo y, sin embargo, los pies han de ser lavados.

Es un caso difícil... Ninguno de los discípulos tiene deseos de hacerlo. Quizás piensa Pedro: ¿Por qué yo? Hay otros discípulos que pueden hacerlo. Lo mismo están pensando los demás discípulos. Nadie quiere hacer este trabajo despreciable que realizan los esclavos... Se miran, esperando que el otro haga este trabajo. Pero esto no ocurre. Entonces se ponen a discutir, preguntándose quién es el mayor. Naturalmente a este será dado el mejor lugar y no tendrá que lavar los pies de los otros. ¡Qué escena más triste!

En ese momento tan serio en que los discípulos están discutiendo sobre quién de ellos es el mayor, de repente termina la discusión y se hace un profundo silencio. Los discípulos se miran con una mirada embarazosa y avergonzada. ¿Por qué? ¡Mirad lo que suceda!

Cuando discutían los discípulos, hablando palabras vanas y celosas, se levantó Jesús, se quitó su vestido de lino, su ropa y, tomando una toalla, se ciñó. Luego llena un lebrillo de agua y dobla la rodilla a los pies de uno de los discípulos.

Cuando nadie quería lavar los pies, el Rey de Israel, el Creador del cielo y de la tierra, hará este trabajo de esclavos. Sus discípulos son más orgullosos como para hacerlo, pero El

se humilla. No por obligación, sino voluntariamente. ¿Qué pasa en los corazones de los discípulos? Por supuesto, están profundamente avergonzados.

Vacilantes extienden sus pies hacia su querido Maestro. Este los lava y, luego, los seca con una toalla. Nadie tiene el valor de mirarle. Unos tras otro van extendiendo sus pies para ser lavados; también Judas, el traidor. No, el Señor Jesús no le pasa por alto, no tiene ningún odio hacia él, Jesús lava sus pies. Y cuando Jesús, por fin, viene a Pedro, éste no puede callar más.

Estalla: ¡Señor, Tú no me lavas los pies! ¡No lo harás! No, no quiero esto, nunca permitiré esto. ¿Tiene su Maestro, al que ama tan profundamente, que hacer para él el trabajo de un esclavo? ¡No, nunca!. Quizás sintió no haberse levantado antes para limpiar los pies de los demás. Jesús le respondió tranquilamente: Pedro, ahora no entiendes nada, más lo entenderás después. Pero Pedro mueve la cabeza decididamente y suenan violentamente las palabras de su boca: ¡No me lavarás los pies jamás!. Nunca lo permitiré. Pero Jesús le respondió: Si no te lavare no tendrás parte conmigo.

¿Qué? ¿No tener parte con Jesús? ¿Vivir sin el vínculo de Jesús? No, tampoco es posible esto. Pedro no puede vivir sin su Maestro. Señor, le dice Pedro decididamente; si significa esto, lávame enteramente, no sólo mis pies, más aún, las manos y la cabeza. No, esto no es necesario, dice el Salvador, basta lavar los pies.

Por fin Jesús termina. Vierte el agua sucia, cuelga la toalla, toma su ropa y se sienta de nuevo. Entonces les explica Jesús por qué les ha lavado los pies. Les ha dado un ejemplo. No tienen que discutir acerca de quién de ellos será el mayor, sino que tienen que lavarse los pies unos a otros. Esto quiere decir que tienen que servir, estimándose inferiores unos a los otros.

Es también una lección para nosotros. Cuando es necesario hacer algún trabajo en casa, en el colegio o donde quiera que sea, ¿piensas que tu hermano o hermana tiene que hacerlo? Este vil orgullo está también en nuestros corazones.

También la limpieza de los pies se refiere a la remisión de los pecados. Como el polvo de los pies de los discípulos fue lavado por el agua, así tienen que ser lavados nuestros pecados por la Sangre del Salvador.

**Mateo 26: 21-25**

**Marcos 14: 18-21**

**Lucas 22: 21-23**

**Juan 13: 21-30**

Cuando Jesús les pregunta: ¿Comprendéis lo que he hecho? Los discípulos no dicen mucho en respuesta a las palabras de Jesús. Están muy avergonzados. Después de las palabras explicativas del Señor sigue un gran silencio. El Señor está conmovido. ¿Por qué? Escuchad. De repente sale de la boca del Salvador esta frase: "De cierto os digo que uno de vosotros me entregará"

Los discípulos se asustan mucho cuando oyen estas palabras. Desconcertados y con miradas temerosas ponen sus ojos fijamente en Jesús. ¡Un traidor entre ellos! ¿Quién podría ser? No confían en sí mismos y un pensamiento muy amargo se fija en sus corazones: ¡Que no sea yo! No, ahora no piensan que son muy buenos, incapaces de hacer tal bajeza, no piensan que no sean capaces de parecida acción. Por el lavamiento de sus pies han recibido una lección formidable. Vacilantes y tímidos preguntan el uno después del otro: ¿Soy yo, Señor?

Judas también se asusta, y con mirada inquisitiva contempla a Jesús. ¿Sabría el Señor alguna cosa? No, no es posible, nadie ha visto que visitara al Sanedrín. Y los demás no deben notar que está pasando por un momento de confusión. ¿Qué pensarían de él? Descaradamente mira a Jesús y pregunta con impertinencia: ¿Soy yo, Maestro? ¡Oh Judas! ¿Cómo te atreves a preguntar esto? La verdad es que Judas se atreve a todo y no retrocede ante nada.

En voz baja Jesús le dice: "Tú los has dicho". Es decir, sí. En un momento Jesús hace saber a Judas que lo sabe todo, que es Dios. Quizá los otros discípulos no han oído la respuesta de Jesús; de todas maneras no lo han entendido. Aún respeta Jesús al traidor. No delata a Judas públicamente, aún existe para Judas la ocasión de reconocer su pecado.

Muy cerca de Jesús está sentado Juan, y Pedro hace señas a Juan para que pregunte a Jesús quién era el traidor. Juan recostándose sobre el pecho de Jesús, le dice: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús en voz baja: Aquel a quien yo diere el pan mojado. Y tomando el pan, lo moja en las hierbas amargas, y lo da a... Judas.

Y... ¿dobla la cabeza con vergüenza? ¿Estalla en llanto? ¿Pide, temblando, perdón a Jesús? No, leed lo que escribe Juan acerca de esto: "Y tras el bocado, Satanás entró en él" Judas mira a su Maestro violentamente, descubre ahora que Jesús conoce todos sus pensamientos e intenciones, pero esto no le humilla; al contrario, se opone al Señor: ¡Brilla el odio en sus ojos! Descaradamente acepta el bocado que Jesús le da, y cuando Jesús le dice: "Lo que has de hacer, hazlo pronto", se levanta de la mesa y se marcha, temblando de ira.

Los discípulos que aún no lo entienden, piensan que va a comprar lo que necesitaban para la fiesta, o que va a dar algo a los pobres, y le siguen con la vista. Ven que abre muy fuertemente la puerta y corre afuera y desaparece en la noche oscura. "Y era ya de noche", leemos en la palabra de Dios. Ciertamente, había ya anochecido, se había puesto el sol hacía muchas horas. Afuera era noche, pero también era noche en el alma de Judas. ¡Qué paciencia le había mostrado Jesús! ¡Qué amonestaciones! Hacía poco que Jesús había dicho: "¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre sea entregado!". Fue esta la última amonestación, pero todo fue en balde. Judas perseveraba en el pecado, no se dejaba amonestar. Fue una presa de Satanás, y, esto, deliberadamente.

Terrible ¿verdad? Vosotros también sois amonestados contra el pecado un día y otro día, en la iglesia, quizás en el cole-

gio, en casa. Y... ¿cuál es vuestra respuesta? ¿Reís y os burláis de todas las amonestaciones? ¿No os afligiréis por nada? ¡Pobres, pobres, en este caso! Ahora la puerta de la Gracia está abierta, pero esto no durará para siempre. Una vez vendrá el último día y si morís inconversos, teniendo que comparecer delante de Dios, será de noche para siempre. Entonces comenzará la noche eterna ¡Qué terrible!

Que el Señor os conceda ver la seriedad de la vida, de manera que ahora, en el día de salvación, supliquéis Su misericordia. Que el Señor bendiga la lectura de esta historia en vuestros corazones.

---

## Capítulo 76

# LAS ÚLTIMAS PALABRAS = DE JESÚS A SUS DISCÍPULOS =

**Mateo 26: 26-29**

**Marcos 14: 22-25**

**Lucas 22: 17-20**

Ha marchado el traidor. Con odio y furor en su corazón salió se la sala donde celebraran la Pascua, y se apresura por las oscuras calles de Jerusalén hacia donde están los ancianos. Va a decirles que ahora es el momento conveniente para arrestar a Jesús de Nazaret.

Regresemos a la casa donde Jesús y sus discípulos celebran la Pascua. El cordero pascual prefiguraba al Mesías, que derramaría Su sangre por los pecados de Su pueblo. Durante siglos y siglo los judíos mataron y comieron este cordero. Para los judíos inconversos era esta una costumbre, nada más. Pero los judíos que temían a Dios, veían por la fe al Mesías venidero, que pagaría por sus pecados, llevando la maldición que estaba sobre ellos. Aquí, en la sala de la Pascua, Jesús come por última vez el cordero pascual con sus discípulos. El Señor, que no tiene pecado, toma la Pascua. No para sí mismo, porque no necesita la sangre purificadora del Salvador. Cuando toma la Pascua lo hace por los suyos, como Fiador y Salvador.

Después de comer el cordero pascual, Jesús tomó el pan, lo partió, y dio a sus discípulos con las siguientes palabras: "Tomad. Comed, esto es mi cuerpo" Y después tomó la copa y, dadas las gracias, la dio también a sus discípulos, diciendo: "Esta copa es mi sangre del nuevo pacto. Bebed de ella todos" ¿Por qué el Señor lo hace? ¿Qué significación tiene?. Responderéis: Jesús instituye la Santa Cena.

En el Antiguo Testamento no existía la Santa Cena. Hasta ahora los judíos celebraron cada año la Pascua. Se mataba el cordero pascual. Había que derramar sangre, que prefiguraba la sangre del Salvador venidero. Pero ahora morirá el Cordero de Dios, Jesús. Está a punto de entregarse a la muerte, su Sangre correrá en el monte del Gólgota. Cuando Jesús haya muerto, habrá expiado los pecados de todo su pueblo. En lo sucesivo no será necesario que muera el cordero de la Pascua, no es necesario tampoco que sea derramada más sangre. Por esto, termina la celebración de la Pascua, y, en vez de esto, Jesús establece la Santa Cena.

En los dos símbolos del Antiguo Testamento, la circuncisión y la Pascua, era derramada sangre; pero, con los dos del nuevo testamento, el bautismo y la Santa Cena, no se derrama sangre.

La Pascua de antes y la Santa Cena de ahora tienen la misma significación, ambos símbolos hacen referencia al Salvador. El pan que es partido en la Santa Cena simboliza el cuerpo del Señor Jesús y el vino que es contenido en la copa, su preciosa Sangre, que fue derramada en el monte del Gólgota.

Dicen los católicos que el pan se cambia verdaderamente en el cuerpo de Jesús y que el vino se transforma en su sangre. Esto no es verdad, es falso. El pan permanece siendo pan y el vino sigue siendo vino, pero estas señales son símbolos del cuerpo y de la sangre del Salvador.

**Mateo 26: 31-35**

**Marcos 14: 27-31**

**Lucas 22: 31-34**

**Juan 13: 36-38**

Después de la celebración de la Santa Cena dice el Señor Jesús: ¡Todos os avergonzaréis de mí esta noche! Porque escrito está en el Antiguo Testamento: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. Es como si dijera el Señor: Todos os sentiréis defraudados por mí. Seré quitado de vosotros y seréis dispersados. Con miradas sorprendidas miran los discípulos al Señor. ¿Qué quiere decir con estas palabras? ¿Escandalizados? ¿Por qué? ¿Jesús será llevado? ¿A dónde? ¿Cómo es posible? ¿Qué acontecerá? No lo saben y, ¡Puedes estar seguro de que estaban muy tristes!

Pero el Señor Jesús dice algo más. Les dice que la separación no será definitiva, no será para siempre, ¡no! Resucitará de los muertos, y después irá a Galilea, dice: "Iré delante de vosotros a Galilea". Tienen que seguirle y allí verán a su querido Maestro. Los discípulos oyen estas palabras, pero no entienden nada. No saben absolutamente nada de lo que les dice Jesús.

Uno de los discípulos, sin embargo, mueve la cabeza, decididamente. No cree las palabras del Señor Jesús. ¿Quién es? ¿Lo sabéis? Este hombre es... ¡Pedro! ¿Cómo? ¿Avergonzado él? ¿Ser defraudado por su Maestro? ¡No habrá nada de eso! Él, que ama tanto a su Maestro, ¿se avergonzará? No. ¡Ahora se equivoca el Señor! Sí, es posible que los otros discípulos se avergüencen, pero él, Pedro, ¡nunca! ¡No! Al contrario, defenderá a su Maestro, aunque le cueste la vida. Y esto no solamente lo piensa, sino que también lo dice.

Leed lo que dice San Mateo acerca de esto: "Aunque todos se avergüencen de Ti, yo nunca me avergonzaré". En este momento lo afirma Pedro con toda sinceridad. Cree ciertamente que él no será capaz de tal bajeza. El Señor Jesús mira a su discípulo y responde seriamente: "De cierto, de cierto te digo: no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces" Jesús amonesta a Pedro a no tener tan grandes pensamientos acerca de sí mismo.

Es como si dijera el Señor: Oh, Pedro, ahora piensas que por tus propias fuerzas querrás dar tu vida para defenderme. Pero te equivocas; cuando venga el peligro olvidarás tus palabras de ahora. Entonces me dejarás y, para salvarte a ti mismo, me negarás, no sólo una vez sino tres veces, que no me conoces, que soy

un desconocido para ti. Pero el Señor Jesús añade unas palabras a su profecía: ¡Oíd! "Yo he rogado por ti, que tu fe no falte."

¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir Jesús con estas palabras? Sabe Jesús que Pedro le negará, pero después se arrepentirá de su terrible pecado, Llegará casi a desesperarse de vergüenza y tristeza por su delito. Estará muy cerca de la desesperación, y si el Señor Jesús no orase por él, cogería la soga para suicidarse. Pero esto no ocurrirá. No será un suicida. ¿Por qué no? El Señor le guardará de esto. Y Pedro no se perderá, porque rogó su Salvador que su fe no faltase.

Precisamente Pedro, el que piensa que ama más al Señor que todos los otros discípulos, pecará de una manera más terrible que los demás. Los otros discípulos serán escandalizados en su Maestro, serán defraudados en Él y le abandonarán, pero Pedro, además le negará tres veces. ¿Y cree Pedro lo que le profetiza Jesús? ¡Oh no! Quizás, ha sonreído con incredulidad. Su Maestro piensa demasiado mal de él. No, no es tan malo. ¡Qué ocurrencia! Oíd lo que responde a la seria amonestación del Señor "Señor" dice, y suena muy fuerte su voz, "aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré" Los otros discípulos tampoco creen las palabras el Salvador. No pueden creer que serán escandalizados en su querido Maestro. Todos le aseguran que le defenderán en la hora del peligro. Repelerán a todos los que se atrevan a hacerle daño. Lucharán como leones para salvar a su Maestro, sus muchos enemigos no le atraparán en sus manos.

¿Cuidarán ellos de eso?

### **Juan 14: 15-16**

Durante esa noche el Señor Jesús habló mucho más a sus discípulos. Voy a mencionar brevemente unas cosas.

Les dijo que sería quitado de entre ellos. Quedarían tristes, muy tristes, pero después de la tristeza se llenarán de alegría.

Aseguraron los discípulos que quieren dar sus vidas para defender a Jesús, pero el Señor Jesús dice lo contrario. No, dice seriamente, no daréis vuestras vidas por mí, porque todos me dejaréis, huyendo de mí, dejándome solo. Pero Yo daré mi vida por vosotros, llegando a la muerte para que tengáis la vida eterna. Padeceré y moriré para librarnos de la ira de Dios. Pagaré y llevaré la deuda y la mancha del pecado.

Los discípulos miran a su Maestro con ojos asombrados. No comprenden la significación de las palabras de Jesús. De buena gana quieren ayudarle, hacer algo por Él. Necesitan comprender que no pueden hacer nada. El, solamente El, llevará la ira de Dios contra los pecados. También profetiza el Señor que serán odiados por el pueblo judío. Como odiaron a Jesús, odiarán también a sus discípulos. Los seguidores del Rey de Israel serán echados en la cárcel, e incluso algunos de ellos serán muertos. Mas, dice el Señor, "Confíad, yo he vencido al mundo". Esto significa: cuando estas cosas acontezcan, no perdáis la confianza, no estéis tristes. No penséis que Yo os he dejado, porque nunca os dejaré. Muy pronto el Señor Jesús ascenderá al cielo, pero desde el cielo cuidará de sus discípulos. Y cuando sean muertos les llevará a su gloria eterna. Tratad de recordar lo dicho y leed los correspondientes capítulos en la Palabra de Dios.

No solamente cuidará el Señor Jesús de sus discípulos, sino que también cuidará de todo su pueblo, de todos los suyos. Les guardará y como consecuencia, el pueblo de Dios es muy feliz. Tienen un Rey en los cielos que les protege y guarda. Su Salvador vigila por el bien de ellos. Los impíos no tienen este gran privilegio, no tienen un rey en el cielo que les cuide, proteja y guarde. No, sirven a otro príncipe, el diablo. Son esclavos del príncipe de las tinieblas y, al final, serán arrojados con Satanás en la perdición eterna. Qué gran diferencia entre los justos y los impíos, ¿verdad? ¿A qué grupo perteneces?

Por naturaleza, por ser descendientes de Adán, estamos todos muertos en pecados y delitos, estando bajo el poder de Satanás, siendo, por tanto, enemigos del Señor Jesús. Por consiguiente, todos estamos perdidos, necesitamos ser convertidos.

Si no nos convertimos nos perderemos. Sin embargo, este Rey, tiene el poder de levantarnos y librarnos de nuestra miseria. ¿No le preguntaremos acerca de su misericordia y de su gracia? Todavía estamos viviendo sobre la oferta de la gracia. Dios nos llama por medio de Sus siervos. ¿No desoigáis las llamadas de Dios! La puerta de la gracia está hora abierta. Cuando llegue la muerte, el tiempo de la gracia habrá pasado para siempre.

---

## Capítulo 77

# LA ORACIÓN DEL SUMO

# SACERDOTE CELESTIAL

### Juan 17

Ya sabéis que el pueblo judío tenía un sumo sacerdote. Primeramente fue Aarón quien tuvo a su cargo esa función tan importante, y cuando murió le sucedió su hijo Eleazar. De este modo el oficio del sumo sacerdote continuó por muchos siglos; cuando moría el sumo sacerdote era sucedido por otro. De varios sumos sacerdotes sabéis sus nombres, por ello sólo voy a recordaos a algunos como el juez Elí que también desempeñó este cargo.

Durante el reinado de Saúl vivía Ahimelec, que fue asesinado por Doeg. En tiempos del rey David, el sumo sacerdote era Abiatar y más tarde lo fue Sadoc. Cuando reinaba la impía reina Atalía vivía el piadoso sumo sacerdote Joiada. Pues, bien, en los días de la vida de Jesús en este mundo el sumo sacerdote era Caifás. ¿Qué tenía que hacer el sumo sacerdote? ¿Cuál era su tarea?. Creo que no sería necesario decíroslo, porque muchos ya lo sabéis. El sumo sacerdote tenía que hacer los sacrificios y orar. Hacía la expiación por todo el pueblo y representaba al pueblo. Sin embargo para todos los sumos sacerdotes, siendo hombres mortales, llegaba un día en que morían.

Eran figuras del Señor Jesús; se referían al Mesías venidero. El Señor Jesús es el único gran sumo sacerdote eterno.

Un sacerdote judío sacrificaba un animal, un cordero, pero el Señor Jesús se sacrificó a sí mismo en la cruz. Los sumos sacerdotes terrenales derramaban la sangre de un animal, pero el sumo sacerdote celestial derramó su propia sangre en el monte del Gólgota. Como ya he dicho, el sumo sacerdote terrenal no sólo tenía que sacrificar, tenía también que orar. Orar por el pueblo de Israel. Pues bien, el sumo sacerdote celestial oró por su pueblo, por los elegidos.

Volvamos mentalmente, por un momento, a la sala donde se está celebrando la Pascua, donde está el Señor Jesús, junto con sus discípulos en esa noche del jueves, la última noche antes de Su pasión y muerte. En los capítulos anteriores ya ha sido narrado lo que allí sucedió. Pero antes de salir de la sala Jesús oró. Voy a describiros algo de esta santa y sacerdotal oración del Señor Jesús. Es muy importante que leáis con toda atención.



En esta oración el Señor Jesús ora primeramente por sí mismo, y esto no ha de sorprendernos, ya que estaba a un paso de su Pasión y muerte. Muy pocas horas pasarían y sería conducido como un criminal. Esta Pasión sería terrible, pues tenía que llevar sobre sí toda la ira de Dios contra el pecado. Hemos de tener en cuenta que el Salvador es el Hijo de Dios, pero también es hombre, verdadero hombre. Por ello, Jesús ora a su Padre celestial pidiéndole fuerzas en la hora de la prueba. El Señor Jesús, que es el Creador del cielo y de la tierra, dejó el cielo y vino como hombre a esta tierra maldita. La maldición esta en el mundo por causa del pecado. ¿Cuál fue el fin de su venida? Vino para salvar a los pecadores. Él cargó con los pecados de los suyos, que le fueron imputados. Es necesario que se castigue el pecado, porque Dios es justo, Todos los pecados con ninguna excepción, serán castigados. Los impíos llevarán ellos mismos el castigo de sus pecados, pero para los suyos, Jesús llevo el castigo por completo. No, Dios no puede hacer la vista

gorda acerca de los pecados. Dios castigó los pecados de los suyos en Otro, en el Señor Jesús. Cargar con los pecados de los suyos, era también parte de la tarea del Mesías aquí en la Tierra.

Ahora comprendemos bien que Jesús ore pidiendo fuerzas para poder recorrer su vía dolorosa. Luego, después de su Pasión y muerte, el Señor Jesús resucitará de la muerte. Será levantado al cielo, y otra vez, en el último día, vendrá en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Entonces será glorificado. Primero la humillación, después, la glorificación. Todo acontece para glorificar a Dios. Todo termina en el honor y la gloria de la Trinidad divina. Pero el Señor no ora solamente por sí mismo, sino también lo hace por sus discípulos. Pide a su Padre celestial que Él los guarde. Por su muerte, el Salvador va a ganar la salvación para sus discípulos. Dentro de poco Jesús no estará en la tierra, pero sus discípulos quedarán en este mundo, odiados, despreciados y perseguidos. Oíd cómo encomienda los suyos al Padre celestial: "Padre santo", dice, "guárdalos en tu nombre, Guárdalos del pecado. Guárdalos de sus muchos enemigos. Dale el que se amen los unos a los otros".

No, no ruega el Señor Jesús para que sus discípulos muriesen consigo, no ruega que el Padre los quite del mundo. Al contrario, tienen que quedar en el mundo, tienen que predicar, tienen que anunciar el Evangelio a un mundo lleno de maldad y que está bajo el maligno. Tienen que decir a los pecadores que están muertos en pecados y delitos, pero que hay posibilidad de salvación. Pueden guiar a los pecadores perdidos al Salvador, como único camino de salvación.

"Padre santo", ruega, "guárdalos en tu nombre. Guárdalos del mal, guárdalos del pecado.

Entonces también ruega el Señor Jesús por todos los que serán convertidos por medio de la predicación del Evangelio. Esta predicación será santificada en los corazones de mucha gente. Pecadores muertos espiritualmente serán vivificados por la acción del Espíritu Santo. Muchos recibirán un corazón nuevo. Muchos llegarán a conocer al Señor Jesús, por la fe salvadora, como su Fiador y Salvador.

No, la predicación de los apóstoles no será en vano. Más tarde, cuando los discípulos hayan muerto, cuando su Rey los haya levantado a la gloria eterna, otros continuarán la obra. Dios va a llamar a sus siervos para predicar, y esto continuará por los siglos. Así vemos cómo en nuestros días los siervos de Dios, los predicadores, anuncian el Evangelio. Esta palabra de Dios nunca cambia, porque Dios es el mismo por siempre. Y, actualmente los pecadores se convierten por medio de la predicación de los siervos de Dios. Siempre habrá "hijos de Dios" (Mateo 5:9). Pues, bien, por todos ellos también ruega el Señor Jesús. No ruega por todos los que viven en el mundo, ruega solamente por los suyos, por toda la verdadera Iglesia de Dios. Quizás, vuestros padres, hermanos, abuelos, u otros familiares son piadosos; pues, por ellos también rogó el Señor Jesús y ahora, también ruega por ellos en el cielo. Dios guardará a su Pueblo, porque esta oración del Señor es escuchada. Ninguno de los "hijos de Dios" se perderá, todos los convertidos irán al cielo. ¿Por qué? Porque Jesús sufrió y murió por ellos. Por eso... y solamente por eso.

¿Ruega el Señor Jesús también por vosotros? Es una pregunta muy seria, amigo, y también difícil.

Todos los que se pierden, todos los incrédulos están fuera de la intercesión de Jesús, porque (y digo esto con mucho énfasis), Él ruega solamente por los Suyos, por los elegidos. Pero ¿quiénes son? Dios ha escondido esto de nosotros, no lo sabemos y no debemos especular sobre ello. Vivís en el tiempo de la gracia, oyendo la predicación de los siervos de Dios, domingo tras domingo. Ellos, nos anuncian que es necesaria y posible la conversión. La puerta de la gracia aún no se ha cerrado. Amigos, doblad muchas veces vuestras rodillas en oración, suplicando a Dios que El os haga ver vuestras culpas y vuestra necesidad de Cristo. Rogad que el Señor santifique la predicación en vuestros corazones, que El os transforme de muertos espiritualmente en vivos. No despreciéis la voz de Dios, estáis viviendo en el "día de la gracia".

Sé que este capítulo no es fácil de comprender. Sin embargo, espero que hayáis comprendido su contenido y, sobre todo, mi mayor anhelo es que el Señor santifique ésto en vuestros corazones.

## Capítulo 78

---

---

### EN GETSEMANÍ

---

---

**Mateo 26: 36-46**

**Marcos 14: 32-42**

**Lucas 22: 39-46**

En Jerusalén ya ha anochecido; la tranquilidad se extiende por la ciudad grande y animada, en la cual ahora hay, además, una gran multitud de gente que ha venido para celebrar la Pascua. Pero ya todos se han acostado y duermen; la capital judía está muy apacible y silenciosa. Más tarde, durante la noche sale la luna, dejando sus tenues rayos sobre las casas y las calles vacías. ¿Vacías? No, no es así. Mirad, algunos hombres andan por la ciudad mientras los demás duermen. Por una de las muchas puertas se dirigen hacia el campo, descendiendo por las colinas sobre las que está levantada Jerusalén. Entre Jerusalén y el Monte de los Olivos hay un valle muy oscuro, por el cual serpentea el arroyo de Cedrón, razón por la que también se llama "Valle de Cedrón". Al otro lado del arroyo hay un huerto, junto al monte de los Olivos, es este el huerto de Getsemaní; hay en el grandes y gruesos olivos. Pues bien, los paseantes nocturnos, una docena de hombres, pasan el arroyo de Cedrón y se dirigen a la entrada del huerto. ¿Quiénes son y qué hacen a media noche por aquí?

Ya lo sabéis ¿verdad? Estos hombres son el Señor Jesús con sus discípulos. Hace poco han salido de la sala donde han celebrado la Pascua. Jesús va camino de Getsemaní; allí le espera el amargo sufrimiento, allí lo prenderán. Él lo sabe perfectamente y, no obstante, va a Getsemaní. No, Jesús no huye; al contrario, busca este lugar silencioso. ¿Veis como Él voluntariamente toma sobre sí la profunda Pasión?

Por este mismo valle, ya hace siglos, anduvo el rey David cuando tenía que huir de su hijo Abasalón. Ahora, el gran Hijo de David también anda por el valle de Cedrón. Llegan a la entrada de Getsemaní y ahí deja Jesús a ocho de sus discípulos. Sentaos aquí, les dice, voy a orar. Los discípulos no se extrañaron ante las palabras de Jesús, ya que así lo había hecho otras muchas veces. Con tres de sus discípulos, Pedro, Juan y Jacobo, el Señor se adentró más en el huerto. Son los mismos que acompañaron a Jesús en el monte de la Transfiguración. También ahora el Maestro los lleva consigo un poco más adelante.

Fuera del huerto y a la entrada, la luna llena ilumina un poco la noche, pero bajo el tupido techo de hojas de los olivos reina una oscuridad casi completa, porque la tenue luz de la luna no penetra las hojas.

Ni un ruido rompió el silencio que reinaba, los cuatro hombres, andan un poco más adelante. De repente dice Jesús en voz baja: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo". Realmente no tienen sólo que velar, sino también tienen que orar. "¡Orad!", dice el Salvador seriamente, "¡orad! para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está presto, más la carne es débil". ¿Qué significa esto? El Señor sabía ya lo que iba a suceder esa noche. Vendrían sus enemigos para detenerle. Si los discípulos velaban, probablemente podrían oír el ruido de la compañía y, de este modo, estarían preparados. Pero si se quedaban dormidos serían sorprendidos en el sueño; ésta es la razón por la que Cristo se lo dice. Deja Jesús también a estos tres discípulos y se adentra solo en el huerto. Leemos en la Palabra de Dios que El se apartó de ellos como "un tiro de piedra", es decir, la distancia a que se puede arrojar una piedra.

Allí, en la oscuridad y en el silencio, comenzó a atemorizarse y angustiarse. ¿Angustiar-se, por qué? Mucha atención, amigos; por el pecado hemos ofendido y enfadado a Dios y, por tanto, la maldición y la ira de Dios están sobre toda la humanidad. El Señor Jesús no tenía pecado, pero todos los pecados de su pueblo fueron cargados sobre Él, le fueron imputados. Aceptó la culpa de todos los suyos, y por eso la ira de Dios estaba sobre Él. Sintió arder la ira de su Padre en su santa alma, llevó la pena del pecado, no porque mereciera esta pena, sino como Sustituto y Salvador en lugar de los pecadores. Amigos, es imposible describir la gravedad de los sufrimientos del Señor Jesús en Getsemaní, para ello no existen palabras, un profundo respeto hemos de asumir cuando tratamos esta parte del Evangelio.

Jesús sintió el miedo del infierno en su alma. No fue personalmente al infierno, pero llevó, experimentó, los dolores del infierno. Llevó la ira de Dios y las angustias del infierno, para que los hijos de Dios fueran librados de estos dolores eternamente. Además, en la oscuridad y el silencio de la noche le espera el enemigo... ¿El enemigo? ¿Qué enemigo? Quizás ¿los fariseos? no; ¿los romanos, acaso? No hay soldados romanos por allí. Le espera el príncipe de la oscuridad, el Diabolo. Éste es un enemigo más peligroso. Jesús vino a la tierra para vencer al Diabolo y éste trató de impedir el nacimiento del Hijo de Dios. No tuvo éxito. Vino Jesús en el cumplimiento del tiempo y nació en un establo. Enseguida el diablo incitó a Herodes, y éste hizo matar a los niños de Belén menores de dos años, esperando que de éste modo también sería matado el niño Jesús. Pero, otra vez se equivocó el Diabolo. Cuando sucedió esta cruel matanza, el niño Jesús ya estaba de camino de Egipto. Cuando Jesús tenía treinta años, el Diabolo trató de hacerle pecar, en la tentación del desierto. Ahora, en el huerto de Getsemaní, otra vez más el Diabolo espera a Jesús. Muestra a Jesús los terribles sufrimientos que le esperan; el Señor será burlado y ultrajado; puños inclementes le pegarán, golpes agudos de azote le romperán la espalda y, al fin, será clavado en el maldito madero de la cruz. ¡Cuán terribles sufrimientos corporales esperan al Hijo de Dios! No es pues extraño, que el Señor se atemori-

zara y angustiara. Tened en cuenta que Él era hombre, enteramente hombre como nosotros y a nosotros tampoco nos agradan el dolor y la pena, ¿verdad? El Diablo trata de apartar a Jesús del camino terrible del sufrimiento y de la muerte.

Era un doble sufrimiento el que estaba experimentando en su alma el Salvador. De una parte, la ira de Dios ardía sobre su alma santa y pura; de otra, estaba siendo atacado por el Príncipe de las tinieblas. Ved en su gran dolor como el Señor Jesús cae de rodillas y ora: "Padre mío", implora, "si es posible, pase de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como Tú". Con las palabras "este vaso", Jesús se está refiriendo a la terrible pasión. Es como si dijera: si es posible, no venga sobre mí este sufrimiento tan tremendo. ¿Acaso no quiere padecer el Señor Jesús? ¿Retrocede ante la Pasión? Si así sucediese, el Diablo sería el vencedor. Nadie podría ser convertido, ni salvo. En este caso, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, Elías y todos los santos del Antiguo Testamento se perderían para siempre. ¿Es ésto lo que el Señor Jesús está pidiendo? ¿Rechaza adquirir la salvación para los suyos? No, leamos cómo sigue orando: "empero no como yo quiero, sino como Tú" No, amigos, el Señor Jesús no retrocede. Quiere llevar y llevará la pena del pecado por los suyos y ésto no a la fuerza, sino voluntariamente y, por ello, dice: "empero no como yo quiero, sino como Tú" Pero el miedo y la angustia son tan grandes que se le hacen insoportables en la soledad del huerto. Se vuelve a los tres discípulos que dejó, porque nadie quiere estar sólo el tiempo del miedo y la angustia; y, el Señor Jesús es también hombre como nosotros. Por ello busca a sus discípulos en su terrible angustia y... ¿qué ve? Cuando llega al lugar donde están... ¡duermen! Ahora se cumple lo que ya habían profetizado los profetas, que el Señor Jesús pisaría sólo el lagar, es decir, que tenía que sufrir solo, a nadie le sería permitido ayudarle; incluso careció del consuelo de saber que sus discípulos velaban con él, en estas horas dolorosas. Pedro, Juan y Jacobo están durmiendo. Oíd, lo que dice el Salvador: "Simón ¿ni una hora habéis podido velar conmigo?". Es como si dijera el Señor Jesús: Pedro, me defenderías, pondrías tu vida por mí, y

ahora ¿te duermes? Sí, Pedro y los otros discípulos están dormidos. Al oír las palabras de su Maestro despiertan momentáneamente, pero es por poco tiempo; cuando el Señor Jesús busca de nuevo la doledad, ellos se duermen una vez más.

De nuevo Jesús está solo, de nuevo siente arder la ira de Dios en su alma, nuevamente Satanás le ataca, otra vez los temores infernales descienden sobre su alma pura.

El sudor aflora en grandes gotas sobre su frente, cayendo hasta la tierra. Por segunda vez se arrodilla, en la aguda angustia de su alma, y ora: "Padre mío, si es posible, pasa de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como Tú". Nuevamente vuelve a donde están sus discípulos; ¿están velando con su Maestro? ¿le consuelan en la angustia de su alma? No, ¡siguen dormidos! No le es permitido a Jesús recibir este consuelo. Tiene que llevar Él solo toda la ira de Dios. Sus discípulos despiertan por segunda vez y se avergüenzan. Tienen tanto sueño que sus ojos no pueden permanecer abiertos. Agotados por el dolor y la preocupación, son incapaces de velar con Él.

Por tercera vez el Señor se aleja y, ahora el miedo y la angustia aumentan de tal manera que suda grandes gotas de sangre. Como un gusano se arrastra por tierra, cumpliéndose así lo que está escrito en el Salmo 22:6 "Mas yo, gusano soy, y no hombre", tal como había profetizado David, así se cumple. Nadie ha sudado jamás sangre, pero el sufrimiento de su alma es tan intenso que grandes gotas de sangre llegan hasta la tierra. Lucas escribe que estaba en agonía. El Salvador sufrió esta terrible Pasión por amor a los suyos. Por tercera vez, se escucha su oración: "Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso"; pero por tercera vez añade: "empero no como yo quiero, sino como Tú". Así oró como hombre, pero se sometió por completo a la voluntad de su Padre. En esto no pecó el Señor Jesús, no podía pecar. ¡No, Diablo!, no vas a vencer. Por vehementes que sean tus ataques al Príncipe de la Vida, Él no retrocede. Desde la eternidad aceptó conseguir la salvación para los suyos y lo llevará a cabo, llevará la pena que sus culpas habían merecido.

De repente descendió un ángel del cielo y este ángel le confortó. Así podemos leerlo en el evangelio de San Lucas 22:43. ¿Qué hizo este ángel? ¿Levantó al Señor Jesús del polvo de la tierra cuando se arrastraba? ¿Le limpió el polvo de su ropa? No lo sabemos, porque la Biblia nada nos dice acerca de ello. La Palabra de Dios sólo nos dice que el ángel le confortó y, entonces, el Diablo se apartó de Él por un tiempo. Perdió este combate también. Venció Jesús y, al mismo tiempo, cede su angustia. Y ya está más tranquilo. La angustia insoportable de su alma desaparece; por tercera vez va en busca de sus discípulos, pero ahora no le impulsa su temor, ahora está tranquilo, pero... por tercera vez, sus discípulos duermen. ¡Dormid ya!, dice el Salvador, queriendo decirles: Ahora ya no es necesario que veléis, la lucha ya ha pasado. Pero el enemigo está cerca y, por tanto el Maestro les advierte: "Mirad, el que me entrega está cerca. Levantaos, vamos". Los discípulos se despiertan y se levantan, no sabiendo que responderle. Callados siguen a su Maestro, hasta llegar a la entrada de Getsemaní, donde dejó a los otros discípulos.



Amigos, he tratado de narraros algo de la horrorosa Pasión del Señor Jesús. Estas son las consecuencias del pecado. Así de grave castigará Dios el pecado; así de terrible será la perdición eterna. Es muy importante que recordemos que el Salvador no sufrió por toda la humanidad, sino que sólo llevó la culpa y la mancha de los pecados de su pueblo.

Si morís inconversos tendréis que experimentar vosotros mismos la ira de Dios y eternamente las angustias del infierno llenarán vuestras almas. ¡Pobres de los inconversos! Prestad atención. Es posible que ahora juguéis con el pecado, que os riáis del pecado, pero en el momento de la muerte ya no os reiréis más, pues será demasiado tarde. Todo el pueblo de Dios, incluso los niños convertidos, vea Apocalipsis 20:12, es librado de las angustias del infierno. Esto lo hizo posible su Rey, su Salvador. Los católicos-romanos dicen que el Señor Jesús estu-

vo en el infierno en un sentido "local", material, pero esto no es posible. El no estuvo personalmente en el infierno "como lugar", sino que experimentó y llevó las angustias infernales. Es muy importante que tengamos esto en cuenta.

Que gran privilegio si vosotros llegáis a conocer, por la fe salvadora, al Señor como vuestro Sustituto. Ello es necesario e indispensable para vuestra salvación eterna. Pedid muchas veces, pues, que el Señor por el Espíritu Santo prepare lugar en vuestros corazones para el Salvador; que el Espíritu de Dios os muestre vuestra culpa, pues, si morís sin la Sangre que limpia de todo pecado, la Sangre de Jesucristo, el humo de vuestro tormento subirá por los siglos de los siglos. Lo cual es la cosa más espantosa que os pueda suceder.

## Capítulo 79

# LA OBRA DEL TRAJIDOR

### Juan 18: 2-3

Mirad, ahora sale apresuradamente una tropa de soldados de Jerusalén y sus pasos resuenan sordamente en el duro suelo perturbando el silencio nocturno. Las espadas de los soldados romanos golpean ligeramente. Pero si miramos atentamente veremos que no todos son soldados romanos; en el grupo también hay judíos, son siervos del Sanedrín, el alto tribunal religioso, de los pontífices y de los Fariseos. Esos siervos judíos no tienen licencia de los romanos para llevar espadas y, por tanto, van armados con palos; algunos de ellos llevan antorchas y linternas para tener luz cuando la necesiten. Brillan las llamas de las ardientes antorchas.

Rápidamente bajan por las colinas y se dirigen al oscuro huerto de Getsemaní. Un centurión romano y algunos pontífices y ancianos de los judíos mandan esta tropa. ¿Porqué ocurre todo esto? ¿Amenaza algún peligro? ¿Ha estallado la guerra y está el enemigo cercano a las puertas de Jerusalén? No. En todo el extenso imperio de Roma hay paz en esta época... No, esto no tiene que ver nada con la guerra. ¿Cuál es el fin de su salida nocturna? Han de capturar a un hombre peligroso, un engañador, un alborotador, por eso llevan tantas armas, es por simple seguridad. ¿Quién es ese engañador? ¿Quién es el alboro-

tador? Decídmelo. Ese hombre peligroso es... ¡El Señor Jesús! Al menos, ellos piensan que es una persona peligrosa.

Al frente de la tropa marcha un hombre para indicarles el camino, una falsa sonrisa atraviesa sus labios, sus ojos chispean maliciosamente. Este guía es Judas, uno de los discípulos del odiado Nazareno. ¡Por sólo treinta piezas de plata, el precio de un esclavo, vendió a su Maestro! Y ahora va camino de detener al Señor Jesús. Los Fariseos y los escribas ya se alegran interiormente, pensando que dentro de pronto van a llevar preso al odiado seductor. ¡Cuidado, que no escape en el último momento! Sería una lástima y todo su trabajo habría sido inútil. Tienen que sorprenderle repentinamente, esto será lo mejor, pues así no tendrá ocasión de escapar y, llegado el caso, si tienen que luchar son bastante fuertes, y las espadas de los romanos terminarán muy pronto con cualquier resistencia; sin piedad darán en tierra con cualquiera que se les oponga.

Los ancianos judíos estaban comiendo la Pascua cuando fueron molestado por Judas. Con una entonación maligna en su voz, les informó que ahora era el momento idóneo para detener a Jesús de Nazaret, ahora la mejor ocasión es para el éxito y ellos no quieren dejar pasar esta ocasión. Si eran molestados en su comida era inevitable y necesario. Sin tardanza se prepara un tropa, probablemente han dicho al centurión romano que Jesús quería incitar al pueblo contra los romanos. Quizás, le han dicho que amenazaba un tumulto... y, como consecuencia, hay también soldados romanos.

Mirad, ya se acercan al oscuro huerto de Getsemaní. Ahora es preciso que tengan cuidado y no detengan a otro hombre, porque sería una lástima. ¿Cómo podrán reconocer en la oscuridad al peligroso Nazareno? No es problema porque su guía, Judas, se cuidará de que no puedan equivocarse. Todos tienen que mirarle a él, dará un beso a Jesús, un beso como señal de profunda amistad; entonces sabrán a quien tienen que coger. Además, Judas, que conoce muy bien a Jesús, no se equivocará, es imposible. Todo está arreglado, hasta los más mínimos pormenores. En el huerto tienen que esparcirse y buscar

rápídamamente, de modo que no pueda escapar. Sus corazones latén apresuradamente por la tensión, los soldados romanos cogen firmemente sus espadas, ¿tendrán éxito?

— — — — —

**Mateo 26: 47-50**

**Marcos 14: 43-46**

**Lucas 22: 47-48**

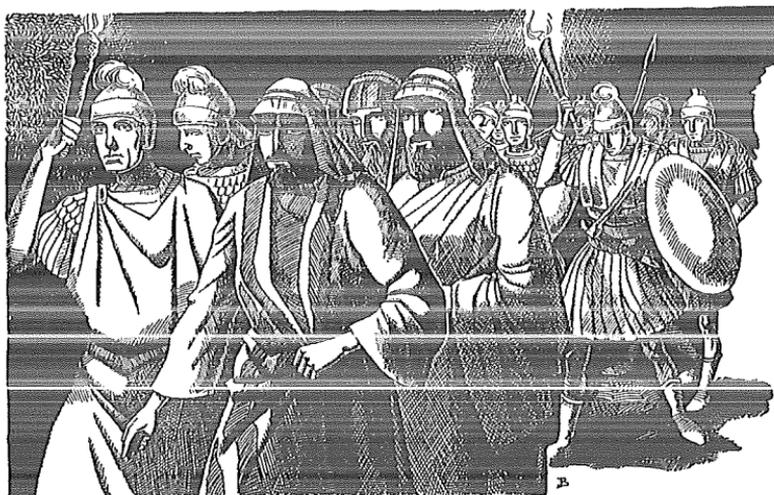
**Juan 18: 4-9**

“¿A quién buscáis?” -muy sorprendida se para de repente la tropa- Todos miran con gran asombro al Hombre que se adelanta desde las sombras de los grandes olivos. Ahora está de pie a la luz más clara de la luna, muy visible para todos. No habían contado con esto. ¿Quién es? Es posible que algunos le hayan reconocido, pero en todo caso, los soldados romanos no saben quién es. Cuando se han repuesto un poco de su asombro, responden: “A Jesús el Nazareno”. A Él tienen que detener. De Él se trata. Muy tranquila y sosegadamente responde con la misma voz: “Yo soy”. Al oír estas palabras retroceden y, mirad... toda la tropa, los robustos y valientes soldados romanos, los siervos judíos, los formales miembros del Sanedrín y el mismo Judas, el traidor, todos caen a tierra; es como si una mano gigantesca los hubiera derribado. ¿Cómo es posible esto? El Señor Jesús, el Rey de reyes, les hace sentir por un momento Su poder divino, les muestra que no le pueden detener si Él mismo no lo quiere. ¿De qué les servirán sus espadas? De nada, absolutamente de nada.

Como muñecos caen a tierra.

Si Jesús hubiera querido podría haberse ido utilizando la gran confusión y dándose a la fuga nadie pensaría en ese momento retenerlo, pero... Jesús no huye, espera hasta el momento en que todos se han levantado ¿Se han avergonzado los soldados y los siervos? Cuando se han restablecido escuchan la misma voz tranquila: “¿A quién buscáis?”. De nuevo

la respuesta es: "A Jesús Nazareno". "Os he dicho que Yo soy", dice el Señor y continúa; "Pues, si a Mí buscáis dejad ir a éstos". Cuando dice esto el Salvador, señala a sus discípulos que están de pie muy cerca y que miran todo cuanto ocurre con rostros temerosos y asustados. Entonces, ¡qué falsedad, qué bajeza! Judas llega a Jesús y lo besa. "¡Salve, Maestro!", finge amablemente. Terrible, ¿verdad? ¿Cómo se atreve a hacer ésto?



*Judas guía a la tropa hacia Getsemaní*

¿Brilla la mirada de Jesús con indignación? ¿Le da un golpe que lo arroje a tierra? Hubiera sido justo para el traidor, ¡completamente justo! Nosotros lo hubiéramos hechos así, ¿no? Nos vengaríamos de tanta falsedad, de tanta bajeza. Pero el Señor Jesús no hace esto. Muy serenamente mira a Su discípulo infiel y como con un reproche suave, le dice: "Amigo, ¿a qué vienes?". "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" ¿Lo habéis oído? aún ahora, llama a Judas amigo. Se retira el traidor, ha cumplido su obra diabólica... Toda la tropa

sabe ahora con certeza que este Hombre, tranquilo delante de ellos, es Jesús; lo tienen que detener y en un tumulto se lanzan hacia delante con los brazos extendidos hacia El...

---

**Mateo 26: 51-56**

**Marcos 14: 47-52**

**Lucas 22: 49-53**

**Juan 18: 10-11**

“Señor, ¿heriremos a espada?”, suenan de repente algunas voces nerviosas. Sus discípulos que hasta ahora habían visto todo callados y como paralizados por el miedo, comienzan a moverse. Ven el peligro amenazador en que está su querido Maestro, ven al falso traidor y una indignación violenta los domina. De pronto, comprenden qué quería decir su Maestro, cuando dijo que uno de ellos le entregaría. Pero... ¿Ayudarán al Señor Jesús?. ¿Le defenderán? Acuden a El y con una mirada angustiada los oímos preguntar: “Señor, ¿heriremos a cuchillo?”. Uno de ellos, Pedro, no espera la respuesta, saca la espada, que lleva consigo, de la vaina y golpea ciegamente alrededor de sí. De repente un crudo grito desgarró el silencio de la noche y uno de los asaltantes se toca la cabeza con un gesto de dolor. Este hombre se llama Malco, es el siervo del sumo sacerdote, Pedro le hirió con su espada cuándo la volteó y la oreja derecha de Malco está en el suelo y la sangre gotea de la herida. La oreja ha sido totalmente cortada. Quizás, los demás han retrocedido por un momento ante este hecho, y ya los soldados romanos se disponen a matar a Pedro, pero no es necesario; con unas palabras, Jesús termina la lucha y manda a Pedro que vuelva la espada a su vaina. Pedro obedece al instante, asombrado y sin comprender a su Maestro. En su corazón surge el despecho; Jesús en lugar de ayudarlo, de agradecerle el gesto, le ordena que se esté quieto; ni siquiera le es permitido defender a Jesús y rencorosamente retrocede.

Se restablece el orden pero Malco sigue sin su oreja derecha... No, no es así. Ved lo que sucede: Jesús se agacha, recoge la sangrienta oreja de Malco y... la coloca en su lugar curando por completo a Malco. Qué vergüenza debió suponer para la tropa que ve al "odiado Nazareno" favoreciendo a uno de sus enemigos, probando con este último milagro Su omnipotencia. Esto debería ser suficiente para hacerlos meditar, es como una amonestación cariñosa para llevarlos a la reflexión. ¿Qué pasó en el corazón de Malco? No lo sabemos, ¿lo ha hecho reflexionar? La Palabra de Dios calla sobre este asunto. Jesús entonces, se dirige a los ancianos y a los pontífices de los judíos y, con santa ironía en su voz, pregunta: "¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme?". Es como si les preguntara: ¿Tenéis miedo de mí? ¿Por qué? No me veis ahora por primera vez; cada día me sentaba con vosotros, enseñando a la multitud en el templo. Allí predicaba ¿Por qué no me prendisteis entonces? En ninguna parte leemos que los pontífices respondieran a Jesús; no podían responder porque lo que decía Jesús era la verdad. "¡Mías esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas". Oueriendo decir con esto: Es la hora del Diablo; Satanás os levantará contra Mí. Estos formales, distinguidos y "piadosos" ancianos de los judíos, de ningún modo sospechaban que están siendo instrumentos del Diablo. El Diablo los usa para llevar a cabo su fin y ellos se dejan usar, sin embargo ellos son completamente responsables de sus propias acciones. Han sido amonestados muy a menudo.

También a vosotros, lectores, se os amonesta muy frecuentemente. ¿No predicán muchas veces los siervos de Dios, los predicadores, el único camino de salvación? ¿No emplea el Señor el trabajo de Su amor con vosotros? ¿Qué cosa más terrible será si descuidamos una salvación tan grande! ¿Qué terrible, si desdeñáis el precioso tiempo de la gracia!

A pesar de todo lo sucedido los soldados no han sido llevados a la conversión, al contrario, empujan al Salvador y le hacen prisionero. El Señor Jesús se deja coger. Voluntariamente

se entrega Él mismo a la tropa; se deja atar las manos, quizás incluso, tendió las manos y como un cordero se deja coger cautivo.

Mirad, por allá le llevan atado y encadenado, como si fuera el mayor criminal, como un ladrón o un asesino. ¡Qué humillación para Él! ¿Dónde están sus discípulos? Están molestos y no comprenden cómo su Maestro mandó a Pedro que volviera a envainar la espada, les irrita el comportamiento de Jesús. Parece como si Jesús no quisiera otra cosa que sufrir y morir... si es así, entonces es su problema...

Ahora se estaba cumpliendo lo que había profetizado el Señor Jesús hacía unas horas. Había dicho que todos serían escandalizados de Él; entonces no lo quisieron creer y ahora está ocurriendo. No hay ninguno entre ellos que comprenda porqué Jesús se deja conducir como un criminal. Ninguno de ellos comprende que Jesús va a la muerte para librarlos de la perdición eterna. ¡Qué grande es el amor del Señor Jesús para con los suyos! Aquí se cumple también la profecía de Zacarías, cuando dice: "Heriré al Pastor, y las ovejas serán dispersadas". "El Pastor", se refiere al Señor Jesús y "las ovejas" se refiere a sus discípulos. Ahora es herido el pastor y los discípulos se dispersan, huyen todos. ¡Comprobad como toda profecía se cumple literalmente!

La tropa vuelve rápidamente a Jerusalén habiendo logrado el fin de su marcha nocturna; han tomado prisionero al "odiado Nazareno", quien está en su poder sin necesidad de usar sus espadas y sus palos. Nadie había presumido que sería tan fácil toda aquella tarea. Judas está con ellos; allí está, se vengó y además ganó una suma de dinero. Los pontífices hacen muecas, consiguieron su deseo; por fin tienen a Jesús. Ignorantes, no sabían que todo tenía que suceder así, no piensas, ni sospechan que Dios está ejecutando Su eterno consejo.

## Capítulo 80

# JESÚS DELANTE DEL SANEDRÍN

---

---

**Juan 18: 12-13**  
**19-23**

Bien, di ahora algo acerca de tus discípulos. ¿Quiénes son los que creen en ti? ¿Cuántos discípulos tienes?

Mirad, allí está el Señor Jesús de pie, atado y encadenado, delante de su juez. ¿Quién es este juez? Es preciso que prestéis atención. Cuando la tropa de los soldados y los siervos de los judíos volvieron a Jerusalén con Jesús como su prisionero, eran altas horas de la noche; dormían todos los habitantes de Jerusalén. Sin embargo, no quieren esperar hasta la mañana siguiente; no, los fariseos que habían acompañado a los soldados no quieren perder tiempo; su intención es matar a Jesús sin tardanza. De esta forma antes que despierte la gente, por la mañana todo habrá terminado. Si tienen éxito con ello, Jesús habrá muerto antes que el pueblo se entere del asunto. Por ello es necesario que se convoque el Sanedrín a toda prisa.

Pero... los miembros del Sanedrín duermen también, ya que sólo algunos de ellos han acompañado a la tropa en su marcha al huerto. Es pues necesario que sean despertados, pues el asunto es tan urgente que bien merece la pena sacrifi-

car su descanso nocturno. ¿Dónde pueden quedarse mientras tanto con Jesús? Es algo un poco engorroso, en la calle es imposible quedarse. Pueden llevar al prisionero a la casa de Anás.

¿Anás? ¿Quién es? Anás era el sumo sacerdote anterior. Actualmente no lo era pues el puesto lo estaba ocupando Caifás. Anás y Caifás eran familiares, ya que Caifás estaba casado con una hija de Anás, el cual era pues el suegro de Caifás. Quizás alguno de vosotros esté pensando: ¿El sumo sacerdote, no lo era hasta la muerte? Pues es cierto, tenéis razón; tenía que ser así ya que Dios así lo había ordenado en Sus leyes. Pero en esa época a veces, se vendía, por los Romanos, el importante oficio de sumo sacerdote y de este modo, en algunas ocasiones, ocurría que se nombraba sumo sacerdote cuando aún vivía el sumo sacerdote anterior. Probablemente es posible que esto fuera lo ocurrido en este caso. Anás todavía vivía y, sin embargo, su yerno Caifás, fue nombrado sumo sacerdote en su lugar. Hay algunos autores que piensan que Anás y Caifás fueron sumos sacerdotes alternativamente, relevándose anualmente.

Así que llevaron al Señor Jesús a la casa de Anás, que ya sabéis quien era. Mientras los mensajeros andan por las calles desiertas de Jerusalén para despertar a los miembros del Sanedrín, Jesús está de pie delante de Anás, quien comienza a interrogar a Jesús porque espera que el Nazareno le diga algo erróneo; espera poder encontrar algo en contra de Jesús lo cual podrá comunicar al Sanedrín. De este modo adelanta el interrogatorio, ya que el asunto es urgente.

Anás pregunta varias cosas a Jesús. Pregunta por sus discípulos y también por la doctrina que predica. Al instante responde el Señor Jesús: ¿He de repetir lo que predico? Cada día he hablado públicamente a todos, y cada uno podía escucharme, centenares me rodeaban y oían mis palabras. No he hablado en oculto, nunca he hablado en secreto. Pregunta al pueblo lo que predicaba Yo, pregunta a los que me han oído y te lo contarán.

Fue una respuesta excelente, fue la verdad lo que decía el Señor Jesús. Pero la respuesta irritó a uno de los siervos, el cual pensó que el Señor Jesús se estaba comportando impertinente y le dió una bofetada a Jesús. Con una mirada llena de odio mira al Salvador y le dice con mordacidad: "¿Así respondes al sumo sacerdote?". No mereció esto el Señor Jesús pues su respuesta no fue impertinente. Lo que decía Jesús era la verdad. ¡Qué injuria para Jesús! Sin embargo, no se enfada el Señor, solamente pregunta: "¿Porqué me das una bofetada?" ¿He hablado mal?

Qué más sucedió o se dijo en la casa de Anás, no lo sabemos ya que la Biblia nada dice y por tanto no puedo contaros más acerca de esto.



**Mateo 26: 57-66**

**Marcos 14: 53-64**

A media noche los miembros del Sanedrín se apresuran hacia la casa de Caifás. Cuando fueron despertados y oyeron la razón por la cual tenían que ir, se levantaron sin tardanza y con mucha alegría en sus corazones. Con prontitud se visten y rápidamente se reúnen en la casa del sumo sacerdote. Cuando la mayoría de los miembros ya está presente, se envía el mensaje a Anás de que Jesús puede ser llevado ya. Momentos más tarde entra el Señor Jesús. Todavía está fuertemente encadenado. Ya está de pie ante el concilio judío. Mirad, allí están sentados aquellos soberbios hombres, principales del pueblo judío.

Cuando en nuestro país se acusa a un hombre, una mujer o algún joven, se hace una exhaustiva investigación. Si como resultado de ella no existe nada ilegal, el juez no condenará a esta persona, pero cuando existen pruebas de su culpabilidad el juez tendrá que pronunciar una sentencia condenatoria. En caso contrario, la sentencia será absolutoria. Pero aquí en el Sanedrín no es así. Antes ya han decidido firmemente que

Jesús ha de morir. Solamente necesitan encontrar una razón aparente para condenar a Jesús, ya que no le pueden condenar sin alguna razón ¿no? Es imposible, tienen que encontrar algo. Leed lo que escribe San Mateo: "Buscaban falso testimonio contra Él". Sus acusadores son, pues, falsos acusadores y esto no ocurre fortuitamente, sino intencionadamente. Horrible, ¿verdad? Los testigos, uno dice una cosa, otro dice otra cosa diferente y un tercero dice algo completamente distinto; ninguno dice lo mismo.

Además son todo mentiras lo que cuentan acerca de Jesús, acusando al Señor falsamente. ¿Se defiende el Salvador?. No, calla. Las horas pasan y no pueden inventar nada que merezca la pena, lo cual es una prueba evidente de la inocencia de Jesús. Al fin entran dos acusadores diciendo: nosotros lo hemos oído decir: "Yo derribaré el templo de Dios y en tres días lo reedificaré".

Esto era una mentira más. No lo dijo así el Señor Jesús. Diciendo "el templo", El Señor Jesús se refería a su propio cuerpo; los judíos le matarían, pero después de tres días Jesús levantaría de nuevo el templo de su cuerpo, es decir, después de tres días resucitaría de la muerte. Pero estos falsos acusadores dicen que Jesús se refería al edificio de piedra en Jerusalén. Aun estos dos falsos testigos se contradicen entre sí, su testimonio no concordaba.

Se levanta Caifás: "¿No respondes nada?", dice a Jesús, como si su silencio le hiciera sufrir: "¿No respondes?" ¿No oyes lo que atestiguan estos contra ti? ¿Es verdad lo que dicen? ¿Has dicho, en efecto, algo tan terrible contra nuestro santo templo? Todos esperaban con tensa atención la respuesta del Señor Jesús. ¿Qué dirá a ésto? ¿Se defenderá? Hay un gran silencio, todos retienen el aliento. Con miradas escudriñadoras le observan..., pero,... el silencio dura, Jesús calla.

¿Por qué calla el Señor? ¿No se puede defender? ¿No sabe qué responder? Sí, pero el Señor no quiere decir nada. No quiere responder a esta falsa acusación; no quiere responder ninguna palabra en contra de este absurdo, no merece la pena.

Con su silencio condena a estos hipócritas. Pero figúrate que el Señor efectivamente hubiera hablado refiriéndose al templo de piedra. ¿Habría sido ello motivo para condenar a muerte a Jesús?

A lo sumo hubieran podido decir: ¡No está en su juicio! Pero por una cosa así no se condena a uno a muerte. Por ello calla el Señor Jesús; porque no quiere defenderse contra esa locura. Los miembros del Sanedrín se miran unos a otros. De esta forma no están avanzando. ¡Si pudiesen hallar algo! Si pudiesen acusar a Jesús de alguna cosa de la que verdaderamente fuera culpable. Piensan que todo lo que ha dicho hasta ahora no merece la pena, ya que por esto no es posible condenarlo. Es una cosa muy difícil y están desorientados con este asunto.

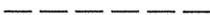
De repente Caifás tiene una gran idea. Sí, lo hará, tendrá éxito. Se levanta y dice con fingida seriedad: "Te conjuro por el Dios viviente a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". ¿Lo eres o no lo eres? El silencio es total, la tensión aumenta. ¿Perseverará Jesús en su silencio? No. Ahora no debe callar más, ahora debe hablar y efectivamente habla. Oíd, tranquila y serena suena su voz: "Tú lo has dicho", o sea; "Así es".

Así declara abiertamente que es el Mesías, delante del concilio de los judíos; declara que es verdaderamente el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Pero además amonesta seriamente a estos ancianos diciéndoles: Ahora no creéis, pero vendrá el día en que creeréis. Entonces veréis que digo la verdad, cuando aparezca en el día del juicio en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos, pero entonces será tarde para arrepentiros; entonces habrá pasado el tiempo de la gracia. ¿Qué hacen? ¿Se postran los ancianos en adoración delante de Él? ¿Le reconocen como su verdadero Mesías? ¿Le piden perdón con lágrimas? Mirad lo que sucede.

El sumo sacerdote enrojece de ira y cogiendo su ropa la desgarró, lo cual es una señal de gran indignación. Con la voz temblando de furor grita al Sanedrín: "¿Qué os parece?" "¿No es terrible?" Él, el hijo de José se atreve a decir que es el Hijo de

Dios. Esto es una blasfemia. ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Todos lo hemos oído de su propia boca. “¿Qué os parece?” ¿Qué decís a esto? Hubo un gran tumulto, con voces roncadas por la furia, gritan: ¡Es reo de muerte!

Se condena al Señor Jesús porque confiesa que es el Hijo de Dios. ¿Veis cómo le condenan aunque es inocente? Él es verdaderamente el Hijo de Dios y no blasfemó, pero... era preciso que el Señor Jesús fuera inocente, de otra manera no podía ser el Salvador, ya que entonces no podría pagar por los pecados de otros pues hubiera tenido que morir por sus propios pecados. Sí, en efecto, inocente el Señor Jesús se entregó a la muerte para poder librar a los hombres, pecadores y culpables, de la perdición eterna. No padece como pecador, como malhechor, porque El no tenía pecado, sino que padece como el Fiador y Salvador de los Suyos. Es preciso que lo sepáis. El Señor Jesús fue condenado siendo inocente y por ello hay también para vosotros la posibilidad de ser salvos; por ello, tú puedes ser salvo. Pide al Señor que El te dé un corazón nuevo. Afortunadamente el Sanedrín no podía hallar nada para condenar justamente al Señor Jesús.



**Mateo 26: 67-68**

**Marcos 14: 65**

**Lucas 22: 63-65**

Lo que tengo que contar ahora es tan terrible, tan horrible, que apenas me atrevo a hacerlo. Sin embargo, no es posible suprimirlo porque la Biblia nos describe esta historia.

Esos “dignos” ancianos se abalanzan contra el atado Jesús con un odio tan ciego que no respeta a nadie... Sus ojos brillan maliciosamente, sus puños se aprietan espasmódicamente... No pudieron desgarrar al odioso Nazareno que pretende ser el Hijo de Dios. De buena gana le apedrearían, pero no se atreven a hacerlo. ¿No se atreven? ¿Por qué no? No pueden matar a

nadie sin el permiso de los romanos y, si a pesar de ello lo hicieran serían castigados gravemente. Pero sacian toda su rabia, toda su ira contra el Señor Jesús: Le escupen con mucho desprecio en el rostro, le dan de bofetadas en la cara. Le insultan y pegan al Señor Jesús. Le maltratan.

Echan un paño sobre el rostro del sufriente Salvador y le pegan, gritando socarronamente: "Si eres el Cristo, sabrás, sin duda, quien te pegó. Profetízanos tú, Cristo, quien es el que te golpeó". ¿Qué responde el Señor? ¿Insulta a los que le maltratan? ¿Se enfada y trata de defenderse? No, Jesús calla. Callado sufre toda esta afrenta y escarnio; callado aguanta este horrible trato. Aquí y ahora se cumple lo que ya profetizó el profeta Isaías: "Como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca". Calla el Cordero de Dios. Sí, podría defenderse, podría vengarse. Solamente con que mostrase por un momento su omnipotencia podría hacerlo y toda la tropa que está rabiosa y se burla, caería muerta en tierra... pero calla. Voluntariamente acepta el ultraje. Él recibe los golpes que han merecido los suyos; lleva, como Salvador, la culpa de los Suyos, las iniquidades de ellos caen sobre su cabeza, se le imputa la culpa de ellos.

No os he contado esto para que tengáis compasión del Señor Jesús, sino para que os deis cuenta de cuán terribles son las consecuencias del pecado. Ved qué precio tenía que pagar Jesús para redimir a los Suyos. No penséis que se puede pecar impunemente. Nunca os riáis del pecado, no os burléis de esto, sino pedid que Dios os rescate del pecado. Si mueres inconverso tendrás, tú mismo, que llevar el castigo en la perdición eterna y esto será terrible... Los sufrimientos del Señor Jesús fueron graves, pero si mueres sin conocer a este Salvador tendrás que sufrir tan terribles tormentos. Dios es justo, no lo olvidéis jamás.

Pero, por la obra de Jesús, Dios es también misericordioso. La puerta de la gracia todavía está abierta. ¡Pedid muchas veces que Dios os perdone vuestros pecados! ¡No lo olvidéis!.

## Capítulo 81

# “¡NO CONOZCO A ESE HOMBRE!”

**Mateo 26: 69-75**

**Marcos 14: 66-72**

**Lucas 22: 54-62**

**Juan 18: 15-18**

**25-27**

¡Hombre, no sé lo que dices! ¿A qué te refieres? ¿Yo discípulo de Jesús el Galileo? ¿Cómo se te ocurre eso? “¡No conozco a ese hombre!” Sin pestañear Pedro está afirmando que no conoce de nada a Jesús. Para él, Jesús el Galileo es un extraño, un desconocido. No, te equivocas. No tengo nada que ver con Jesús, me confundes con otra persona. Hay un silencio momentáneo y todos escuchan la controversia entre Pedro y una criada. Cuando Pedro afirma con tanta seguridad que no conoce en absoluto a Jesús, lo creen de momento. Pero... ¿es Pedro quien dice esto? ¿Pedro se atreve a decir públicamente que Jesús es un desconocido para él? Sí, se atreve y con todas sus fuerzas trata de convencer a los que le rodean de que no pertenece al grupo de Jesús.

Públicamente está mintiendo. Pero... ¿es posible? ¿No defendería a Jesús aunque le costara la vida? Sí, es una historia

triste y terrible. El mismo Pedro que hace unas horas afirmó enfáticamente que nunca dejaría a Jesús y que pensaba que sería capaz de morir por su Maestro, ahora le está negando. ¿Cómo es posible? Lo que Pedro ni siquiera soñaba hace unas horas, ahora está sucediendo. ¿Cómo? ¡Oíd!

Cuando Jesús fue atado con cuerdas en Getsemaní, todos los discípulos huyeron, dejaron a su Maestro. Sin embargo no pasa mucho tiempo y dos de los seguidores de Jesús se paran, miran atrás y, en la lejanía ven desaparecer la tropa. Vacilantes vuelven sobre sus pasos. Sin embargo, es probable que estos dos discípulos no estén juntos, ya que, en su miedo y temor se dispersan en todas direcciones.

Juan, que es uno de estos dos discípulos, determina seguir a Jesús; a gran distancia camina detrás de la tropa de soldados y cuando entran en la sala del sumo sacerdote, también entra furtivamente. Este discípulo conocía al sumo sacerdote, aunque no sabemos por qué. El otro discípulo que también sigue a Jesús es Pedro que quiere ver que pasa con su Maestro. Pero Pedro no se atreve a acercarse y se queda a gran distancia; en la Biblia leemos que seguía a Jesús de lejos. Cuando llega a la casa del sumo sacerdote la puerta ya está cerrada. No sabemos si Pedro llamó. Sin embargo Juan sospecha que su condiscípulo está fuera y va a la puerta, habla con el conserje y por su intercesión dejan entrar a Pedro. Juan va delante, porque no quiere perderse nada de lo que se habla entre Jesús y los miembros del Sanedrín. Ni siquiera una palabra se le debe escapar, escucha con toda atención.

Pedro que quizás está por aquí por primera vez en su vida, no sabe dónde ponerse. No se encuentra a sus anchas y no quiere ser notado, no quiere que sospechen de él y sobre todo, que nadie sepa que es discípulo de Jesús, porque entonces podrían detenerlo también. Nervioso y agitado mira alrededor: ¿Qué hacer?

Por allí están los siervos del sumo sacerdote. Han encendido un fuego, porque es medianoche y hace bastante frío, para calentarse un poco ya que tienen que esperar mucho tiempo. Hablan animadamente acerca de Jesús, el odioso Nazareno y

hasta quizás, se burlan de Él. Juntos se calientan de pie alrededor del fuego. Pedro decide juntarse con ellos, porque quizás así, pasará más desapercibido; hará como si fuera uno de ellos. De esta forma, tampoco perderá de vista a Jesús y podrá ver lo que sucede con Él. Ojalá que Pedro se hubiera juntado a Juan...



*"No conozco al hombre"*

¡Tú estabas con Jesús el Nazareno!, le dice de repente una criada y lo mira con descaro, con desdén. Pedro se asusta, se cortan las conversaciones y todos le miran con curiosidad y sospecha. Pedro se da cuenta y se llena de confusión. Febrilmente piensa, ¿qué haré? Decir públicamente: Sí, estaba con Jesús, amo a mi Maestro. Si dice ésto se burlarán de él e incluso lo detendrán o maltratarán. No, no se atreve a decirlo y así Pedro, llega a decir con descaro: Mujer, ¿qué quieres decir? No sé lo que dices, "No conozco a ese hombre". Afuera, en el silencio de la noche, muy claramente resuena el canto de un gallo. Pedro lo oye, pero no se percata. Sin embargo no está a gusto y trata de salir a la chita callando de este peligroso lugar, ensaya a alejarse tan inadvertidamente como le es posible, pero fracasa en la tentativa. Mateo nos cuenta que lo vió otra criada y exclamó: "También éste estaba con Jesús el Nazareno". Quizás hasta señaló a Pedro con el dedo. Por segunda vez Pedro esta en apuros, no sabe que hacer. Acaba de negar descaradamente que conoce a Jesús y, consecuentemente, no hay más remedio que hacer lo mismo, y por segunda vez sale de su boca: "No conozco al hombre". Para que le crean jura. Jura, invocando el nombre de Dios, que Jesús es para él un desconocido. ¡Qué vergüenza! Por miedo y temor comete este gran pecado. Por fin parece que le creen, pues lo dejan en paz.

Pasa una hora y Pedro espera que ya no se preocuparán más de él. Probablemente se ha añadido de nuevo a los siervos que están esperando. Entonces de pronto y sin esperarlo, uno de los siervos dice: Tú realmente eres un discípulo de Jesús, porque te ví en el huerto de Getsemaní. Además tu acento lo confirma; eres Galileo y entre nosotros no hay nadie que proceda de Galilea. Con mirada penetrante observa Pedro. Quizás reconoce en Pedro al que batió su espada cortando la oreja derecha de Malco. Este siervo era un pariente de Malco.

Una vez más, todos miran a Pedro con recelo. No se fían de él, lo observan con miradas penetrantes. Pedro estaba confuso. Entonces... es tan terrible que casi me resisto a narrarlo, empieza a maldecirse a sí mismo si conoce a Jesús, invocando

el nombre de Dios. Y suena en sus labios: ¡Así me haga Dios y aún me añada, si no digo la verdad! Tienen que creerlo.

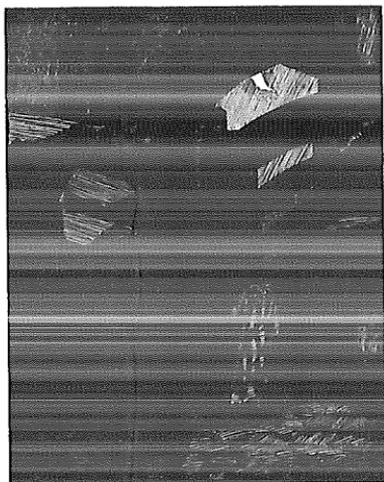
Al oír estos vehementes juramentos se hace silencio, un silencio sin aliento, y entonces, de repente, suena afuera clara y sonoramente, el cantar de un gallo. Pedro lo oye y a la vez recuerda lo que le dijo Jesús. Sabe, también, que ésta es la segunda vez que canta el gallo. Tímidamente mira a su Maestro que ya está de pie ante el Sanedrín. ¿Lo habría oído Jesús? Pedro confía que no. Pero... Jesús se vuelve por un momento y mira a Pedro. En los ojos de Jesús, Pedro ve el dolor... Aun su discípulo más fiel le niega aquí ahora, cuando está delante del Sanedrín como el Fiador y Salvador de los pecadores.

Esta mirada, llena de dolor y amor, penetra hasta lo más profundo de su alma... No puede soportar más la tristeza. Las lágrimas saltan de sus ojos, se avergüenza... pero también lo domina un profundo sentimiento de arrepentimiento. Sale fuera, y allá, en el crepúsculo de la mañana naciente, solloza de dolor y miseria. La Palabra de Dios nos dice: "Y saliendo fuera, lloró amargamente". Pedro sintió lo terrible, lo impío de su acción. Tres veces ha negado a su querido Maestro. Sin embargo, no puede estar sin Jesús, no puede vivir sin Él.

¿Es extraño que llorase amargamente? Como un hombre roto, se arrastra sollozando. No es digno que su Maestro se interese por él, al contrario, lo justo sería que Jesús le repudiara para siempre. El dolor por lo sucedido le desgarró el alma ¡Qué hombre más malo es Pedro! ¿verdad? ¿Vosotros no sois tan malos? ¿No habréis hecho lo mismo que Pedro? Jesús tendría que rechazar a un discípulo tan mentiroso. Este hombre no es digno de confianza.

Pero... ¿Cuando váis en el tren, autobús, etc. y os disponéis a comer algo, es necesario pedir la bendición de Dios y darle gracias por los alimentos, como lo hacemos en casa ¡Qué lata! Ninguno lo hace... para ser sincero no te atreves a orar, te da vergüenza y piensas: Por una vez solamente no lo haré. Suprimir la oración por una vez no tiene importancia, ¿no? Sin orar te comes los alimentos por miedo al ridículo ante los otros

pasajeros que se reirán de tí, quizás te ridiculizarán. Pero si haces esto ¿no estás también negando al Señor Jesús?



*" Y saliendo fuera, lloró amargamente "*

Cuando estás jugando con tus compañeros y oyes que uno de ellos abusa del santo Nombre de Dios y blasfema, tu obligación es amonestarlo. Sin embargo callas, no te atreves a decir que no se puede blasfemar. Tienes miedo de que se rían de ti, temes su escarnio, no te atreves y... callas. Peor aun si ríes con ellos para contemporizar. ¿Esto también es negar a Jesús.

Son sólo un par de ejemplos tomados de la vida diaria.

No penséis que sois mejores que los otros. El mismo mal vive también en vuestros corazones. Muchas veces nos avergonzamos de nuestras convicciones religiosas; es el mismo pecado. Cientos, miles de veces se niega al Señor Jesús por chicos que lo conocen muy bien, que cada domingo asisten a la iglesia. La "negra honrilla" les impide decir públicamente que ellos también pertenecen a los "creyentes piadosos". No sois mejores que Pedro. Orad para que el Señor os haga fieles, aun, a pesar de que la gente se burle y se ría de vosotros.

## Capítulo 82

# “YO HE ENTREGADO LA SANGRE JUSTA”

**Mateo 27: 1-2**

**Marcos 15:1**

Por la mañana cuando empieza a amanecer, el Sanedrín entra en consejo por segunda vez; ahora todos están presentes. Parece ser que algunos miembros del consejo judío no vinieron en la noche, pero ahora en las tempranas horas de la madrugada, todos están presentes. En esta segunda reunión del Sanedrín se condena a Jesús nuevamente a muerte. Todos están de acuerdo con que se le condene por blasfemo, ya que se atreve a decir que es el Hijo de Dios. ¿Todos están de acuerdo? No, todos no. Leed lo que está escrito en Lucas 23: 50-51

Un miembro del consejo, José de Arimatea, se atreve a decir públicamente que no consiente en el juicio y vota en contra. Más tarde leeréis más acerca de José de Arimatea. Y... ¿Qué pensáis de Nicodemo? Él era también miembro del Sanedrín. ¿Estaba él de acuerdo con la sentencia de muerte contra Jesús? No lo creo, es casi imposible. Sin embargo en la Biblia no está escrito que Nicodemo votara en contra, pero probablemente también lo haría, aunque repito, la Biblia no dice nada acerca

de ello. Casi todos exigen la muerte del odioso Nazareno, pero existe una gran dificultad para los ancianos judíos. Los judíos no pueden matar a nadie. Tienen que solicitarlo antes al gobernador romano, Poncio Pilato.

Es imprescindible que también Pilato sentencie a muerte a Jesús, ya que antes no pueden matarlo. No les queda más remedio que presentarse ante Pilato. El pensar en ésto los ha llenado de rencor. Sin embargo confían en que Pilato no examinará el asunto, sino que simplemente se limitará a dar su consentimiento a la sentencia de muerte. Si es así, todo habrá pasado antes de que el pueblo se levante y salga a la calle. Esto sería lo mejor. Muy de madrugada abandonan la sala del sumo sacerdote y se dirigen al palacio del gobernador romano. Pero no van todos, algunos de ellos tienen que ir al Templo para abrir las puertas de la casa del Señor ya que tienen que preparar lo necesario para los sacrificios que serán inmolados ese día. Precisamente durante estos días anteriores a la Pascua están muy ocupados.

**Mateo 27: 3-10**

**Hechos 1: 16-20**

Venid, vamos en nuestro pensamiento, a acompañar a los hombres que se dirigen hacia el Templo. Abren las puertas, pero como es muy temprano aún no está la gente con sus sacrificios. Hay gran tranquilidad, gran sosiego y placidez. De repente vuelven sus cabezas para escuchar mejor. ¡Silencio! Con ojos interrogantes se miran ¿Qué ocurre?

Oyen pasos apresurados que se acercan rápidamente hacia ellos. Con curiosidad miran hacia donde viene el ruido y de pronto aparece un hombre que se va directamente a ellos. ¡Mirad, que facha tiene! Sus cabellos caen revueltamente sobre su cara, sus ojos miran alrededor nerviosamente y su rostro deja ver el miedo y el remordimiento. Con gran extrañeza le

miran fijamente los sacerdotes y ancianos. ¿Qué deseará este hombre de ellos? ¿Qué estará haciendo en el Templo a éstas horas de la madrugada?

¿Quién es ese hombre? Ya lo sabéis, ¿verdad? Ese hombre es... ¡Judas!. El traidor al Señor Jesús. ¿Qué viene a hacer en el Templo? Escuchad lo que dice: "Yo he pecado entregando la sangre justa". Sus ojos están llenos de miedo y desesperación. ¡Terrible! Pero ¿cómo ha venido tan de repente? ¿Qué ha ocurrido? Ya sabéis cómo en el huerto dio el beso traidor diciendo: "Salve, Maestro". También os narré cómo Jesús le contestó: "Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso me entregas?".

Desde el huerto Judas se volvió con la tropa a Jerusalén, y allí recibió el precio acordado por su traición, las treinta piezas de plata. Deseaba este dinero ya que de antemano le había apetecido esta suma y, al mismo tiempo, podía saciar su rabia contra Jesús de Nazaret quien le había defraudado, según sus propios pensamientos. Es extraño; ahora que tiene ya el dinero desaparece la satisfacción de su posesión. No le produce tanta satisfacción como había pensado. Comienza a pensar acerca de lo que ha hecho.

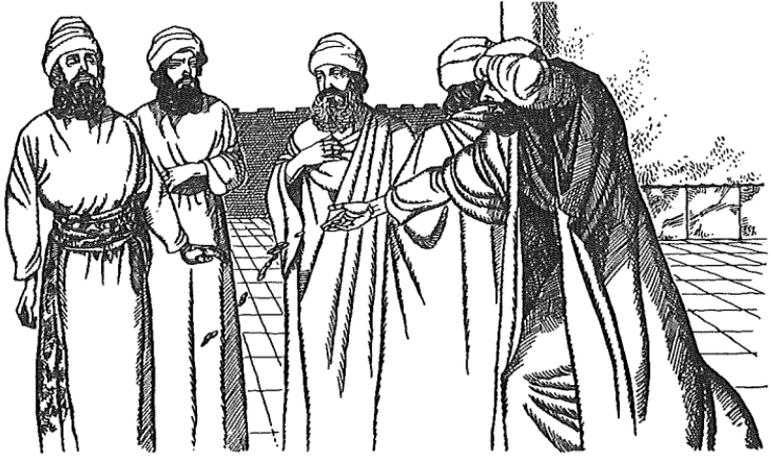
De todas las cosas que habían sucedido durante los años pasados y que ha experimentado le vuelven a la memoria de una forma clara y manifiesta las maravillas y milagros que hizo Jesús, las palabras que dijo; es como si estuviera escuchando la voz suave y amable de Jesús. Habla su conciencia y le acusa. ¡Qué bueno y amable fue siempre Jesús! Incluso en el huerto, Jesús se dirigió con él con la palabra "amigo".

Claramente recuerda todo esto y se da cuenta de lo horrible y sucio de su acción. Recuerda todo con una nítida claridad y se da cuenta de que Jesús sabía todas sus intenciones. Las amonestaciones indirectas dirigidas a él, vuelven a su memoria. ¿Por qué habrá hecho esto? Ve lo sucio y falso de sus hechos. Con estos pensamientos, Judas se acalora, estos pensamientos no lo dejan en paz ni un momento; el remordimiento de su traición lo llena de infamia.

Sin embargo, no hay arrepentimiento en su alma, y no es el dolor producido por el amor, como lo experimentó Pedro. No existe el ruego y el humillarse delante de Dios; no hay un desgarramiento del corazón. Esto lo encontramos en Pedro, pero no en Judas. En Judas no hay más que remordimiento, un sentimiento de culpabilidad. Espera una sola cosa. ¿Cuál? Si Jesús quizás se libertará a sí mismo, o que los judíos no puedan hallar nada digno de condenación y que le absuelvan. El traidor se agarra a estas posibilidades.

Podéis estar seguros de que las horas de esta noche se hicieron interminables y repletas de una constante inquietud. Al fin se entera de que Jesús ha sido condenado a muerte. Probablemente él no estuvo en la sala del juicio; sin embargo se entera de que ha sido pronunciada la sentencia contra Jesús. El Señor no se había liberado a sí mismo y bien es verdad que tenía la posibilidad de hacerlo, pero no quiso. La última esperanza de Judas se desvanece, la desesperación se apodera de él. El dinero que recibió, como pago de su traición, ese terrible dinero, es "dinero de sangre", arde en su bolsillo. No quiere tenerlo más. Mirad, como se apresura para ir al templo. Esta es la causa de que tan temprano esté ante los sacerdotes.

"¡Yo he pecado entregando sangre justa!". ¿Lo oís? También el traidor Judas declara aquí públicamente que Jesús es inocente. Con ojos descompuestos mira a los sacerdotes, con ojos que suplican consuelo y ayuda. ¿Qué responderán? ¿Intentarán salvar a Jesús como consecuencia de esta confesión? Quizás Judas esperaba que así fuera. Pero no ocurre nada de esto. Con ojos fríos e impasibles escuchan sus palabras; no hay misericordia en sus corazones, no intentan consolar a Judas, no lo alientan. Al contrario, cruel y dura suena su respuesta: ¿Qué nos importa a nosotros? Haberlo pensado tú, o lo que es lo mismo: Nosotros nada tenemos que ver con esto; lo que has hecho es problema tuyo, tú eres el único responsable de tus hechos.



*"Yo he pecado entregando sangre inocente"*

Inhumano, ¿verdad? ¡Estos son los dirigentes del pueblo judío! ¡Estos son los pastores y doctores! Hay un hombre en peligro y en lugar de tratar de salvarlo, lo repudian brutal y cruelmente. ¿Qué ocurre? Mirad; Judas toma el dinero que le dieron y lo arroja al suelo, ante los pies de estos distinguidos sacerdotes. No quiere tenerlo ni un segundo más. Por un momento permanece en pie, mirando a su alrededor ferozmente; luego se vuelve y se marcha desesperadamente. No puede estar en el Templo, no puede estar en ninguna parte.

Jesús ha sido condenado y la culpa es suya. El remordimiento le sigue a todas partes; en ningún lugar encuentra consolación, ni salvación. Una vez más ve la mirada amable de su Maestro; una vez más, escucha las palabras: "Amigo, ¿a qué has venido?" Estos pensamientos le hacen temblar como si tuviera fiebre. Se apresura a salir fuera, y sube a una colina. No puede aguantar por más tiempo la voz desesperada de su conciencia. En el límite de su desesperación, se ahorca.

En un olivo busca la muerte. Cayó al abismo y en la profundidad se estrelló contra las duras rocas. ¿Se rompió la cuer-

da con la que se ahorcó? ¿Se desató? No lo sabemos, pero sí sabemos que sus entrañas se desparramaron por la tierra. ¡Qué fin más horrible!, ¿verdad? Pensaba encontrar el olvido, pero se equivocó. Después de su acción desesperada fue llamado ante el inmenso Tribunal de Dios para dar cuenta de sus hechos.

Queridos amigos, deberíamos temblar al recordar el terrible fin del traidor. Para él mismo entonces comenzó la “noche eterna”. Pero... era responsable de sus impías acciones; conscientemente traicionó a su Maestro. Había sido amonestado muchas veces y sin embargo no quiso escuchar esta amable voz; continuó en su ciego odio y contra sus propias convicciones prefirió saciar su odio. Todo esto es una seria amonestación para vosotros. Pedid a Dios que os guarde y libre del suicidio.

#### **Mateo 27: 6-10**

#### **Hechos 1: 18-19**

Con gran asombro los sacerdotes, en el Templo, lo han seguido con la mirada, se han mirado unos a otros y se han encogido de hombros. Recogen el dinero que les arrojó a los pies. Por un momento se quedan confusos, ¿qué se puede hacer con este dinero? No es posible ponerlo otra vez en el tesoro del Templo, pues es precio de sangre. Que ¿qué se puede hacer? ¡Ya!, comprarán un campo. Muy a menudo mueren extranjeros en Jerusalén; pues bien, de ahora en adelante serán sepultados los extranjeros en este campo que será un cementerio.

Porque fue comprado este campo con el dinero de sangre de Judas, los judíos lo llaman “Aceldama”, que quiere decir “campo de sangre”. Sin embargo, no se dan cuenta que de este modo se está cumpliendo lo que ya había sido profetizado por el profeta Zacarías. No voy a describirlo ahora; podéis buscarlo y leerlo. Lo hallaréis en Zacarías 11: 12-13, hacedlo. Literalmente se cumple todo cuanto había sido profetizado acerca del Señor Jesús.

## Capítulo 83

### “NINGUNA CULPA HALLO

### EN ESTE HOMBRE”

**Mateo 27: 11-14**

**Marcos 15: 1-5**

**Lucas 23: 1-7**

**Juan 18: 28-38**

Ante el magnífico palacio del gobernador romano, Poncio Pilato, se encuentran los distinguidos dirigentes del pueblo judío. ¿Por qué no entran en el palacio? No pueden hacerlo. ¿Por qué? Porque si ellos entraran en la casa de un pagano se harían inmundos y no podrían celebrar la fiesta de la Pascua. No, no lo hacen; se quedan de pie ante el palacio.

Minutos después el soberano gobernador sale afuera, va al encuentro de los judíos. Si ellos no quieren entrar en su pretorio, él irá al encuentro de ellos. Enseguida se da cuenta de que ocurre algo especial. Lo nota en todo; si no fuera así, los dirigentes judíos no habrían venido a él a tan tempranas horas de la madrugada.

Brutalmente se empuja hacia el pretorio al atado Jesús, exigiendo que Pilato le condene. Pilato echa una mirada escrutadora a este “criminal”. Pero cuando ve el rostro tan gentil y amable de Jesús surge la duda en el corazón de Pilato. ¿Este hombre es un criminal? No tiene aspecto de ello, es casi impo-

sible. También se fija en las furiosas miradas que los distinguidos judíos dirigen al Hombre atado y ve los ojos de los judíos llenos de odio y envidia.

Pilato no se siente impulsado a condenar a este preso sin más, sin hacer antes una investigación profunda. Tranquilamente pregunta: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Es decir, ¿qué ha hecho? ¿Por qué queréis que este hombre sea condenado? Un gesto de descontento se dibuja en el rostro de los sacerdotes; ellos confiaban que Pilato no les preguntaría nada esperando que condenaría al Nazareno rápidamente, puesto que ellos se lo pedían. En sus cálculos no entraba esa pregunta de Pilato.

Ya está amaneciendo y pronto se despertarán los habitantes de Jerusalén. Su deseo es que Jesús sea matado antes de que el pueblo despierte. Esta es la intención del Sanedrín, pero Pilato va a hacer fracasar este propósito.

Airadamente, con pesadumbre en sus voces, responden: "Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado", es decir, "¿Por qué nos preguntas esto? ¿No confías en nosotros? ¿Piensas que queremos castigar a un inocente? Tu pregunta sobra" Quieren forzar a Pilato a que condene a Jesús sin ninguna investigación previa y con descaro miran al gobernador intentando intimidarlo, pero cuando pensaban haberlo intimidado con sus palabras se equivocaban.

Un duro gesto aparece en el rostro del romano que se tensa y airadamente responde: "Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley". ¿Consiente Pilato? ¿Pueden los judíos hacer lo que quieran con Jesús? No. Pilato les hace sentir humillantemente que están bajo el poder de los romanos. Esto los humilla, comprenden muy bien lo que quiere decir el gobernador y despectivamente responden: "A nosotros no nos es lícito matar a nadie".

Pilato insiste en que le comuniquen la causa por la que desean que condene a Jesús. Ahora tienen que decir algo, pero ¿qué han de decir? No pueden decir que odian a Jesús porque les ha señalado sus pecados; no pueden decir que le detestan porque les corrige frecuentemente; no pueden decir esto, porque saben que Pilato no les hará caso y libertará a Jesús rápi-

damente. Por un momento se reúnen a reflexionar y enseguida vuelven a Pilato y le exponen tres grandes acusaciones.

Escuchadlas. La primera acusación es: "Él pervierte a la nación". Queriendo significar que trata de excitar al pueblo al levantamiento. La segunda es: "Prohíbe pagar tributo al César". Lo cual quiere decir que Jesús insta al pueblo para que se niegue a pagar impuestos a los romanos. Por fin añaden una tercera acusación: "Dice que él es el Cristo, el Rey de Israel" Ahí quedan. Son tres graves acusaciones ante las cuales esperan que Pilato se asuste y pueda comprender que no entregan a Jesús sin razón. Esperan la reacción.

Pilato debe comprender que este Nazareno es un hombre peligroso, un revolucionario. Ya sabéis, queridos lectores, que las acusaciones de los sacerdotes no son ciertas. Jesús no es un revolucionario. Él acaba de decir que deben dar al César lo que es del César. Son grandes mentiras lo que dicen. Solamente la última acusación es cierta ya que, en efecto, Jesús es el Cristo y también es el Rey de Israel.

Cuando oye el gobernador romano estas graves acusaciones lleva a Jesús consigo al pretorio. Ha oído hablar mucho acerca del Rey de los judíos que vendrá; pues bien, ahora examinará si es verdad de lo que le acusan los judíos. Con curiosidad mira al Señor Jesús y pregunta: "¿Eres tú el Rey de los judíos?". Serenamente responde Jesús: "Tú lo dices". Pilato no tiene porqué temer; Jesús no causará daño a los romanos. Por ello continúa el Señor: "Mi reino no es de este mundo, es un reino celestial. Si mi reino fuese de este mundo, los judíos no me habrían entregado a ti. En tal caso mis servidores me habrían defendido, peleando por mí." Con extrañeza, el soberbio romano mira a Jesús.

Comprende muy bien lo que Jesús quiere decir. Si Jesús fuese realmente un rey terrenal los obstinados judíos no se lo habrían entregado. Sabe muy bien que el pueblo judío anhela al rey prometido; sabe perfectamente que aborrecen a los romanos. ¡No! Este hombre extraño y singular no es un revolucionario. Pilato no tiene porqué temer a este preso. Aunque el gobernador no comprende que quiere decir con las palabras

“reino celestial”, una cosa comprende muy claramente, que Jesús no es un hombre peligroso y que los romanos no tienen nada que temer de él.

El gobernador se levanta y sale fuera a los sacerdotes judíos, que con mucha tensión esperan su sentencia. Cuando aparece Pilato se hace un profundo silencio. ¿Qué dirá? Escuchad cómo pronuncia su juicio. “No hallo culpa en este hombre”. ¿Habéis oído? El juez romano anuncia públicamente que Jesús es inocente. La desilusión se hace visible en los rostros de los fariseos y saduceos, miran a Pilato con ira, con miradas llenas de odio. ¿Tendrán que soltar al odioso Nazareno? ¡No, eso nunca! En su ira impotente cierran los puños; no decae la dureza de sus corazones y continúan acusando a Jesús. ¡Es un revolucionario!, gritan maliciosamente. Comenzó desde Galilea y ha llegado hasta aquí, a Judea. Pilato está desconcertado con este caso; no sabe muy bien qué es lo que ha de hacer y no sabe cómo solucionar el asunto.

No es tan difícil, ¿verdad?, tiene que soltar a Jesús. ¿No ha pronunciado él mismo que no halla ninguna culpa en Jesús? Entonces lo justo es soltarle. Sin embargo Pilato no se atreve a hacerlo, pues de una parte teme la ira de los sacerdotes y de otra que pueda producirse una sublevación. Se encuentra en una situación muy difícil. De pronto su rostro se serena, acaba de escuchar que los judíos han dicho que Jesús comenzó sus actividades en Galilea y rápidamente pregunta: ¿Es este hombre Galileo? Pilato suspira con alivio. “Siendo así no tengo nada que ver con esto; tenéis que acudir a Herodes quien ha de solucionar este asunto.”

Apresuradamente llama a algunos soldados romanos y les ordena que conduzcan a Jesús ante Herodes ya que durante la fiesta de la Pascua, Herodes se encuentra también en Jerusalén. Muy a pesar de los principales dirigentes judíos, los soldados se dirigen con Jesús camino del palacio de Herodes. Los judíos tiemblan de ira, pero no hay más remedio, y a la fuerza se unen al séquito. Conforme avanzan, la multitud que les sigue va aumentando. Se asoman a las puertas y, con curiosidad, muchos salen de sus casas, juntándose a ellos porque quieren

saber qué pasa y cómo terminará el asunto. Pilato se queda atrás, contento por haber terminado con la pesadilla. Ahora es Herodes quien tiene que resolver la cuestión. ¡Él lo ha solucionado hábilmente!

### Lucas 23: 8-12

Ved ahora la creciente multitud ante el palacio de Herodes. Sin duda este se ha extrañado, pero cuando ve que le llevan a Jesús, el profeta de Nazaret, se alegra. ¿Se alegra? ¿Por qué? Como ya sabéis, Herodes había hecho degollar a Juan el Bautista, pero continuamente su conciencia le acusaba de este hecho malvado. Cuando supo que se había levantado un nuevo profeta, un profeta que hacía muchos señales y milagros, temió que Juan hubiera resucitado de los muertos. Este pensamiento le inquietaba mucho, no le dejaba descansar ni un momento. Sin embargo cuando ve a Jesús comprende que su temor no tiene fundamento, este profeta milagroso no es Juan. ¡Qué felicidad!, respira aliviadamente.

Entretanto los sacerdotes acusan a Jesús con vehemencia. Lo que dijeron con exactitud no está escrito en la Palabra de Dios, pero podéis creer que también a Herodes le han dicho que es un revolucionario. Herodes comienza a interrogar a Jesús, pero... el Salvador no le responde ni una sola palabra. Pese a que Herodes trata por todos los medios de hacer hablar a Jesús, no tiene éxito. Jesús calla...

No tiene una sola palabra para el asesino de Juan el Bautista. Es una gran desilusión para Herodes. Ha oído que Jesús hace muchos milagros y esperaba que este profeta milagroso haría algunos milagros para él en su palacio. Pero Jesús calla. Si hubiera hecho algunos milagros, probablemente Herodes le habría puesto en libertad. Pero Jesús no quería comprar su libertad haciendo milagros para este príncipe impío, como si se tratara de un mago. Cuando un pobre, un enfermo,

un ciego, un cojo o un endemoniado acudía a Jesús o era llevado ante Él, nunca les negó su ayuda, nunca despidió a nadie. Pero, ahora, rehúsa "hacer algo" No es un prestidigitador. Es el Salvador. Jesús calla; más como Jesús no quiere divertir a Herodes, éste quiere divertirse un rato a costa de Jesús. ¿Este hombre extraño y silencioso es el Rey de Israel? Pues bien, Herodes le hará un "rey de escarnio" . Hace traer un manto real muy antiguo, usado y desgarrado, y echan este manto purpúreo y brillante sobre los hombros de Jesús. El rey y sus brutos soldados se burlan del Hijo de Dios. Es terrible, ¿verdad?

Sí, en medio de todo este escarnio afrentoso y despectivo, el Señor calla. Él que es verdaderamente el Rey de Israel lo permite; habría podido castigar severamente a este rey impío y escarnecedor y sin embargo... no se venga. "Como oveja delante de sus trasquiladores no abre boca". Voluntariamente se somete a esta humillación terrible. Padece como el Fiador y Salvador por amor a su pueblo. Se humilla para que los suyos puedan ser levantados; sufre la afrenta y el desprecio más profundo, para que el pueblo de Dios lleve la corona de gloria en el cielo, una corona de gloria adquirida por el Mesías. Es verdad que no son dignos de esta corona, no tienen ningún derecho a ella, pero reciben esta corona por pura gracia. Un santo respeto debe llenar nuestro corazón cuando vemos el sufrimiento amargo que ha de soportar Jesús para que los suyos sean liberados de la desgracia.

Por fin Herodes se cansa de "jugar" con Jesús y devuelve a Jesús con los soldados a Pilato. Los soldados llevan un mensaje de parte de Herodes para Pilato; según este mensaje, Herodes tampoco puede hallar culpa alguna en Jesús. También la sentencia de Herodes es: "Ninguna culpa hallo en este hombre". Una vez más, una prueba de la inocencia de Jesús. Pilato y Herodes no sospechan que son medios para demostrar la inocencia del Salvador. Estos dos jueces terrenales declaran que Jesús es inocente. En este mismo día, Pilato y Herodes se hacen amigos, pues Herodes apreció como una delicadeza que Pilato le enviara al Señor Jesús.

## Capítulo 84

### INOCENTE... SIN EMBARGO:

### CONDENADO

**Mateo 27: 15-26**

**Marcos 15: 6-15**

**Lucas 23: 17-19**

**Juan 18: 39-40**

Es la segunda vez, en esta mañana del viernes, que llevan a Jesús al pretorio de Pilato. No penséis que Pilato se alegró cuando vio de nuevo a Jesús. Comprende que tampoco Herodes ha hallado nada digno de condenación en Jesús y esto hace las cosas más difíciles. Piensa que tiene que soltar a Jesús pero... no se atreve. Los sacerdotes judíos están fuera y esperan con creciente impaciencia la sentencia del gobernador; según la opinión de estos ancianos, tarda demasiado.

Por otra parte sucede lo que temían. Poco a poco los habitantes de Jerusalén salen de sus casas y también lo hacen muchas personas que han ido a Jerusalén para celebrar la Pascua. Cada vez hay más gente. Sin embargo, se deciden a insistir. Ahora tienen en su poder al odioso Nazareno y no van a permitir que sea puesto en libertad, pues su trabajo habría sido inútil

Por fin, Pilato sale del pretorio y todos escuchan atentamente: "Me habéis presentado a este hombre", comienza,

“pero no he hallado culpa alguna en él. Sinceramente, no encuentro nada por lo que deba ser matado. Lo envié a Herodes y también él lo ha declarado inocente; por tanto le soltaré”. Las caras de los miembros del Sanedrín se ensombrecen, sus ojos brillan maliciosamente y aprietan sus labios fuertemente. Pero Pilato no acabó, no quiere perder la amistad de los judíos y por tanto propone: “Le soltaré después de castigarlo”. Tremendo error de Pilato, eso es una injusticia. ¿Por qué quieres castigarle? No tienes derecho a hacerlo, pues tú mismo le has declarado inocente. Sin embargo, para complacer a los judíos quieres hacer castigar al inocente, quiere hacer azotar a Jesús. Es una injusticia, ¿verdad?

Pilato quiere deshacerse del asunto, va a intrigar, y así espera que los judíos se darán por satisfechos. ¡Se equivoca! Con ardor los principales de los judíos menean la cabeza. No, no están satisfechos con que se azote a Jesús; exigen que lo maten. Ha de ser eliminado, cueste lo que cueste. Pilato ve que nada adelanta de esta forma, no sabe qué hacer... Al soberbio romano le repugna tener que ceder a las demandas de los principales de los judíos, pero si actúa de otra forma teme su venganza.



De pronto Pilato recuerda la costumbre de liberar a un preso... ¿por qué? Sí, existe la costumbre de que, en la Pascua, el gobernador soltase a un preso. Incluso el pueblo judío podía exigir quién de los presos debería ser soltado. Por esta razón ahora los judíos le exigen a Pilato la libertad de un preso, ya que hasta ahora no lo había hecho en esta ocasión.

Cuando Pilato oye esto, su cara se alegra; quizás es la ocasión de poner en libertad a Jesús. Se ha dado cuenta que son, especialmente, los principales quienes quieren matar a Jesús; el pueblo quiere escoger a un preso y piensa que, quizás la gente del pueblo no odie tanto a Jesús. Bien, dice, según la costumbre voy a soltar ahora a un preso: ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús?

¿Quién era Barrabás? Nunca hemos oído su nombre, ¿verdad?, sin embargo, los habitantes de Jerusalén lo conocen muy bien, ya que ha excitado al pueblo contra los romanos. Era un sedicioso y había sido arrestado por ello, además de haber matado a alguien. Se trataba, pues, de un asesino, un hombre peligroso. Ahora se lamenta en la cárcel y espera la muerte, porque para él no hay indulto y será crucificado. Por esta razón Pilato cita a éste. Es un criminal tan conocido, que nadie tiene compasión de él y ahora es comparado al inocente Jesús.

Pilato piensa que el pueblo judío escogerá a Jesús, no podrá ser de otra manera y de ésta forma se habrá terminado definitivamente con tan miserable asunto. Lo que hizo Pilato no se puede permitir, no podía comparar al inocente Jesús con Barrabás; el juez, Pilato, estaba actuando de una forma muy injusta. Con ansiedad espera la respuesta del pueblo judío a su proposición, y ve que los judíos vacilan.

De pronto lo llaman adentro porque ha llegado un mensajero con aviso de su esposa para él. ¿Queréis saber qué clase de mensaje le hace llegar su esposa? Pues voy a daros la lectura al Evangelio según Mateo: "No tengas nada que ver con aquel justo; porque hoy he padecido muchas cosas en sueños por causa de él". ¡Qué extraño mensaje! ¿Qué quiere decir su esposa? ¿Quién es "aquel justo"? Se trata de Jesús el Nazareno, pero ¿cómo sabe ella que Jesús es un "justo"? Era una pagana y sin embargo, llama al desconocido Jesús "justo". Ha soñado acerca de Jesús y esto no ha ocurrido por casualidad, sino porque Dios ha intervenido. Luego se ha despertado, pero no ha olvidado el sueño, al contrario, este sueño la ha dejado tan impresionada que teme que su marido pueda hacer algo malo y, por tanto, trata de avisar a Pilato. Así, también, de la boca de esta mujer pagana se da testimonio de que Jesús es justo, es inocente.

Podéis creerlo, Pilato se asustó con este mensaje y piensa hacer todo lo posible por salvar a Jesús. Después de ésto sale apresuradamente hacia la multitud que le espera y nuevamente les pregunta: ¿A quién de los dos queréis que os suelte? ¿A Jesús

o a Barrabás?. Se hace un silencio por un momento y enseguida grita el pueblo, con una sola voz: ¡Sueltanos a Barrabás!

Pilato retrocede y asustado mira a la multitud porque no esperaba esta respuesta. ¿Cómo es posible? ¿Cómo escoge el pueblo a Barrabás? ¿Tan profundo es su odio que escogen al asesino en lugar del inocente?

Es posible que durante el tiempo que Pilato estuvo en el pretorio, los ancianos se mezclaron entre el pueblo y aconsejaron que pidieran la libertad de Barrabás; de este modo el criminal sería puesto en libertad. La influencia de estos impíos era tan grande entre el pueblo que éste les hace caso. Esto explica que todos responden como una sola voz: "¡Suéltanos a Barrabás!

Es terrible; no sólo los dirigentes, sino también el pueblo rechazó a Jesús, al Mesías, su Rey. Por tanto el pueblo es también culpable. Han hecho fracasar el astuto proyecto de Pilato. "¿Qué, pues, haré de Jesús?" Pregunta desalentado y confuso. No tienes que preguntarlo, Pilato, tú eres el juez, tienes que decidir tú; tienes que ponerlo en libertad sin tardanza, porque es inocente. Pilato está confundido. "¿Qué, pues, haré de Jesús?". Es la pregunta del soberbio gobernador al pueblo, que está cegado por el odio. La respuesta no se hace esperar y la gran multitud jalea y grita: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Cuando los judíos gobernaban, los criminales eran apedreados, pero los romanos no tenían esta forma de matar; los romanos crucificaban a los criminales. Esta era una muerte terriblemente dolorosa y además deshonrosa y maldecida por Dios. Jesús tenía que morir de tan afrentosa muerte para salvar a su pueblo de la maldición del pecado.

¡Crucifícale! ¡Qué demanda tan terrible! Él, el profeta que hizo tantas maravillas, que siempre había ayudado y sanado a los enfermos y miserables, ha de ser crucificado. ¡Qué ingratitud tan escandalosa por parte del pueblo judío! Quizás, algunos de los que habían sido sanados por Él, estaban ahora gritando con el resto del pueblo.

Pilato se resiste a complacer las exigencias del pueblo; no le puede condenar. Le haré azotar y entonces le soltaré, grita al



*"¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"*

pueblo, esperando que de este modo se darán por satisfechos. ¿Qué respuesta recibe? ¡Crucifícale, crucifícale!, grita continuamente la multitud. Pilato se siente desesperado ante esta situación. Con desesperación pregunta: Pues, ¿qué mal ha hecho? Decidme qué es lo que ha hecho para ser culpable. Más no recibe respuesta a esta pregunta. ¡Crucifícale, crucifícale! sigue gritando la multitud. No se avienen a razones.

**Mateo 27: 26-31**

**Marcos 15: 16-20**

**Juan 19: 1-6**

Pilato está desesperado y ordena a los soldados que azoten a

Jesús. Esto, Pilato, no es pronunciar una sentencia. ¡Esto es una injusticia! Los soldados paganos se dirigen prestamente a Jesús y le llevan dentro. Le quitan la ropa y le azotan despiadadamente.

Habéis de saber que el tormento del azote que empleaban los romanos era una tortura muy cruel, ya que el látigo que usaban era un palo al que estaban fijadas varias correas de cuero en cuyas puntas tenían unas bolas de plomo y, a veces, clavos muy agudos; con este instrumento de tortura se golpeaba la espalda desnuda del criminal. Con un azote de este tipo golpearon también al Señor Jesús. No pasa mucho tiempo y la espalda del Salvador es abierta por los golpes

Estos golpes sin embargo, son los hombres quienes los merecen, merecen ser azotados por sus pecados, son culpables. Pero es Jesús, el Salvador, quien recibe estos golpes en lugar de los pecadores. Ya había dicho Isaías: "Por sus llagas fuimos nosotros curados" y ahora se cumple la profecía. Él es azotado para que ellos sean librados para siempre. Por amor recibe los dolorosos golpes. Tan terrible es la pena del pecado. A tan alto precio tenía que comprar el Salvador a su pueblo. Literalmente se está cumpliendo la profecía del salmista que tenemos en el Salmo 129:3 que dice: "Sobre mis espaldas araron los aradores".

Después de azotado, estos crueles paganos echan un manto púrpuro sobre los hombros del Salvador doliente. La púrpura era llevada por los reyes. Pero los soldados no hacen esto para honrar a Jesús, sino para ridiculizar y afrentar al Rey celestial; lo hacen para ultrajarle. Un rey lleva una corona, ¿verdad?, una corona de oro. Pues bien, el Señor Jesús también llevará una corona... de espinas, la cual aprietan sobre la cabeza del Hijo de Dios. Un rey también lleva un cetro; Jesús también tendrá un cetro y ponen en sus manos una caña. Éste es su cetro.

Todos están de pie ante Jesús y entonces estos crueles paganos hincan la rodilla y en tono de burla suena en sus bocas: ¡Salve, Rey de los judíos! Con una risa burlona en los labios le adoran, no sinceramente, sino con mucho desprecio. ¡Cuánto escarnio y desprecio tiene que sufrir Jesús! Sin embargo el Señor calla, lo permite, no se defiende... El que es el

Todopoderoso podría castigar a sus escarnecedores con la sola palabra de Su boca divina y todos caerían muertos, pero no lo hace; calla, porque es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y soporta pacientemente el dolor. Algunos soldados pegan en el rostro del Señor, otros le escupen y otro arranca con dureza la caña de la mano del Salvador y con ella golpea sobre la corona de espinas de tal modo que sus agudas puntas penetran hondamente en la cabeza de Jesús.

Por fin, Pilato, el juez injusto, da por terminado el tormento y sale fuera llevando al Hijo de Dios para mostrarle al pueblo judío. "He aquí el hombre", dice compasivamente, esperando que los judíos tengan compasión del Señor Jesús, y confiando que el pueblo diga, ¡Basta! ya ha padecido suficiente, puedes soltarle; esto es lo que espera. "No hallo ningún crimen en él", testifica una vez más y, sin embargo, ha permitido que le maltraten y se burlen de Él inhumana y cruelmente.

Cuando los judíos ven así a Jesús, gritan y vociferan: ¡Crucifícale, crucifícale! No tienen compasión, al contrario, vuelven a exigir la muerte de cruz para él. Pilato grita: Tomadle vosotros, pero yo no encuentro ningún crimen en Él. Los judíos le responden ¡Crucifícale, crucifícale! Es verdad que Jesús tenía que padecer y morir, llevando así la ira de Dios sobre los pecados, pero... ¡cuán grande es la culpa con que el pueblo judío se carga en este momento! Deliberada y voluntariamente rechazan al Mesías que desde antiguo les ha sido prometido, rechazan a su Rey celestial. A gran distancia pueden oírse sus gritos.

### **Juan 19: 7-12**

Tras el vocerío se hace el silencio por un momento, que los sacerdotes aprovechan para decir: "Se hizo Hijo de Dios y, por tanto, debe morir; según nuestra ley debe morir porque es un blasfemo". Al oír esto, Pilato, se asusta, mira con miedo a

Jesús; ¿será verdad? ¿Será Hijo de Dios? Este hombre extraño y callado ¿será hijo de los dioses? Pilato era pagano y los paganos creían que, a veces, los dioses visitaban la tierra; por ello ante “un hijo de dioses” tenían un miedo respetuoso y supersticioso. Así leemos en la Biblia que, “Pilato tuvo más miedo”; no sólo miedo a los judíos, sino miedo de que Jesús fuera realmente un hijo de los dioses. Tiene que investigarlo.

Nuevamente se lleva a Jesús dentro y con curiosidad le pregunta: “¿De dónde eres tú?, queriendo con ello decir: ¿Eres realmente de origen celestial? Pero Jesús calla, no responde al injusto juez romano. Ante esta postura, Pilato se enfada. “¿A mí no me hablas?, dice ofendido, “¿no sabes que tengo autoridad para crucificarte y que tengo autoridad para soltarte? ¿No me crees digno de una respuesta?. Entonces el Señor habla serenamente: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada por Dios”. El Señor Jesús quería decir: Dios permite todo esto, pues de lo contrario no tendrías ninguna autoridad. Sin embargo, añade el Señor Jesús: la culpa de los judíos, que me han entregado a tí, es mayor que la tuya.

Vemos que Pilato también es culpable, pues no ha pronunciado una sentencia justa, pero como Pilato era pagano no lo conocía todo y, por tanto, la culpa de los judíos era mayor. Pilato escucha esta respuesta y piensa en lo extraño y singular que es Jesús y le mira con gran asombro y sorpresa; en sus ojos se refleja un miedo supersticioso y toma una decisión: no condenará a Jesús, ni hablar. Se apresura, sale fuera y dice: “No hallo ningún crimen en él, le soltaré”. Entonces los ancianos de los judíos comienzan a amenazarlo. Si sueltas a éste, escribiremos una carta a César en la que te acusaremos de haber soltado a un revolucionario. Ya no serás amigo de César. Al oír estas palabras amenazadoras, Pilato palidece; si esto ocurre sabe que está perdido. César hará investigar todo y saldrán a luz todas sus acciones, incluso las más ocultas, y serán conocidas de todos y esto le costará la vida, ya que el César romano es cruel y muy severo... No, no puede soltar a Jesús, porque si lo hace estará perdido. ¿Qué hacer?

**Mateo 27: 24-25**

**Juan 19: 13-16**

Pilato se sienta en una silla que está en la escalinata dentro del pretorio. Jesús está de pie cubierto con el manto de púrpura, la cabeza cubierta con la corona de espinas y ensangrentada. "He aquí vuestro Rey", dice Pilato ahora en tono de burla. Un griterío feroz se alza: ¡Quita, quita!, exigen los principales de los judíos. ¡Quita, quita!, exige también el pueblo judío. "¿A vuestro rey he de crucificar, pues?", pregunta Pilato. "No tenemos más rey que a César", gritan ferozmente. De nuevo es rechazado el Rey celestial por el pueblo judío; prefieren al César romano antes que al Rey de Israel. Pilato se encoge de hombros y comprende que no puede solucionar nada, ha fracasado; todos sus esfuerzos por soltar a Jesús se han roto en el duro odio de los sacerdotes hacia Jesús. Pilato hace ir por agua y se lava las manos ante todos, para que lo vean. Dice: "Inocente soy de la sangre de este justo".

¿Qué sucede entonces? Tan terrible es, que me resisto a narrarlo. Entonces una multitud enloquecida grita: Es nuestro problema, no tenemos miedo por esa sangre. ¿La sangre de este Nazareno?, "que caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos" Locos, no saben lo que están diciendo. No comprenden las consecuencias tan terribles de estas palabras. Sin ningún reparo invocan la sangre de Cristo sobre ellos y sobre sus hijos, pero la invocan en su poder castigador y vengador. Es espantoso y horrible. ¿cómo se atreven? Efectivamente esta sangre cayó sobre ellos. Cuarenta años después, Jerusalén fue sitiada por los poderosos ejércitos romanos. Miles de judíos fueron crucificados por los romanos en las afueras de la ciudad y los cerros de Jerusalén se llenaron de cruces. A partir de entonces, durante siglos, los judíos han sido oprimidos y perseguidos. Por todas partes han sido odiados y despreciados y en ningún lugar se han sentido seguros. Durante estos siglos, millones de ellos han sido muertos. Hasta hoy esta sangre persigue a los judíos; saben cuán inconscientemente pronunciaron estas palabras.

Mi deseo, queridos lectores, es que ésta Sangre también sea para vosotros, pero no en su poder condenador, sino en su poder salvador y limpiador. Deseo que ésta Sangre limpie vuestras almas del pecado. Que os limpie de la mancha del pecado. No fue ésta la intención de los judíos al pronunciar estas palabras ante Pilato, que renuncia a sus tentativas de soltar a Jesús, temiendo que se subleven si se demora más. Y ordena que el inocente Jesús sea crucificado.

¡Qué felicidad! Jesús fue condenado siendo inocente y precisamente por esto es el Salvador, por eso ha pagado por los pecados de todos los suyos.



Los judíos se han salido con la suya, y para Barrabás se abren las puertas de la cárcel y lo ponen en libertad según el mandato de Pilato. Y mientras Barrabás, este criminal, anda por las calles de Jerusalén, los soldados preparan todo lo necesario para llevar al inocente Jesús, como un criminal, al Gólgota, el cerro de la crucifixión. Es el símil de todo el pueblo de Dios. Culpables pecadores, revolucionarios contra Dios serán liberados para siempre porque Jesús fue castigado y muerto en su lugar.

Gran gozo será cuando vosotros también seáis redimidos por la Sangre de Cristo. Para vosotros también existe la posibilidad de ser salvos. De la conversión, de la salvación por gracia. La voz de Dios aún llega a vosotros. Doblad muy a menudo las rodillas y suplicad al Señor que renueve vuestro corazón; es necesario, es indispensable. Si no hay una renovación del corazón, una regeneración, sobra todo.

## Capítulo 85

# EL PORTADOR DE LA CRUZ A LA FUERZA Y == LAS MUJERES LLORANDO ==

**Mateo 27:32**

**Marcos 15:21**

**Lucas 23: 26-32**

Una gran multitud marcha por las calles de Jerusalén. Delante avanzan unos soldados romanos llevando en medio de ellos a tres hombres, que llevan sobre sus hombros una pesada cruz de madera. ¿Qué sucede y adónde van? Se trata de tres criminales que han de ser crucificados, al menos, así le parece al pueblo que lo ve caminar, ya que en su aspecto externo no hay nada que les diferencie. Sin embargo, hay una gran diferencia.

Uno de estos tres hombres no es un criminal, es el Señor Jesús, el Hijo de Dios. También a El se le lleva al Gólgota, con la cruz sobre sus hombros para ser ajusticiado en la maldita muerte de la cruz. Los otros dos hombres, si son criminales; son dos ladrones que han sido condenados a muerte. Y a Jesús le llevan al mismo tiempo junto con esos dos forajidos, poniendo al mismo nivel al Rey de Israel que a ellos. Es una humilla-

ción muy profunda para el Salvador. Se le lleva a Él, el santo, el puro, en compañía de dos criminales. Ya Isaías había profetizado que sería contado con los inicuos, y ahora se está cumpliendo la profecía.

Después de que Pilato entregara a Jesús para ser crucificado, los soldados romanos le despojaron "del manto real" que le habían puesto para burlarse de él y le vistieron con su propia ropa. Ahora le conducen camino del Gólgota acompañados por una gran muchedumbre, entre la que van también los fariseos y saduceos. Han ganado. La comitiva camina por las calles y muy pronto se encuentran fuera de la ciudad, bajando los cerros sobre los que está edificada Jerusalén. Pero... mirad, Jesús se tambalea, la pesada cruz es demasiada pesada para Él.

Esto no debe sorprendernos si pensamos en la horrorosa noche que ha pasado Jesús. Primero el indecible sufrimiento de su alma en Getsemaní, después el estar de pie ante el Sanedrín, más tarde el terrible castigo de los azotes ordenado por Pilato y, ahora, la pesada cruz sobre su espalda quebrada por los golpes. Cada paso que da, cada movimiento, le produce un atroz dolor. No debéis olvidar que el Señor Jesús era también verdadero hombre. Su cuerpo humano casi sucumbe bajo la pesada carga, se tambalea. Los soldados romanos se dan cuenta y comentan que si sigue así no llegará al Gólgota y han de evitar que caiga antes de llegar, ¿qué podrán hacer? Llevar ellos mismos la cruz es muy humillante y no tienen ningún deseo de hacerlo; forzar a algún judío a que cargue con ella, no, ya que podía dar lugar a una insurrección.

De pronto al lado del camino ven que está de pie un extranjero. Por la Biblia sabemos que este extranjero se llama Simón y que venía de Cirene, un país en el Norte de África. Había venido a Jerusalén a celebrar la fiesta de la Pascua. En la Palabra de Dios leemos que venía del campo. Quizás algunos de vosotros podéis pensar que venía del campo con ropa de trabajo y la azada sobre su hombro. No podía ser así, ya que durante estos días festivos nadie trabajaba, a nadie le estaba permitido. El mismo Dios había dicho: "Ningún trabajo de

siervos haréis". Y había ordenado que los transgresores fueran muertos. Por otra parte, Simón venía de Cirene y un hombre que venía de África ¿cómo podría tener un campo en Jerusalén?, ¡imposible! Con el "campo" se hace referencia al "campo de los extranjeros".

Durante las grandes festividades había tanta gente en Jerusalén, que era imposible hallar alojamiento para todos y por ello habían preparado un gran campo, donde los que no encontraban alojamiento dentro de la ciudad, ponían sus tiendas de campaña. Allí había gran número de tiendas, y miles de participantes en la fiesta pasaban allí la noche. ¿Comprendéis ahora la expresión "el campo"? Simón también había plantado su tienda en este campo, y probablemente iba camino del campo al Templo, pues se haría el sacrificio de la mañana y Simón quería estar presente en esta solemnidad.

Cuando se acercaba a Jerusalén se encontró con el séquito que caminaba hacia el Gólgota y, sorprendido, se echa a un lado del camino sin saber que ocurría, mirando el espectáculo con extrañeza. Cuando el Señor Jesús está a punto de caer se encuentra exactamente a la altura de Simón. Los soldados romanos que ven a este extranjero, le mandan que cargue con la cruz. Lo rechaza decididamente y podemos comprenderlo, pues cargando con la cruz será inmundo y así no podrá entrar a la Casa del Señor. No podrá celebrar la Pascua y su viaje, desde el lejano Cirene, habrá sido totalmente inútil. Mejor le habría sido quedarse en casa. Pero su negativa es inútil, los crueles soldados romanos le obligan a cargar la cruz, como podéis leerlo en Marcos 15.:21

Tuvieron que forzarlo, lo cual es prueba de que no quiso hacerlo voluntariamente. Primero rehusó, pero lo toman y lo hacen cargar con la cruz conjuntamente con Jesús. ¿Qué pasó en el alma de Simón? No lo sabemos. ¿Se enfadó porque al llevar la cruz se hacía inmundo? ¿Se entristeció por no poder celebrar la Pascua? No lo sabemos, pero una cosa es cierta, al cargar con la cruz se convirtió en bendición para su corazón. No sabemos los pormenores de lo que ocurrió. Quizás, Jesús lo

miró cuando llegaron al Gólgota. Simón no podía celebrar la pascua en la Casa del Señor, pero es muy probable que celebrase verdaderamente la Pascua en su corazón. Por la fe ha visto al Cordero de Dios, que también para él fue sacrificado. Ciertamente que después se alegraría de que se le permitiera cargar con la cruz y, hasta es probable que pensara con tristeza y dolor en su negativa inicial. Debido a que Simón ayudó a llevar la pesada cruz durante una parte del camino, Jesús no sucumbió, sino que llegó hasta el mismo Gólgota.

### Lucas 23: 27-31

Como antes os narré, una gran multitud seguía a los soldados romanos, para presenciar la crucifixión del Nazareno. Entre la multitud también van mujeres de Jerusalén. Algunas de estas mujeres judías, cuando ven andar al Señor Jesús, con el rostro ensangrentado y pálido, cuando le ven tambalearse, comienzan a llorar a voz en grito, y con los ojos llenos de lágrimas muestran su dolor, tienen compasión de Él... Pero, entonces, Jesús se para de repente y fijamente mira a esas mujeres que lloran. "Hijas de Jerusalén", les dice, "no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas". Ellas trataban de hacer del Señor Jesús un mártir y no lo era exactamente. No era un mártir, era un héroe.

Como un héroe marchó hacia Jerusalén, cuando sus discípulos le seguían con sus corazones llenos de temor. Sabía lo que allí le sucedería y, sin embargo, allá se dirigió. Como un héroe cantó el himno en la sala de la Pascua, aún sabiendo que tendría que sufrir terriblemente. Como un héroe salió al paso de los soldados y la chusma en Getsemaní, preguntando, "¿A quién buscáis?", sabiendo que le iban a apresar. Como un héroe rehusó comprar su libertad haciendo un milagro ante Herodes. Es un héroe, no un mártir.

No quiere que las mujeres judías le compadezcan y por ello les pide que no lloren por Él. Es como si quisiera decirles:

Hijas de Jerusalén, no es necesario que tengáis compasión de mí, porque he aceptado voluntariamente este sufrimiento para redimir de la condenación eterna a los que en mí crean. Para esto he venido a la tierra, este es mi fin. Pero, si vosotras no os convertís, llorad por vosotras mismas, porque tendréis que cargar con la ira de Dios a la hora de vuestra muerte. Además, vendrán días espantosos para vosotras cuando los romanos sitien Jerusalén. Las madres darán muerte a sus propios hijos y se los comerán. Llorad por vosotras y por vuestros hijos. Cuándo esto hacen conmigo, ¿qué no harán con vosotras y con vuestros hijos? Si la pena del pecado que yo llevo es tan pesada, ¿cuál será vuestra pena si me rechazáis como vuestro Rey?

¿Comprendéis, porqué el Señor las reprende por su compasión? Hubiera sido más positivo que lloraran por causa de sus pecados. Su llanto debería haber sido de arrepentimiento por su maldad contra Dios. También ocurre hoy muy a menudo que se considera al Señor Jesús como a un mártir. A veces, los niños y jóvenes escuchan la historia de la Muerte y Pasión del Señor Jesús con lágrimas en los ojos y piensan: ¡Pobre Señor Jesús! Se compadecen de Él. Sin embargo, es un error grande cuando se presenta a Jesús como a un mártir.

Llorad por vosotros mismos, por vuestros pecados, pues fue por los pecados que tuvo que sufrir el Señor Jesús. Limpiad vuestras lágrimas de compasión y llorad lágrimas de arrepentimiento. Los creyentes experimentan dolor porque fue por sus pecados, que era necesario que su Salvador sufriera tan terriblemente.

Las palabras del Señor Jesús a las mujeres también se dirigen a vosotros. También a vosotros el Señor Jesús os dice: No lloréis por mí, más llorad por vosotros. Pues si murierais sin este único Salvador, toda la ira de Dios caerá sobre vosotros a la hora de la muerte. Ojalá que reconozcáis la verdadera tristeza acerca de vuestros pecados y de vuestra separación de Dios, para que podáis arrepentiros.

## Capítulo 86

### == EN EL MONTE GOLGOTA ==

**Mateo 27: 33-43**

**Marcos 15: 22-32**

**Lucas 23: 32-38**

**Juan 19: 17-24**

Ya están los tres condenados en el monte Gólgota. Se les quitan las cruces de sus hombros y se prepara todo para la ejecución de la sentencia de muerte. Despojan de sus ropas a los tres presos. ¡Qué vergüenza, qué desgracia! Adán y Eva también andaban desnudos por el Paraíso, pero entonces no era una vergüenza, podemos leerlo en la Biblia, ambos estaban desnudos y no se avergonzaban. Pero, por causa del pecado fue necesario el vestido y desde entonces es una vergüenza el andar desnudos. Dios mismo hizo para Adán y su esposa túnicas con que vestirlos. Ahora el Mesías tiene que llevar también esta vergüenza por causa de nuestros pecados.

Unos soldados romanos dan a los condenados a beber vino mezclado con mirra, pero el Señor Jesús rehúsa beberlo; lo prueba por un momento, pero enseguida lo rechaza. ¿Por qué rehúsa Jesús este alivio? Esta bebida se daba a las personas que iban a ser sacrificadas, para que no sintiesen tan fuertemente el dolor. Cuando la persona lo tomaba quedaba un poco aturdida; por ello Jesús lo rechaza, no quiere estar colgado en

la cruz aturdido, inconsciente, sino que quiere con toda conciencia llevar la ira de Dios contra el pecado. Tal vez, el soldado romano se encogió de hombros sin comprender la negativa de Jesús.

Seguidamente clavan a los tres condenados en la cruz. A través de las manos y los pies son clavados los clavos en la cruz, lo cual produce un terrible dolor. Cuando el sordo golpe de los martillazos resuena por todo el monte Gólgota, el Señor Jesús ora. ¿Pide que Dios su Padre Celestial, castigue a los crueles romanos? No, al contrario, dice: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" De esta forma pide por sus enemigos que le están ultrajando. Y sabemos que su oración ha sido escuchada, porque algunos de estos enemigos se convertirán a Dios. También aquí se cumple una profecía. ¿Cuál? Buscad el capítulo 53 de Isaías y leed la última frase de este capítulo y veréis que se profetiza que oraría por sus transgresores. Algunos autores opinan que el Señor Jesús pronunció su "primera palabra" desde la cruz levantada. Cuando los condenados han sido clavados en la cruz, éstas se levantan y los condenados quedan colgando, como malditos, entre el cielo y la tierra. En la Biblia leemos: "Y era la hora tercera cuando le crucificaron", lo que corresponde a las nueve de la mañana entre nosotros. Al mismo tiempo asciende hacia el cielo el humo del sacrificio matinal. Más el sacerdote no piensa que afuera, en el monte Gólgota, se está crucificando al "Cordero de Dios".

Sobre las cabezas de los crucificados penden los títulos en los que está escrito el motivo de su crimen. Sobre la cabeza del sufriente Salvador, está escrito en tres lenguas, es decir en hebreo, en griego y en latín: "Este es Jesús, el Rey de los Judíos". Ignoran los romanos que este título es todo un mensaje, porque realmente allí pende Jesús, el Mesías, el Rey de Israel. Allí pende para pagar la deuda de todos los suyos. No es ninguna acusación; es una gran realidad este título escrito en tres lenguas.

Los soldados romanos han terminado prestamente su trabajo, ahora sólo han de estar vigilantes para que nadie ayude o libe-

re a los crucificados. Se sientan al pie de las cruces y se dan cuenta de que está allí la ropa de los condenados. Como es costumbre de repartirse entre ellos la ropa de los crucificados, en esta ocasión hacen lo mismo, recibiendo cada uno su parte. Cuando uno de ellos toma la magnífica túnica del Señor Jesús convienen que no debe ser partida, ya que se trata de una túnica sin costuras, toda tejida de arriba a abajo. Quizás fuera un regalo de alguno de los amigos de Jesús. Únicamente deciden no partirla, sino echarla a suertes y quien gane se la llevará. Leamos el versículo 18 del Salmo 22. donde David dice: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes", y vemos que aquí se cumple literalmente la profecía, ¿verdad? Los romanos hacen esto inconscientemente. Pero Dios realiza sus propósitos.

Los principales de los judíos han quedado al pie de la colina y miran cuanto arriba ocurre. Sus ojos brillan con gran alegría diabólica. Todo les ha salido bien; por fin, allí esta colgado el odioso Nazareno, como un maldito, despreciado por todos. Sin embargo, se sienten irritados por el título que ha sido colgado en la cruz y acuden a Pilato para solicitarle que lo modifique. Le dicen: Este título no es correcto ya que él no es el Rey de los judíos, sino que dijo que él era el Rey de los judíos. Sin embargo, Pilato no accede a sus deseos y les dice: "Lo que he escrito he escrito", y así quedará como está. Los sacerdotes se dan cuenta de que ya no hay remedio, que todo ha de quedar como está. Sin embargo, lo principal para ellos era que Jesús fuera crucificado y en eso han tenido éxito.

Todavía no han cesado las burlas contra Jesús. Si eres verdaderamente el Mesías, ¡desciende de la cruz!, le gritan burlescamente. Sálvate a ti mismo. Prueba que eres el Hijo de Dios. Si puedes descender de la cruz, creemos en ti. ¿Les hace caso el Señor Jesús? No, queda en la cruz. Qué lástima, ¿verdad? Probablemente os hubiera gustado que Jesús hubiera descendido de la cruz ¿no? ¿Acaso no podía? Sí, si hubiera querido podría haberlo hecho, porque nada hay imposible para el Omnipotente. Pero no quiere salvarse a sí mismo. ¿Por qué? Hubiera sido honrado por todos, sus escarnecedores habrían callado de vergüenza,

su nombre resonaría por todo el mundo, saldría del monte de la crucifixión como vencedor. ¿No pensáis así? Es difícil, ¿verdad?.

Voy a haceros una pregunta. Si el Señor Jesús hubiera hecho esto, ¿habría pagado la pena por el pecado? ¿Habría sido en este caso, Jesús el verdadero Salvador?. No, no habría pagado la pena por el pecado, la ira de Dios no habría sido satisfecha y los hombres estaríamos perdidos para siempre. Para merecer la salvación de todos los suyos, librándolos de la perdición eterna, era necesario que gustase la muerte. Tenía que sacrificar su cuerpo en la cruz. Por eso, Jesús calla y queda voluntariamente colgado en la cruz, el maldito madero.

No sólo los ancianos se burlan de él, también lo hace la gente del pueblo. Se ríen del Salvador y menean sus cabezas en tono de burla y menosprecio. Piensan que es un engañador, pues de lo contrario se salvaría. No comprenden que el Señor con su propia Pasión está expiando la deuda de los suyos. En el Salmo 22 leemos: "Todos los que me ven me escarnecen, estiran la boca, menean la cabeza". Nuevamente vemos que se cumple también la profecía.



**Mateo 27: 44**

**Lucas 23: 39-43**

"Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" ¿Quién dice esto? ¿Los principales de los judíos? No. ¿La gente común? Tampoco. ¿Lo dicen, acaso, los romanos? No. Pues... ¿quién lo dice? Estas palabras provienen de labios de los dos ladrones. Mateo escribe que también los ladrones le zaherían. ¿Cómo se atreven estando ellos mismos colgados en las cruces, estando a un paso de la muerte? Es espantoso. Sin embargo, pasado un tiempo, uno de los ladrones deja de burlarse y calla mientras el otro sigue con sus burlas. ¿Por qué? Lo diré en pocas palabras: el ladrón que ha callado, ha sido convertido por Dios cuando estaba en la cruz.

El Señor Jesús había orado: "Padre, perdónalos". Esta oración ha sido oída y atendida por su Padre Celestial. Uno de los burladores ha recibido un nuevo corazón y por la acción del Espíritu Santo se reconoce a sí mismo pecador; su deuda con Dios le es puesta de manifiesto y reconoce que la pena que ahora recibe es grave, pero justa. Se humilla ante Dios y un arrepentimiento sincero inunda su alma. En pocas horas habrá muerto y entonces tendrá que enfrentarse con Dios, ese Dios santo y justo al que él ha insultado. Ahora, por la luz del Espíritu Santo reconoce que este Nazareno, colgado en la cruz a su lado, es verdaderamente el Mesías.

Cuando el otro ladrón sigue burlándose de Jesús, él no puede soportarlo. No te burles de Jesús, le amonesta, "porque nosotros hemos merecido esta pena. Justamente padecemos, pero éste ningún mal ha hecho". Tal vez el ladrón que se burlaba de Jesús, lo miró muy extrañado sin comprender cómo su compañero podía haber cambiado. Si hacia unos momentos lo acompañaba en sus burlas y ahora lo está amonestando. Pero no podemos leer en la Escritura que replicó. El ladrón, que ha reconocido su culpa, después de esto, se dirige a Jesús muy respetuosamente, rogándole: "Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino".

Por la fe ve en Jesús al Rey de Israel; por la fe ve que el reino del Mesías es un reino celestial. Ora humildemente para hallar gracia, para hallar el perdón de sus graves culpas. Oíd la respuesta del Salvador: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". La palabra "paraíso" significa aquí, el cielo, la gloria eterna. ¡Cuán feliz es este ladrón! Muy cercano a la muerte es librado de sus graves culpas y desciende a su alma la paz del cielo. Por la fe "abrazo" a este afrentado y detestado Jesús, como su Mediador y Salvador. Es verdad que tenía que llevar la pena temporal de sus delitos, pero es librado de la pena eterna. ¡Qué grande es la gracia!, ¿verdad? Incluso un criminal puede ser convertido; hasta para un criminal tan endurecido hay perdón. También para vosotros hay perdón; también hay la gran posibilidad de salvaros; también para vosotros es posible ¿lo creéis?

— — — — —

## Juan 19:25-27

Un ángel de Dios había dicho antes del nacimiento del Señor Jesús: "Este será grande". Fueron palabras dichas no por un hombre, sino por un mensajero celestial. Pero, ahora, ¿cómo ha terminado esta agradable promesa? ¿Qué queda de ella? Nada. Literalmente, nada. "Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo". Estas palabras en estos momentos sólo parecen burla. Allí está colgado en la maldita cruz; allí está desnudo para burla y vergüenza de cada uno que lo mira.

La multitud se burla y ríe, le deshonra y blasfema. Los soldados se juegan a los dados su ropa; los principales del pueblo judío le insultan; es despreciado y desechado entre los hombres. "Este será grande", estas palabras parecen ser nada más que una gran mentira. Digo "parecen", porque en realidad es grande, aunque ahora no se pueda ver nada de esto.

También, María, la madre del Señor, habrá pensado en estas palabras. Allí esta muy cerca de la cruz, con algunas mujeres y el discípulo amado a su lado. Parece que él es el único de los discípulos que está presente en la crucifixión. Hay una mirada de dolor en el rostro de María. ¡Qué camino más incomprensible! Todo cuanto sucede es para ella un gran misterio. En el Templo, Simeón lo había dicho: "Una espada traspasará tu alma".

Podéis estar seguros que todo esto ha sido terrible para la madre del Señor Jesús. ¿Qué ha pasado en el corazón de madre tan solícita? Nadie lo sabe porque no habla... está de pie allí, callada... pero su alma es desgarrada por un dolor indescriptible... Allí está colgado en una cruz su hijo. Este Hijo maravilloso. Todo cuanto ha ocurrido desde su maravilloso nacimiento hasta ahora, discurre por su pensamiento. Su corazón se encoge cuando ve el terrible sufrimiento de su querido Hijo. Miles de preguntas surgen en ella, preguntas que no puede responder.

Allí está de pie llevando su dolor y nadie lo sabe. ¿Nadie? Sí, uno sabe cómo su alma está desgarrada por el dolor y la tristeza.

Con una mirada llena de amor mira Jesús a su madre y de repente le dice: "¡Mujer he ahí a tu hijo!" Después, vuelve su mirada a Juan y le dice: "He ahí tu madre" ¿Qué quiere decir con esto el Señor Jesús? ¿Por qué dice, "mujer", en lugar de "madre"? ¿es que le da vergüenza decir "madre"? No, no es eso, estad atentos.

Jesús, como Fiador y Salvador, no sólo ha conseguido para los suyos la salvación eterna, sino también todas las bendiciones temporales. En este fiel cuidado participan todos los hijos de Dios. Jesús le llama ahora "mujer" como prueba de que no sólo su madre, sino también todos los que en él crean son cuidados por él. Está hablando como Fiador y Salvador. Tiene misericordia de ella y por eso pide a Juan que cuide de ella, como si fuera su propia madre. El discípulo del Señor ha comprendido muy bien lo que Jesús quiere decir y desde ese momento recibió a la madre de Jesús con él y la cuidó y sustentó. Podéis estar seguros de que no le faltó nada en casa de Juan.

Ahora Juan la conduce desde la cruz a su casa para que no vez el resto de los sufrimientos del Señor. Enseguida, Juan vuelve al monte de la crucifixión. En Juan 19:35 podemos leer: "Y el que lo vio, da testimonio", por esta razón podemos estar seguros de que Juan presenció el resto de los sucesos.

Es probable que María tuviera otros hijos, además de Jesús, ya que en la Palabra de Dios está escrito: "su Hijo primogénito" y no "su Hijo unigénito". Si es así, ¿porqué María no va a la casa de alguno de sus otros hijos? Ya hemos visto en otros temas anteriores que los hermanos del Señor Jesús no creían en Él. Por tanto María no habría recibido consuelo de ellos, pero de Juan sí lo recibió. María y Juan se comprendían, ya que ambos amaban entrañablemente al Señor Jesús, y podrían hablar de Él.

Hasta ahora hemos escuchado las tres primeras palabras del Señor desde la cruz. Veámoslas. Primera: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". La segunda palabra es: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso", y la tercera: "Mujer, he ahí a tu hijo, he ahí a tu madre". Estas palabras del Salvador son palabras de misericordia. En medio de su gran sufrimiento, aún piensa en la miseria de los otros y les ayuda cuando es necesario.

**Acerca del autor:** Johan Vreugdenhil fue toda su vida maestro de escuela de Enseñanza General Básica en la Escuela Protestante Libre de Kampen, al Este de Holanda. Deseoso de que los niños conocieran la Biblia y consciente de que algunas de sus partes pueden resultar poco interesantes para los lectores jóvenes, inició la costumbre de empezar cada día la clase con una historia bíblica y para ayudar a los maestros de las otras clases, empezó a escribir las historias para que pudieran leerlas a los alumnos.

El autor de esta obra falleció en la década de 1970 pero en todas las escuelas protestantes de Holanda, los maestros empiezan la jornada con una clase de Historia Bíblica, hasta el día de hoy.

**Acerca de la obra:** Estas Historias Bíblicas traducidas a diversos idiomas forman una colección de ocho volúmenes y es una obra de fácil lectura y muchos maestros de Escuela Dominical lo usan para sus clases.

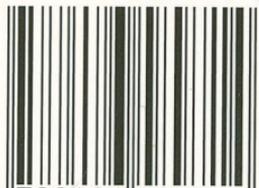
Los volúmenes del 1 al 4 corresponden al Antiguo Testamento y con los del 5 al 8 se completa el Nuevo Testamento. Cada capítulo del libro viene precedido de la cita bíblica a la cual corresponde la narración.

Estas Historias Bíblicas, escritas originalmente en holandés han sido traducidas a diversos idiomas y usadas con gran provecho espiritual entre la juventud.



EDITORIAL  PEREGRINO

ISBN 84-86589-71-1



9 788486 589714